



MADRE TRINIDAD

ESCRITOS 7

ESCLAVAS DE LA SANTISIMA EUCARISTIA

M. TRINIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
Fundadora del Instituto de las Esclavas de la
Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios

ESCRITOS

7

(Cuadernos 26 - 32)

Edición preparada por Crescencio Palomo Iglesias, O.P.

Edita: Postulación de la Causa de
M. Trinidad del Purísimo Corazón de María
c/ Bueso Pineda, 21 - 28043 MADRID

1999

NIHIL OBSTAT
P. Carlos Lledó, O.P.

IMPRIMATUR
Ilmo. Sr. D. Joaquín Iniesta
Vicario General
Madrid, a 11 de enero de 1999

Impreso en los talleres
de Orinoco Artes Gráficas, S.L.
Tels.: 91 675 14 33 - 91 675 17 98



M. TRINIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
Fundadora del Instituto de las Esclavas de la
Santísima Trinidad y de la Madre de Dios



INTRODUCCIÓN

En el tomo séptimo de los “Escrito” de la M. Trinidad Carreras Hitos se recogen los cuadernos numerados del 26 al 32. Estos cuadernos, como los anteriores, son muy desiguales en forma y contenido.

Una vez más se advierte que M. Trinidad escribía en los papeles que encontraba, aprovechando al máximo el papel, pues la pobreza en que vivía no le daba para más. En los presente escritos utiliza tres libretitas de notas de desigual tamaño (cuadernos 26, 28 y 29); dos agendas, una de 1929 y otra de 1945, utilizadas en años posteriores y como si fuese un cuaderno (cuadernos 27 y 30); un libro de actas (cuaderno 31), y un bloc de cartas con el papel de buena calidad para la carta y el de peor calidad para dejar la copia, utilizado también como si fuese un cuaderno y sin tener en cuenta que las hojas buenas y malas se van mezclando (cuaderno 32).

La fecha de composición de los escritos que ahora se publican no guardan un orden cronológico, ya que en la clasificación que se le dio al recogerlos no se siguió dicho orden cronológico. El cuaderno más antiguo es el 28, que fue escrito en Chauchina el año 1930, y el más moderno el 30, que es de 1947.

El contenido de los escritos ahora publicados de M. Trinidad es en gran parte autobiográfico: por ellos se puede seguir la historia de su vida, su espiritualidad, sus viajes, sus problemas... y lo que ella quiere que sean sus hijas. En todo se ve

Mi Rvda. M. Secretaria:

En septiembre del año 1898, a causa del mucho trabajo de enfermera por las madres ancianas, tenía que subir y bajar continuamente. A veces, para ayudarme a padecer a aquellos grandes trabajos con la presencia de Dios, por no tener costumbre, y por ser fuerte la violencia de mi propio carácter, tan soberbia para mostrarme dulce y cariñosa con las enfermas, me ponía en la suela de la sandalia algún chino o piedrecita que se me hizo un callo y queriendo sacar con unas tijeras la piedrecita que quedó entre cuero y carne, se me infestó, pensando el médico que si no bajaba la inflamación tendría que extraer o amputar el pie. En efecto, me lo sajaron teniéndomelo que curar el médico todos los días. Me llevó una monjita un rosarito tocado a la Inmaculada Concepción que decían hacía muchos milagros. Yo no sentía gran devoción, porque no sentía esa fe que las monjas a esta devoción. Al ponérmelo sentí grande alivio y aquella noche no tuve fiebre, pero me pareció ver en una plaza espléndida, que llevaban en procesión la sagrada imagen de la Inmaculada las siete Fundadoras que repartían aquellos rosarios a cuantos enfermos y devotos los pedían. Yo quise entrar con otras muchísimas personas en aquella cerca custodiada por los ángeles, y no me dejaban pasar. Pero un venerable anciano, de aspecto devotísimo, cogió a varias niñas pequeñas y pobres y me decía: entre con ellas y la Santísima Virgen le dará sus gracias, y al acercarle aquellas cinco niñas pobres, la Santísima Virgen abriendo sus purísimas manos, me entregó una porción de rosarios y parecía decirme: Dale a las niñas que recojas en mi nombre estos rosarios y yo les alcanzaré todas las gracias que por ellos me pidan de mi Hijo santísimo, y cuantos los lle-

ven no morirán en pecado, repitiéndome las mismas promesas que a la venerable M. Concepción.

Al día siguiente había Jubileo circular y las religiosas se fueron a la misa cantada a las 10 de la mañana, y estaban limpiando los albañiles los tejados altos del convento. Se le rompió la soga y el desgraciado Valdivieso, albañil, cayó a la calle de los Frailes haciéndose una tortilla. El ruido que la gente movió me asustó tanto que me eché de la cama al suelo para avisar en el coro, y no podía mover el pie; le recé a la Virgen Santísima, y pude dar algunos pasos. Entonces me encomendé al santo del día, me descubriese aquel sueño o visión, y estando rezando los maitines de san José a Curpertina, me pareció verlo al lado de mi cama diciéndome: No es sueño lo que viste anoche, la Santísima Virgen quiere recojas las almas abandonadas y pobres y las acerques a la sagrada Eucaristía; para ello sírvete del santo Rosario que la Señora le daba para que sea el anzuelo y cadena con que las prendas a Jesús Sacramentado, en donde la Madre Purísima le alcanzará la gracia de preservarlas del pecado.

Muchos años llevaba grabada en mi alma esta idea... Cómo yo puedo hacer esto... Y me dediqué a enviar grande porción de rosarios a la M. París, de las adoratrices, para que los repartiera a las niñas abandonadas, de las cuales vinieron después a ser religiosas una sor Magdalena de la Divina Gracia, que me decía el Confesor se le apareció la Santísima Virgen y le dijo: "Vete, baja al Pozo y pide a las monjas, mis hijas, con hábito y cuerda negra, como yo vestí después de la muerte de mi Hijo santísimo".

Esto último sucedió el año 25, cuando fundamos el convento de Chauchina y cuando la Revolución se marchó y murió en San Antón como una santa.

Sor Trinidad

Roma, 2 de julio.

Nuestra Madre María Santísima en su Visitación a su prima santa Isabel, madre del Precursor, *San Juan Bautista, el mayor de los nacidos. ¡Magnificat anima mea Dominum!*

En vuestra divina presencia, mi Señor y Dios Omnipotente, después de invocar los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, y poner por testigos *de mi consagración solemnemente* con todo el afecto de mi corazón, que pido a la Santísima Trinidad, *sea valedera en el tiempo y en la eternidad.* cómo yo hoy a los soberanos pies del Santísimo Sacramento, a quien yo adoro y amo con *todo el amor que vuestro divino Corazón se dignó favorecerme* con el don preciosísimo de mi Primera Comunión.

Vuestra es la Congregación que vos Señor elegiste para reparar y adorar vuestro augusto Sacramento de nuestros altares, acercando las almas de los niños que pedíais por medio de vuestra Madre María Santísima, madre nuestra, ofreciéndonos sus rosarios para las niñas que llevasen en su cuello (después de pasados por las manos purísimas de vuestra Inmaculada Madre) convirtiendo sus cuentas en tesoros de gracias y perlas de preciosísimas virtudes, formando de cada una los hogares cristianos que atrajeran al mundo el reinado de amor y de paz que nos tiene prometido.

Nosotras todas vuestras humildísimas esclavas de la Eucaristía y vuestra Madre, *queremos todas unidas bajo vuestra divina y amorosa mirada, elegir por nuestra Madre Maestra y Cooperadora* de la salvación de tantas almas abandonadas y pobres que recogemos para acercarlas a la sagrada mesa de

vuestro Sacramento de amor, le suplicamos humildemente nos acepte por hijas, siervas y esclavas de nuestra madre María Santísima y del glorioso patrono y abogado san José, que todas unidas en amor y caridad, en vuestro santo servicio, *en lo más posible, copiar en nosotras vuestra vida íntima desde Belén, Nazaret y el Cenáculo*; suplicándoos nos concedáis *vivir y morir trabajando fielmente por vuestra gloria en bien de las almas de los pequeños pobres y abandonados.*

Ofreciendo nuestra vida en acción de gracias a la Santísima Trinidad por todos los privilegios y dones otorgados a nuestra excelsa Madre de Dios y Madre nuestra, pidiéndoos concedáis su mayor glorificación. Desde hoy para siempre nos consagramos todas incondicionalmente nuestros corazones, almas, sentidos y potencias, cuanto somos y nos pertenece, haciendo voto de glorificaros, Dios mío, en darle el honor, alabanza y gloria que como madre que vos nos disteis y de un modo especial nos confiasteis a su amorosa protección. Nos abandonamos en sus maternales brazos nuestras obras, casas y miembros, arrojándonos en su Inmaculado Corazón de Madre vuestra, que vos nos disteis como molde divino donde se forman nuestro espíritu, nuestros corazones y almas, humildes y abnegadas para glorificaros en el tiempo y en la eternidad, como nos tenéis encomendado al dárnosla por Maestra y Madre de nuestros santo Instituto. Amén.

S. Trinidad

Hoy primer viernes consagrado al Corazón de Jesús y Inmaculado Corazón de María en la salutación de santa Isabel, que sus purísimos labios pronunciaron: Magnificat anima mea Dominum.

S. Trinidad

CUADERNO VIGÉSIMO SÉPTIMO

**FECHAS DE LOS RESCRIPTOS DE LAS FUNDACIONES DE LAS
CAPUCHINAS EUCARÍSTICAS DE LA MADRE DE DIOS**

¡Corazón eucarístico de Jesús *a vos las confío todas y todo!*
¡Virgen Santísima!

¡Madre mía dolorida al pie de la cruz, *sed vos nuestra Madre y Maestra* y concédenos la gracia que cada convento *sea un cenáculo* donde vos nos enseñéis amar, reparar y adorar a vuestro divino Hijo Sacramentado con la fe, unión y amor que reinaba en vuestra compañía en los 40 días hasta la venida del Espíritu Santo!

¡Concédeme, Madre mía, que todas estas hijas reciban el fuego de la sagrada Eucaristía, como los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, y con ese fuego divino se santifiquen y den gloria al Dios Sacramentado, bajo vuestra maternal mirada!

¡Madre mía, alcanzarme de vuestro divino Hijo el perdón de mis pecados y la gracia de morir en un acto de ardiente amor, y sea presentada al divino Juez por vos, Madre mía dulcísima, al ser encomendada, Madre nuestra, al pie de la cruz. Y lavada con aquella Sangre preciosísima sea presentada al divino Juez!

Sor T. del C. de María, Cap. E.

Granada España

1ª. *Chauchina*: Dado en Roma, el 2 de diciembre 1923. En Granada, 27 de diciembre año del 1923.

2ª. Berja-Almería (Granada). *Rescripto* del Sr. Nuncio de S.S. en España, 3 de febrero de 1930. Ejecutado por el Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol en Granada el 13 de febrero de 1930. Inaugurado solemnemente con misa pontifical por S.E.R. el 24 de septiembre de 1930.

3ª. Portugal Lusitania

Concedido el Rescripto de la fundación canónica en Braga pedida por el Excmo. Sr. Arzobispo Primar, el día 22 de diciembre de 1933.

Se inauguró la primera capilla (1) y casa (preventiva) el día 8 de diciembre de 1934 donde estuvieron reunidas haciendo su vida religiosa hasta que adquirieron una casa más amplia y capaz en Santa Tecla y se inauguró solemnemente la clausura por el Excmo. Sr. Arzobispo Primado, el día...

Habiendo comprado una casa en condiciones de clausura en la rúa de San Gonzalo, fue trasladada la comunidad con todas las condiciones canónicas hasta el día de la fecha, que la comunidad aumentada con buenas vocaciones es una de las comunidades más observantes y fervorosas de Braga. Hoy día 1 enero 1938.

(1) M. Trinidad con posterioridad añade (*rúa de D. Pedro V n°*) dejando espacio para poner el número.

4ª. Porto. Rescripto concedido en Roma. Día 23 de junio de 1936.

Esta fundación fue pedida para una casa en Peñafiel (Guillufa) que dejaban las Salesas que iban a Leria.

Por razones económicas no pudimos aceptar el bondadoso ofrecimiento de las Salesas, por las circunstancias de España, y tomamos una casa que la Sra. Vizcondesa de Pisqueira nos dio en la rúa do Rosario n° 31, que inauguramos el 15 de septiembre, con licencia del Sr. Obispo de Porto que nos dio bondadoso todos los ornamentos de la capilla y allí reducimos el personal hasta poder rescatar nuestras Religiosas de Berja con los rojos hasta el 31 de diciembre que llegaron a Granada las últimas, del 1937.

5ª. Orense España.

Siéndonos imposible prescindir de una casa en España, por consejo de nuestro padre confesor, Superior de PP. Franciscanos, fuimos a Orense, donde la Revolución no había llegado, y presentándonos al santo e Ilmo. Sr. Obispo, D. Florencio González, M. Trinidad, M. Teresa de Jesús y sor Inmaculada, nos recibió bondadosísimo, ofreciéndonos lo que tenía: el monasterio de San Esteban de Cid o el Palacio de "Sobrado del Obispo", que aceptamos por parecernos más fácil de arreglo que San Esteban de Cid, antiguo monasterio de benedictinos, muy estimado del Sr. Obispo.

Hicimos las Preces para "Sobrado del Obispo", que S. E. R. informó favorablemente y la Sagrada Congregación aprobó; el día 6 de febrero de 1936 se pidieron, y el 15 de febrero nos fueron aprobadas en Roma.

El Señor nos conceda amarle y servirle en espíritu y en verdad. Amén.

El 2 de noviembre de 1936 me fue concedido por la Sagrada Congregación ir a España a recoger las religiosas de Almería, que cogieron los rojos de nuestro convento de Berja, "*con facultades del Sumo Pontífice para hospedarse con su compañera en el monasterio de Chauchina y permanecer en la clausura todo el tiempo necesario para el cumplimiento de la obra que entiende emprender*".

Lisboa, día 26-V-38.

Vinimos a ver un colegio en Coruche que nos ofreció el Sr. Arzobispo de Évora que se encontraba en Lisboa. Nos hospedamos en el hospital de San Luis, francesas de San Vicete. Allí fuimos atendidas por las hermanas de él; y por las señoras que allí se curaban. La Sra. Dña. Luisa de Coladinho, que estaba al cuidado de su hermana enferma, nos visitó y con gran empeño nos rogó nos encargásemos de una escola de raparigas que no conocían a Dios. Yo le hablé que las religiosas del Servicio Doméstico tenían esa misión. Ella insistió con gran empeño, y yo le dije: nosotras éramos de clausura, etc., que lo consultaría y le contestaría pasados unos días. En efecto, consultamos con el P. Teófilo, P. Juan Tindades, franciscano, y el P. Casimiro, jesuita. Todos nos aconsejaron tomásemos aquella obra por el bien de aquellas almas, unos meses y después se vería lo que Dios quería.

Nos llevó la señora a Sintra, nos acompañó el P. Teófilo y a todos gustó y aconsejaron probásemos para gloria de Dios una vez que la Sra. María Luisa parecía ofrecernos en octubre, que quería despedir aquel personal, quedásemos nosotras con aquella escola si en estos tres meses veían llenar sus deseos. Al terminar los 3 meses en Sintra, comprendimos que aquella vida no la podíamos unir a la nuestra, y no habiéndonos comprometido mas que por 3 meses, nos despedimos volviendo a Braga, de donde salieron el 30 de septiembre de 1938.

En enero de 1939 tomamos la casa rúa Cinco de Octubre, 200, que se emplearon en obra todo el mes y parte de febrero, y deseamos abrazarnos con nuestra vida de clausura y recogimiento.

Lisboa, 13 de septiembre de 1941

El día 4 de septiembre vinieron de las Clarisas del Desagravio de Camide, Lisboa, tres religiosas que nos pedía el Excmo. Sr. D. Teófilo, obispo de Nampula, para experimentar si se podían unir con nosotras... A los 8 días me escribió llamándome para resolver lo que conviniese más de acuerdo con los deseos del Sr. Patriarca, y el día 13 salimos de Porto sor Amada con sor Angelina y sor María José, novicias; me sentí tan mala en el (que en Coimbra camino) que al llegar a Alfares pregunté si había convento alguno pues repetía en mi interior aquello de San Pablo, llena de entusiasmo en la cruz y en el sacrificio, que me consolaba repitiendo: "consumado y acabado he mi carrera, y en ella he guardado la fe y lealtad que ofrecí y debía a mi Señor y mi Dios..." ¡Oh mi Jesús dulcísimo, cómo mi corazón se enardece y vuela hacia ti, cuando siento acabar con la vida de este cuerpo miserable! ¡Me parece veo la vida venidera donde he de unirme a ti sin temor a perderos! ¡Concédeme la gracia que al cerrar mis ojos a la luz de este mundo, vea la claridad de vuestro rostro santísimo que constituye la gloria de los bienaventurados en el cielo! ¡Jesús dulcísimo, ten misericordia de mí cuando me vea en tu juicio.

Bendito seas, misericordia mía y mi Salvador amantísimo. Amén.

Llegamos bien. Fuimos recibidas con gran caridad y amor y descansamos. ¡Dios sea bendito! M. Concepción, M. Carmen y sor Magdalena que vinieron el 4, se vieron tan animadas esperando que la divina Providencia resolvería aquí la situación tan difícil y oculta. ¡Dios sea bendito!

Julio 1940

Estando en oración sentíame con sed ardiente de hacer penitencia, tomé la disciplina y parecíame que para alcanzar la gracia que con tanto interés pedía al Señor podría repetirla cinco veces al día durante 8 días.

Consulté al confesor para que llevase el mérito de la obediencia y me contestó negativamente, añadiéndome: "Es poca la penitencia con la terrible humillación que llevará V., cuando las órdenes sepan el paso que va V. a dar... toda la Orden capuchina cómo mirará a V., qué pensará de V., lleve V. esta terrible humillación con paciencia y humildad y ya tiene bastante penitencia hecha con todo lo que lleva V. entre manos". (Es un sacerdote muy espiritual y de gran virtud).

Atormentada llena de angustia y temores, pues ya me habían repetido dejaba lo mejor por lo peor.

Pedía con lágrimas al divino Corazón y a la Santísima Virgen que se concediera como teníamos pedido, por creerlo del agrado de Dios, y sentí que el dulcísimo Corazón de Jesús y nuestra Madre Santísima me alentaban ofreciéndome sus bendiciones y gracias para la nueva obra que era suya. Me sentí toda confortada y valiente cuando me pareció oír: "¿Quieres imitarme, víctima de expiación y reparación? ¿Quién sufrió mayores humillaciones que yo por vuestro amor? Acepta lo que te doy, que esa es mi voluntad, que mueras a lo tuyo para que pueda vivir en ti y obrar en ti como obra mía".

Se desvaneció los temores y angustias que oprimían mi alma y me consagré por entero a él, sin reserva, desapareciendo des-

de aquel momento todo lo que llevaba de penas dentro de mi alma desde que perdí toda esperanza de Orden.

Dios sea bendito que me quiere de verdad muerta, negándome todos mis gustos, aun los más santos, es decir, aun aquellos de querer hacer penitencia y vivir una vida eremítica que eran las ilusiones de mis primeros años.

Cuántas veces me quejé a solas con Jesús: Señor y me tienes más de 20 años padeciendo trabajos, calumnias y humillaciones por conseguir Orden... y me das Congregación, que pude aceptarla, si lo queréis vos, en principios. Y Jesús me contestó: "Qué son esos 20 años comparados a los 20 siglos y más que vengo esperándote con tanto amor y paciencia para que te des toda entera voluntariamente a mí sin reservarte nada, nada. Te quiero otro Cristo muerto sin consuelos ni goces; bebí el cáliz... bébelo tú por mi amor". Fiat.

Julio, en el 1893, 28. Aniversario de mi entrada de postulante en las Capuchinas de Jesús y María de Granada día que cumplí 14 años y 6 meses de edad, en la que empecé mi postulanteo...

¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesús de mi alma mi vida mi verdad y mi camino... Oí tu voz dulcísima hacía algunos años... que por primera vez mis padres me entraron en aquel colegio bendito para educarme el año 1889, el 28 de enero... y el día de la Purificación y Presentación en el Templo, oyendo aquella primera meditación, que oí aquella santa religiosa, sor Rosa Robles, de mismo colegio de entonces, Santa Inés, Clarisa.

¡Oh Jesús divino, que dijisteis a tu pequeña esclava cuando era flaquita, miserable y ciega: "Sígueme..." Y cogiéndome de la mano mirándome huérfana y sin madre en los primeros pasos de mi vida, me disteis a vuestra Madre Santísima por Ma-

dre Maestra y amparo, que ella me acogió en su Corazón Purísimo, como aceptara a san Juan al pie de vuestra cruz bendita...

Desde entonces no me habéis soltado nunca... Qué impresión recibió mi alma el día de la imposición del santo hábito, 21 de noviembre, que el R. P. Francisco de Benamejí, ex-Provincial de los Capuchinos y primer Guardián de Granada, le dijo a mi R. M. Abadesa: "Aquí le confío esta novicia, consévala, que a imitación de la Niña María Santísima entra hoy a formar parte de la comunidad con la misión de hacerse santa y ser una fiel imitadora de las virtudes de tan divina y dulcísima Madre".

Me retiré al coro llena de gratitud, emocionadísima porque quedaba en el Corazón de mi Purísima Madre María Santísima, a quien fervorosa y ardientemente quería imitar. Radiante de consuelos me entré en una tribuna, que era donde pasaba muchas horas de día y de las noches en oración, pues no tenía compañeras y la Maestra creía que no necesitaba instrucción, me creían buena de verdad y en mí no había mas que un corazón fogoso, todo de Dios. Entonces nadie había entrado en él, sólo Jesús dulcísimo.

Al entrar en la tribuna me pareció ver a Jesús dulcísimo acompañado de san Pedro y san Juan, muy depriosa con una niña pequeñita, flaquísima, legañosa, llena de miserias y ciega, que no podía andar, y Jesús no la soltaba; iba tropezando mucho, y Jesús la sostenía y levantaba... San Pedro y otras veces san Juan, quisieron tomarla, y Jesús no la soltaba hasta que llegó a una piscina con cinco caños de agua y sangre y la sumergió allí, y mirándome Jesús parecía decirme: "Esta pobre ciega eres tú, quiero curarte, guiarte y hacerte mía, mi pequeña víctima. Si me eres fiel, en ti haré a las almas singulares gracias y derramaré los tesoros de mi Corazón Eucarístico de amor y misericor-

dia haciéndoos compañeras y adoradoras de mi Amor sacramentado, que atraigáis con oración y penitencias la misericordia y conversión de tantas almas que mueren sin conocerme, y de tantas que conociéndome desprecian mi amor y beneficios, haciéndome las injurias y sacrilegios de mi pasión en el mismo altar del sacrificio... Deseo repares, desagravies mi amor ultrajado, y atraigáis muchas almas a esta vida de adoración, inmolación y de víctima. Vuestra penitencia la exijo sobre todo en la negación de vosotras mismas. Recibiré la inmolación y en la humildad y perfecta obediencia recibiré la más agradable víctima que de vosotras espero: en pobreza de espíritu, en pureza de alma de cuerpo y de juicio, en obediencia rendida y perfecta con el silencio y amor que me entregué a la muerte de cruz por cumplir por amor vuestro la voluntad de mi Eterno Padre”.

¡Oh Jesús, desde ese Sagrario voy tras ti atraída por una fuerza de amor que no resisto!... ¡Le siento levantarme de mi lecho prometiéndome trocar los harapos de mis miserias con la túnica blanquísima de la Hostia santa y con la púrpura de su Sangre divina, bendito sea!

Él dice continuamente a mi alma: Pídemme con fe y humildad y nada te negaré de cuanto pidas.

El 13 empecé un triduo a san Estanislao, protector de mi niñez en el colegio.

Este año me encontré en gran tribulación y las angustias y temores me privaron de la sagrada Comunión. Estando para descansar, un joven sacerdote, me pareció san Estanislao, que me decía: “Jesús te espera para curarte, es tu médico y si te sostienes, quiere le acerques las almas con humildad y mansedumbre... Quiere imites su vida mortal, sé inmitadora fiel”.

Quedé tan impresionada que me encontré en el coro sin darme cuenta cómo. Nuestra Madre María Santísima de su Cora-

zón Purísimo sacó como una estrellita de luz clarísima y me pareció decirme: “Te doy el guía y luz que guíe tus pasos en la prueba... No te separes nunca de su consejo que es el padre y amparo que os dio por mis dolores... Jesús mi divino Hijo (y aquella estrellita se posó en la frente del padre que me sacó de la pretura que el demonio intentó destruirnos) que os encomendó a mí vuestra madre para que imitando mis ejemplos y siguiendo fielmente la luz que os doy, seáis las víctimas de reparación y amor, que atraigan a la tierra el perdón, la misericordia y la paz, y con vuestras vidas de abnegación, pobreza y obediencia en la adoración”.

Hijas mías:

Jesús no cesa de decirnos desde el tabernáculo: No me contento sólo con que seáis víctimas, os quiero santas.

Jesús tiene sed de almas víctimas de amor, sacrificio, y reparación, exige de sus adoradoras, quiere que le obliguemos nosotras a traer su reinado de paz a la tierra y sólo con una abnegación y entrega total de nuestra propia voluntad en la de Dios se da por satisfecho. Dejémosle formar en nosotras su faz, y fijando en él nuestra mirada lo encontraremos siempre alentándonos y fortaleciéndonos como los rayos del sol a las plantas después de una tempestad.

Así nuestras almas, después de una prueba, renacerán de nuevo al contacto del sol divino de la sagrada Eucaristía en nuestras almas.

¡Oh Jesús bueno! Te amo, quiero consumirme en vuestro amor. Cuando el fuego de la tribulación quiere abrasarme, vos, Señor, derramáis las dulzuras de vuestra caridad como vuestra pequeña víctima. ¡Bendito seas Jesús mío!

Amén.

NOTAS

ANIVERSARIO DE MI CONSAGRACIÓN A DIOS

El 5 de este mes entré en ejercicios para la toma de hábito, dirigidos por el R. P. Francisco de Benamejé, guardián de San Juan de Letrán de Granada (Triunfo).

El 21, festividad de la Presentación de la Santísima Virgen, tomé el santo hábito que me impuso el R. P. Benamejé a las 4 de la tarde solemnemente.

El día 7 del año siguiente entré en santos ejercicios que me dirigió el R. P. Ambrosio de Valencina, provincial de padres capuchinos, y el día 26 del mismo mes, festividad de los Desposorios de la Santísima Virgen y san José, profesé a las 10 de la mañana solemnemente, recibiendo mis votos el R. P. Ildefonso de Cuenca, guardián de Capuchinos de Granada.

Desde entonces renuevo anualmente con todo el fervor de mi alma, mi consagración a Dios en el hábito y mis votos en la profesión... y siempre oigo la voz de Jesús en mi alma que me dice: "¡Oh, si tú, hija mía, hubieras correspondido siempre con generosidad y fidelidad a tantas gracias como te han sido concedidas!..., ¿cuántas misericordias y favores no hubieses recibido en cambio, de mi Corazón que te amó, predilección especialísima, desde que te formé y llené tu alma de gracias antes que nacieras y ya me agradaba *de tu nada*?"

Señor mío y Dios mío, concédeme que grabe en mi alma aquellas palabras que me fueron dichas este día, el más feliz de

mi vida, por boca de aquel venerable P. Benamejé, que murió en Granada aquel año siguiente:

"Festinans descende... Apresúrate a venir porque hoy vengo a habitar en tu corazón..." (S. Lucas 19, 2).

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, mi dulce Madre, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección e implorado vuestro auxilio haya sido desamparado de vos. Animada yo con esta confianza, Madre mía, a vos también acudo, ¡oh Virgen Madre de las vírgenes! y de los pecadores arrepentidos que fiaron en vuestra protección. Oprimida bajo el peso de mis pecados vengo a implorar vuestro socorro, ¡oh Madre del divino Verbo! Me atrevo a aparecer en vuestra presencia soberana rogándoos me presentéis a vuestro divino [Hijo] y me alcancéis el perdón y la misericordia que espero. Madre mía, no despreciéis mis humildes súplicas, antes bien acogerlas benignamente con los votos de seros fiel hasta la muerte. Amén.

Oh Jesús dulcísimo, que con tanto amor me invitáis a seguiros paso a paso vuestra senda preciosísima de cruz, de ingratitudes y desamparos... Cuando mis naturales sentimientos buscan alivio y consuelo en esta pendiente que vos subisteis generoso... que en Getsemaní, cuando las mías duermen sin acompañarme en las agonías... me acuerde de vos, dulcísimo Jesús. Tan grande y tan divino quisisteis enseñarnos... hacer que siempre y en toda ocasión repita: ¡mis ingratitudes y pecados, Señor, os hizo sudar sangre... os azotaron, coronaron de espinas, abofetearon, escupieron, enclavaron e hicieron morir en la cruz, a mi Dios y Señor!

APROBACIÓN CONSTITUCIONES

19-XI-42

Después de 6 horas de agonía, a eso de las 3 de la mañana, sentí iluminaciones, todo creí como otras noches (encendían la iglesia cuando sienten ruidos) abrazada a mi Cristo, ofreciendo aquella agonía tan larga ahora que estoy para morir, esta carga... Me parecía abría el cristal de la tribuna y me saludaba, venía la Santísima Virgen María Dolorida con el divino Jesús en su Inmaculado Corazón como una Hostia y que la madre santa Clara parecía dármelo de manos de la Soberana Reina y me dijo: Hija mía, no rehuyas la cruz y los trabajos que te esperan, humilde, obediente, pobre y sacrificado; os quiere Jesús víctima de amor y reparación y nuestra dulcísima Madre María Santísima; os mostrará el camino, ¡no temas!, confía en el Señor que os dio nuestra Madre y Maestra en su corazón, y hace nacer este nuevo Instituto en su Corazón Inmaculado; con ese espíritu de inmolación y de víctima, humildad, amor y sacrificio salvará al mundo. Y dejó mi alma inundada de paz.

UN MOMENTO CON JESÚS

61-VII-39

“Muchos formamos un solo cuerpo, y participamos de un mismo pan”. Un solo cuerpo y un solo espíritu dice el Apóstol y fundida en este espíritu desde el noviciado, hice propósito único de un amor a la cruz tan fuerte, que [en] ella encontré mi único ideal y mi mayor dicha, en ella hasta el punto que el día que no hallaba una humillación y sufrimiento, buscaba en la Eucaristía lenitivo y mi pena, creyendo a Jesús lejos de mí... ¡Cuánto amor me daba el Señor entonces queriendo ser loca de amor! ¡Oh mi dulce Jesús, os amo con menos ardor, pero no permitáis nunca me separe de vos por la culpa! Amén.

Sentía una fuerza interior que me impulsaba a Berja y los consejos y humanas razones de los hombres nos despedían de aquella morada de paz donde la Santísima Virgen nos llamaba con ternura maternal, Madre mía, María Santísima, ¡bendita seas por siempre!

Amén.

¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma, bendito seas, que no faltáis a vuestras divinas promesas, cuando fieles a tu amor buscamos vuestra gloria y el Reino de los cielos.

¡Bendita seas Madre de Gádor que acogisteis de nuevo a tus hijas las Capuchinas Eucarísticas que tus dolores santísimos nos cobijaron en Chauchina 6 años!

NOTAS

8 de septiembre de 1939

¡En Berja, después de los rojos!

El 8 de septiembre teníamos la obra muy adelantada y quería festejar a nuestra amadísima Patrona la Virgen de Gádor con misa cantada, jubileo, etc., en desagravio de los muchos sacrilegios cometidos en esta iglesia contra *su sagrada, imagen quemada, desaparecida* y su trono y las riquezas con que la obsequiaron sus hijos fieles en tres siglos... *Nada*, pobreza y tu casa, Madre mía, de garaje de los rojos que con sus imágenes altares y retablos hacían grandes hogueras...

Estamos hoy 9 entristecidas, ni tus mejores hijos subieron ayer como esperábamos a los cultos que hicimos... Nadie subió, solo el Sr. Capellán y sus Capuchinas Eucarísticas quisieron obsequiarla. ¡Qué pena, Madre mía! ¡Cómo esperábamos que se acordaran de tu casa!... Y tu nueva imagen quedaba en la Parroquia, donde el Señor también recibió culto, pero la Santísima Virgen quería venir a su casa y nosotras la obsequiamos con nuestros obsequios y sacrificios porque vos, nuestra Madre amantísima desde el cielo, recoges las oraciones y súplicas de tus hijas, que desde lejos venimos a consolaros, y junto a tu Santuario en tu mismo camarín, colocaron su nido... ¡*el Sagrario!* Junto a tu santísimo Hijo arrullan con cariño tus palomas *eucarísticas*.

* * *

15 de septiembre de 1939

Había manifestado a las señoras más piadosas, que la Santísima Virgen necesitaba, una vez terminada su imagen, venirse a sola su iglesia; me lo hacía entender muy claro el Señor, y estuvimos tristes, asegurándonos que la Virgen no vendría a Berja hasta que tuviese sus andas de plata, que seguramente no estaría hasta febrero... ¡Y el camarín sin Virgen! ¡Y estas hijas sin Madre tantos meses!... Si esta es la voluntad del Señor, ¡hágase, fiat!

La noche del 15 nos recogimos temprano, teníamos que madrugar, y acostadas ya sentimos cantar como por la antigua alhameda (porque ya no existe) voces de niños cantando a la Santísima Virgen. Me levanté, y acercándome a la ventana oía las voces más cerca. Llamé a M. Goya para que oyera aquellos cantares, pero ella se volvió del otro lado, tenía mucho sueño, y yo me volví a mi cama. Volvíamos a oír cánticos de voces de hombres, y volví a levantarme y llamé a María, que en la misma forma me contestó: "Es de los parrales". Le insistí preguntando, si parece suben la Santísima Virgen... Ella siguió durmiendo y yo preocupada me quedé pensando qué fiesta tendrían en aquellos campos tan tarde.

Sin duda yo me dormiría o no sé lo qué me pasó. Yo vi que al oír aquella música todas salimos al camino y me pareció ver una procesión hermosísima con palmas en las manos cantándole divinamente... ¡Bendita sea!... Nos acercamos a verla, y entonces vimos el rostro de la Santísima Virgen muy dolorido y dándome el divino Hijo, nos decía: "Consolarlo vosotras y adorarle y así repararéis las graves ofensas que recibí de mis hijos. No quiero fiestas, ni que me tengan fuera de mi casa, donde pasé otro calvario de dolores"... Y como si mirara hacia el Pue-

blo parecía repetir con nosotras aquella antífona: "Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus". Y aquellos mártires repetían como un responsorio: "O vos omnes", que conmovían de dolor las piedras.

Cuando volví en mí o desperté, no sabía dónde estaba y prometí a la Santísima Virgen consolarla con amor y penitencia y humildad para pedir viniese en seguida a su casa aunque se opusiera todo el infierno. Lo conté a Lolita y de ella se valió el Señor para su gloria. Amén.

* * *

30 septiembre 1939. Berja

El 30 de septiembre, víspera de la subida de la Santísima Virgen al Santuario de su nombre, Nuestra Señora de Gádor.

Se presentó a las 5 de la tarde el Sr. Cura Párroco, como delegado del Sr. Arzobispo, acompañado del Sr. Cura propio D. Fausto Lachica, y del Sr. Capellán D. Sebastián Urbano Baena.

Pusieron la clausura que por las obras de restauración no se pudo observar con el rigor que ahora, gracias a Dios, se observa, por haber dejado el convento destruido los marxistas que lo acomodaron a su servicio militar.

Después se procedió a la elección, que no pude renunciar, como eran mis ardientes deseos, por no tener permiso, asegurándome el P. Director que Dios nuestro Señor quería muriese en la cruz con él y mi deseo de renuncia no era de Dios, etc.

Ante el temor de desagradar al Señor, a quien sólo a él deseo servir y amar, acepté con la muerte. ¡Dios sea bendito que de tantas maneras ayuda a mi alma!

Quedaron elegidas también por unanimidad las 4 Discretas: la 1ª, como dicen las Constituciones, fue la Vicaria, M. Inés; 2ª, sor Matilde de 1ª Tornera, y 3ª, sor Sagrario 2ª Tornera. Se terminó con alegría y paz en todas, gracias a Dios.

* * *

Primera dominica de octubre, día primero de 1939

A las 4 de la tarde del día primero de octubre de 1939, subió la nueva imagen de nuestra Patrona, la Santísima Virgen de Gádor, a su Santuario de Berja.

La comunidad llena de regocijo por tener la clausura Papal, que tanto deseábamos, y la elección canónica después de tantos años fuera de nuestro amado convento, nos preparábamos con el mayor cariño.

La Santísima Virgen llegó a las 8 ó 9 de la noche con un entusiasmo y fervor de todo el pueblo indescriptible.

Y nosotras, qué amor y gratitud al verla subir por donde tantos crímenes y pecados cometieron los rojos. El infierno rugía por aquellos campos, [los demonios] desesperados y rabiosos, mientras que los ángeles del cielo alternaban con los cánticos de los piadosos fieles, alabando a su Soberana Reina y Madre aquel himno de gloria...

Subía hermosísima en unas andas de preciosas flores que sus hijos le fabricaron supliendo así a las de plata que le robaron...

La iglesia, la plaza y todo el camino hasta Santa Lucía llegaba el gentío que venía con cirios encendidos.

Quisimos obsequiarla con todo el amor del alma en nuestra pobreza.

El 9 de octubre, por la mañana, salí de Berja con M. Goya para Almería donde me esperaba sor María Luz, postulante, que me acompañó a Granada donde me llamaron nuestras monjas para que se pusiera la clausura en Sancti Spiritus antes de marcharme a Portugal.

Allí estuve en Granada hasta ordenar muchas cosas para establecer la clausura papal, que por falta de celosías no se pudo dejar terminado todo. Salimos de Granada el 24 día de san Rafael, en Almería nos detuvimos un día. D. Ricardo con su noble corazón nos atendió misericordiosamente y nos dio de comer y los billetes hasta Madrid.

Llegamos a Madrid el 27 de octubre. No encontrábamos dónde hospedarnos. Al fin nos recibieron en las Jerónimas de Corpus Christi con mucha caridad dos días y 2 noches.

El 28 comulgamos y oímos misa en San Ginés y el Señor nos confortó con su amor misericordiosísimo. Alentó nuestra fe, prendió en nuestras almas el fuego de la caridad, y con una esperanza en su soberana providencia, a pesar de cerrarnos todo, el Cónsul Portugués nos pidió un absurdo. No teníamos para volver a Granada. En un acto de fe fuimos a los padres de M. Teresa, y su hermano nos arregló los billetes para Salamanca, y dormimos en su casa las 4, y nos dieron desayuno y 50 ptas. ¡Dios sea bendito que tanto nos ama! Llegamos felizmente, y las tres postulantes fervorosas y animadas como tres ángeles llenas de fe, el 30 de octubre. Nos hospedamos en el Servicio Doméstico de Salamanca. Llovía a diluviar, nos caía el agua, entramos en las Esclavas y estuve un buen rato adorando al divino Amor sacramentado, *Cristo Jesús*.

Descansamos y fuimos muy bien atendidas. El 31 [de octubre de 1939] a las 6 de la mañana salimos para Oporto tomando el tren a Barco de Alba. Fuimos muy bien acompa-

ñadas de un P. Benedictino hasta Porto, donde nos esperaban en la estación.

Dios sea bendito y su Madre Santísima. Amén. Tomamos el coche que nos llevó a nuestra casa, rúa Cinco d'Octubro 200, llegamos a las 8 y toda la comunidad nos recibió con entusiasmo y cariño. ¡Dios se lo pague y el Señor sea bendito por los siglos. Amén.

Permanecimos en Porto 8 días, muy contentas las postulantes de sus sacrificios en dejar sus padres y patria por seguir a Jesucristo nuestro amor, y el Señor cumplió sus promesas amorosísimas, pues ellas se les veía entrar en su centro.

El día de los Santos fue hermosísimo, el amanecer en la nueva Patria con toda la corte del cielo y del purgatorio.

Dios sea bendito, todo el día expuesto, y todas adorándole con amor, ¡en obras! ¡Oh qué feliz el alma que busca en Dios su felicidad y dicha! ¡Bendito sea!

El 13 [de noviembre de 1939], a los 13 días de estar en Porto nos trasladamos a la casa noviciado de Braga. Qué gozo dejar allí aquellas tres postulantes llenas de fervor y entusiasmo.

Me volví a Porto para salir por Valença a España, y visitar nuestras casas de Sobrado, Orense.

Una nueva orden que no me fuese a España sin hacer la elección canónica de abadesa nos hizo volver a Braga. El 10 de diciembre [de 1939] se mandó la comunicación al Sr. Arzobispo Primar, el que contestó hiciésemos el oficio al Sr. Vicario, el que se personaría con sus testigos el día 13.

Se procedió a la elección con mucha unión, saliendo electa por unanimidad la M. Consuelo de Jesús Hitos, y Vicaria sor Carmen de la Adoración.

El 15 de diciembre volvimos a Porto, y después de unos días de descanso, salimos el 26 para Orense, y de allí a Sobrado del

Obispo donde llegamos a las 2 de la madrugada con mucha lluvia y frío.

¡Dios sea bendito, que allí nos esperaba la comunidad con mucho amor y caridad! ¡Gracias a la Divina Providencia!

Pasados unos días se arregló el viaje de M. Luisa, Vicaria, a Porto, donde iba ya a reemplazar a M. Paz por el rescripto concedido en Roma, quedando M. Concepción aquí.

* * *

20-I-40

Gracias al Corazón misericordiosísimo de Jesús y a su dulcísima Madre María Santísima, mi salud empezó a resentirse con el mucho frío y cansancio. Se dignó el Señor mirar como si me invitara dulcemente a las celestiales bodas, y el 19 después de las Horas canónicas que recé con la comunidad con un fervor más que de ordinario, en la comunión me sentía invitada por el Señor a sus bodas, y parecía oír durante la meditación como si alguien me dijese: "Consumatum est".

Al salir de la santa misa me sentí afónica, no podía hablar, formóse un nuevo bulto en la garganta que no podía respirar. Pero aun así yo no salía de mí misma, preparé como pude lo más necesario, quedé mareada sin dar cuenta de mí, pero me sentía dulcemente caer en brazos de la Santísima Virgen, mi dulce Madre; entonces me parecía entrar en el cielo sin amarguras, me sentía toda cubierta con la Sangre purísima de Jesús, que valía infinitamente más que mis muchos pecados, y la Sangre de Jesús me confortó y alentó a vivir.

Cuando Jesús divino avisó su llegada, una oración de un alma víctima se interpuso, y el Corazón misericordiosísimo de

Jesús, revocó su mandato y me concedió vivir un poco más para que te pulimentes más en tu estado de víctima...

Gracias al Señor, me costó no poca pena me quedase de nuevo en el destierro, pues deseaba ardientemente morir para ver a mi Dios y unirme eternamente a su adorable Corazón, mi Rey y Señor. Amén.

S. Trinidad

* * *

El día 16 de febrero [de 1940] llegaron de Oporto M. Paz con sor Clara, sor Francisca y sor Pilar para el convento de Sancti Spiritus de Granada y viéndome tan grave no acertaban a seguir su camino.

El día 19 bajé por encargo del médico a los rayos X y aprovecharon mi bajada para trasladarme a Granada. ¡Dios sea bendito! Llegué viva y mi alma en brazos de Jesús y su Madre Santísima. Quedé allí reponiéndome hasta el 1-V-40, que volví a nuestro convento de Berja, donde creí y deseaba no moverme hasta el cielo. Pero aquí estuve dos meses y medio y la obediencia de nuevo me envió a Granada para el arreglo de las Constituciones. Terminadas, marché a Orense y Portugal, que pedían la visita con tal fuerza de razones, que marché en seguida a Madrid el día 27 y el 30 de agosto, a la 3 de la tarde, viaje penoso y largo. (Nos hospedamos en las Hermanitas de los Pobres Desamparados, Lagasca 17, Madrid). Descansé algo en dos días para arreglar el viaje a Portugal de dos postulantes que llevaba al noviciado y sor Víctima de compañera.

El 31, a las 11 de la mañana llegamos a Orense, donde nos esperaban dos de nuestras hermanas. El mismo día, a las 9 de la

noche, subimos a nuestro convento de Sobrado del Obispo, que ya nos esperaron todas llenas de entusiasmo y fervor.

* * *

Primero de septiembre de 1940

Amanecemos en el Palacio de Sobrado del Obispo. Allí Jesús dulcísimo quería favorecernos de nuevo con su cruz bendita y como siempre regaló mi alma con nuevo trabajo, pues ya en Berja, junto al sagrario, que ocupó el camarín de nuestra Madre de Gádor (profanado por los rojos), el Corazón Eucarístico de Jesús me pedía víctimas que desagrasiasen a su Eterno Padre en aquel lugar donde se habían cometido tan grandes sacrilegios y pecados. Yo me ofrecí con todo el amor que él me daba, que era muy fuerte, y le prometí que por nuestra parte nunca dejaríamos aquel lugar donde por tantos siglos había recibido amor y culto su Madre Santísima, y que nosotras, con nuestras adoraciones y amor le repararíamos...

Y entonces, ¡oh Jesús dulcísimo!, volvió a repetirme su regalada promesa que dio a mi alma en mi noviciado y en Chauchina: "Que me preparase a sufrir con él la pasión, dolores e ignominias de su pasión, no en el cuerpo, que padecería mucho... sino en el corazón, que sería sometido a agonías de Getsemaní, sentiría el desamparo de aquellas almas que atraje con beneficios... que me negarían con más obstinación que san Pedro que reconoció con su mirada santísima aquella debilidad y confesó con tanta penitencia y ánimo, que me grabaría sus cinco llagas y me daría a gustar sus hieles amarguísimas... con la sed de almas... y abrasaría mis entrañas... y no vería en la

tierra cumplidas mis ansias, sino en el cielo. Aquí rodearía mi corazón con su corona de espinas para que el suyo dulcísimo descansara en el mío... y le consolara de la ingratitud de tantas almas..."

Esta visitación me la ha repetido aquí, sintiendo en las agonías el sudor de muerte. Dios sea bendito, amado y adorado de su pobre víctima.

S. T.

MIS 7 HORAS: DE ADORACIÓN CADA NOCHE

9. Por Su Santidad y demás intenciones.
10. Por los misioneros y conversión de los infieles.
11. Por el reinado del Sagrado Corazón en España, Portugal y el mundo entero.
12. Por las buenas vocaciones y formación espiritual de nuestro Instituto en la vida contemplativa de adoración al Santísimo Sacramento, víctimas de amor con María Santísima, nuestra dulce Madre de los Dolores al pie de la cruz en Altar Sacramentado, y ayudar con espíritu de fe y caridad a las crianzas, acercando a Dios con doctrina, caldearlas en amor de Dios y en las misiones.

A la 1. Por todas las comunidades y religiosos presentes y futuras, vivan con el espíritu de obediencia y mortificación, sencillez y pobreza de nuestra santa Regla.

2. Por mi director espiritual, sus intenciones, su santificación y luz para llevar la mía alma a la santidad anhelada.

3. De reparación y expiación de mis pecados, tibiezas y negligencias en el servicio de Dios; y por todo el mundo, se convierta al Señor, le ame y sirva como es debido, y todos le demos reparación, adoración, alabanza y gloria por toda la eternidad. Amén.

NOTAS PARA LAS HERMANAS AUXILIARES,

PORTERAS Y LIMOSNERAS

CUADERNO VIGÉSIMO OCTAVO

MIS 7 HORAS DE ADORACIÓN CADA NOCHE

9. Por Su Santidad y demás intenciones.

10. Por los misioneros y conversión de los infieles.

11. Por el reinado del Sagrado Corazón en España, Portugal y el mundo entero.

12. Por las buenas vocaciones y formación espiritual de nuestro Instituto en la vida contemplativa de adoración al Santísimo Sacramento, uniones de amor con María Santísima, nuestra dulce Madre de los Dolores al pie de la cruz en Altar Sacramentado; y ayudar con espíritu de fe y caridad a las crianzas, ancianos y discapacitados.

A la 1. Por todas las comunidades y religiosos presentes y futuras, vivan con el espíritu de obediencia y mortificación, sencillez y pobreza de nuestra santa Regla.

2. Por mi director espiritual, sus intenciones, su santificación y luz para llevar la mía alma a la santidad anhelada.

3. De reparación y expiación de mis pecados, negligencias en el servicio de Dios; y por todo el mundo, se convierta al Señor, le ame y sirva como es debido, y todos le demos reparación, adoración, alabanza y gloria por toda la eternidad. Amén.

to del pecho del mismo formato, todos iguales (o el escudo del Corazón de María con la sagrada Hostia).

Las tocas como se usan hasta el presente, se usan con el velo corto que cubre la cabeza y el cuello, y se sujetan con una cinta de una cuarta el pelo.

**NOTAS PARA LAS HERMANAS AUXILIARES,
PORTERAS Y LIMOSNERAS**

Berja, 3-IX-1930
Viva Jesús

1930

1. La Puerta no esté nunca abierta ni sola. Haya una hermana profesa de edad y buen espíritu, de buena conciencia, amante de la Congregación, que vigile a las que entran y salen; con discreción y buen espíritu hablen lo necesario, sin dar noticias de los recados ni noticias fuera de las órdenes que reciba de la encargada mayor de la puerta y torno, a quien la M. Superiora confía la puerta, torno y teléfono que tendrán dentro del mismo recinto con llave, y ninguna llegará a la puerta, torno, ni hablar en el teléfono sin licencia de la M. Superiora o encargada mayor, que se sujetará a lo ordenado.

NOTAS PARA LAS HERMANAS ACTIVAS O EXTERNAS
QUE SALEN A PEDIR

Berja, 3-IX-1930
Viva Jesús.

I

La puerta no la dejen nunca sola, la encargada procure estar junto a ella para no hacer esperar a los que llaman. Tome los recados por la ventanilla que tendrá reja de hierro que puedan tomar o dar las cartas que le traigan de fuera como las que la Madre le den, y no abra la puerta ni deje entrar ni salir a ninguna sin licencia de la M. Superiora.

Las niñas de la escuela tendrán su puerta aparte con un recinto aparte de la comunidad, que las niñas no pasen dentro ni las monjas vayan a la escuela sin licencia especial fuera de las dedicadas a las clases.

Para salir lleven velo negro que las cubra todas, y para las escuelas un velo fino más corto que las cubra los brazos, un poco más de un metro. Lleven calzado de piel o que resista la lluvia, sin novedades, pero sólido y bueno, que dentro de casa pueden substituir por sandalias o alpargatas de piel con medias.

Los hábitos limpios todos del mismo color negro y forma, que no barran el suelo, suficientemente largo, que descanse en el zapato o sandalia.

La cuerda negra de lana o algodón, todas igual y con la misma forma, con la corona seráfica colgada de la cuerda. El Cris-

to del pecho del *mismo formato, todos iguales* (o el escudo del Corazón de María con la sagrada Hostia).

Las tocas como se usan hasta el presente, se usan con el velo corto que cubra la frente y cortas, que no tengan mas de una cuarta el peto.

II

Las hermanas que salen a la limosna hagan antes su meditación, sagrada Comunión y santa Misa. Antes de salir preparen su espíritu con súplicas fervorosas y humildes a la Madre Santísima de quien somos verdaderas hijas y encomiéndense a ella depositando en su purísimo Corazón sus sentidos y potencias, para que ella las preserve de todo cuanto pueda desagradar, con el corazón y el alma pedirlo a su santísimo Hijo y les dé su gracia para recoger la providencia necesaria para las hermanas, que se consagran al divino servicio, pidiendo como dice la santa Regla "pidiendo con confianza" por amor de Dios para las niñas pobres. Y a los bienhechores ofrezcan las oraciones y bendiciones del Señor y de la Madre María Santísima.

No quieran saber novedades; no se detengan ni en las calles ni casas más de lo indispensable, despidiéndose con gratitud y cortesía; no den ocasión a vanas preguntas ni amistades; no refieran nada de cuanto en casa haya, ni den satisfacción a vanas curiosidades... ni lleven al convento recados ni nuevas del mundo. Y sin licencia de la Superiora, no lleven cartas ni papeles ni recados, aunque sean de padre o hermanos, ni traigan al convento recados, cartas o papeles que no den antes a la Superiora.

III

Procuren recogerse antes de la puesta del sol, *nunca solas*, lleven una compañera siempre de probada virtud, guarden silencio en los vehículos o trenes, procuren no quedar de noche fuera de casa, ni venir tarde.

Si tuviesen que postular fuera no se hospeden en casas de seglares ni posadas. Busquen casas religiosas en asilos o comunidades de piedad y fervor, no entablen amistades ni refieran interioridades ni nada de nuestra vida.

Contesten con dulzura y agrado, palabras de edificación y de amor de Dios.

Pidan las reciban en caridad, y de lo que recojan dejen alguna limosna que no exceda del gasto que calculen hicieron en alimentos y hospedería; si no lo aceptan, ofrézcanle vuestras oraciones y de las comunidades.

No prolonguen los viajes, ni busquen pretextos de ir a sitios por ver alguna persona amiga o familia que no esté previsto y ordenado por la superiora, a quien deben dar cuenta minuciosa de sus viajes, estancias, limosnas, visitas, etc... del tiempo y lugares de la postulación, entregándole con la limosna nota detallada de los gastos e ingresos desde el día de la salida hasta el presente. Que la noche sea en casas que puedan cumplir el rezo y santa oración, con los 15 minutos de lectura espiritual.

Reciban diariamente la sagrada Eucaristía y a ser posible oigan la santa Misa y media hora de oración, mañana y tarde o noche, examen y santo Rosario.

Todo con obediencia, por servir al Señor. Nada sin licencia de la superiora.

LAS HERMANAS DE OBEEDIENCIA (LEGAS)

Estas hermanas, como dice la santa Regla, sigan la comunidad en todo y recen el Oficio divino por Pater noster como allí se ordena, y mientras tengan trabajos extraordinarios la superiora las puede dispensar de esta obligación. Se dedicarán con todo interés al desempeño de oficinas que les confíe la santa obediencia como cocina, ropería, refectorio, lavabos y limpiezas, pudiendo hacer de segundas oficialas en portería y torno, sacristía, etc... donde la madre superiora las ordene.

Procuren las hermanas cumplir sus oficios con toda exactitud y conciencia como que sirven a Dios nuestro Señor en la persona de todas y cada una de las religiosas.

Llenas de caridad y amor de Dios, vean en aquellos trabajos más humildes a Jesús dulcísimo y a nuestra Madre María Santísima, en su casita de Nazaret: cosía, lavaba, trabajaba la Reina de los cielos y tierra para servir a Jesús y a san José.

Sean las hermanas las esclavitas de nuestra Madre María Santísima. Sirvan en todo, lo más suave como lo menos agradable, como si sirviesen a Jesús y a María nuestra Madre. Qué hermoso deber ser este oficio dirigido por Jesús dulcísimo, que mira nuestras obras bien hechas por su amor, que escribe en el libro de la vida para premiarla y recompensarle de gloria en el cielo.

Si las hermanas de obediencia conservan la presencia de Dios, y sus miradas en el cielo... qué ricas de méritos se encontrarán en el cielo.

Qué feliz debe ser una religiosa que sabe que obedeciendo hace la voluntad de Dios... y que va segura al cielo, que es la Patria bendita de los escogidos.

LAS CORISTAS

Nuestra vocación de servir a nuestro Señor Jesucristo en la adoración del Santísimo Sacramento, de reparación y desagravio de las ofensas que recibe en la sagrada Eucaristía de los pecadores y almas consagradas, nos obliga a una vida de mortificación interior, de presencia de Dios en todos nuestros actos, adorándole en espíritu y verdad, en unión con los ángeles del cielo, ofreciéndonos víctimas de reparación y amor con la Víctima divina del Calvario en la sagrada Eucaristía, y en unión con el amor y reparación del Corazón Inmaculado de María Santísima, nuestra dulce Madre, obligar al Eterno Padre envíe la paz y el Reinado de su Hijo santísimo en el mundo, especialmente en los países donde no es conocido ni amado.

El Señor nos escogió para esta misión, escogida en darnos como medio efficacísimo de amor y desagravio, la adoración perpetua que debe ser como la vida de nuestras almas; la sagrada Eucaristía como víctimas de amor.

Las religiosas enfermas y ancianas, que no puedan dedicarse a los trabajos ordinarios ni a la vida activa, se consagrarán con toda su alma a la adoración de Jesús Sacramentado en la forma que les sea encomendada por los Estatutos y obediencia. Después de manifestarle sus necesidades y ansia de reparar a Jesús Sacramentado, seguirán en todo lo establecido y indicaciones de obediencia.

Procuren formarse todas en ese espíritu del Bautista que fue inspirado por el Espíritu Santo cuando nos confió la misión que hemos querido seguir con su llamamiento y vocación: "Es

necesario que él crezca y yo disminuya..." Para que Jesús reine en nuestras almas, en nuestro corazón y en nuestras obras, es necesario desaparecer *el yo*; nos pide negarnos, morir a nosotras mismas para que Cristo reine y viva en mí, en nosotras mismas, en nuestra amada Congregación. Sin esta muerte de nosotras mismas no habrá paz, ni entraremos nunca en el camino que nos señaló Jesús al llamarnos del desierto a enseñar su santa Doctrina a los niños y encender el fuego de su caridad en una nueva generación cristiana que reconozca por Rey y Señor del mundo al que es el Soberano Señor, Rey y Salvador del mundo, Cristo Jesús y a su dulcísima Madre María Santísima y san José.

Amen.

Querría que grabásemos en el alma las palabras de Jesús en su Evangelio: "Yo soy camino, verdad y vida" y que sentimos con la vocación en el fondo del alma, y cuando por el santo bautismo... por la luz de la gracia y educación cristiana de nuestros buenísimos padres, vimos como por revelación... pues nuestra inteligencia no alcanzaba a comprenderlo, que para ir al cielo había *un camino*... que no todos iban, y sentíamos deseos de ir por el sin apenas conocerlo. Entendíamos había una luz clarísima, bajada del cielo, que nos señalaba la senda *sin engaño*, y que para verla con claridad, por necesidad teníamos que *negarnos*, que vencernos y buscarla con ansia... y se nos daría de lleno... porque dando gustos a la naturaleza, quedábamos oscuras y sin luz, no encontrábamos esa vida divina y celestial que Jesús nos da, cuando por la negación y fe encontramos en la tierra, aun en las mismas tribulaciones, al Señor.

¡Oh Jesús dulcísimo, que al morir mi madre me encargó amase mucho a la Santísima Virgen, que desde aquel mo-

mento sería mi única y verdadera madre y lo enseñara a mis hermanitos!

¿A dónde iría a mis 9 años con toda la fiereza de carácter y condiciones que empecé a despertar, con las caricias y halagos de mi madre que no me negaba ningún gusto? Si Jesús dulcísimo, desde muy pequeñita, no me hubiese dicho: “Yo soy Jesús y quiero que me ames a mí sólo, yo te daré el camino, la luz y la vida, fía en mí, sígueme y te daré mi amor, que te dará dulzuras inexplicables el padecer por mi amor y tu corazón no descansará ni encontrará descanso ni hartura verdadera mas que en mi cruz”.

¿Cómo conocí entonces, tan pequeñita, mi camino?... Meditaba aquellas palabras de mi madre al morir: “Desde ahora no tendréis más madre que aquella”, señalándonos un cuadro de la Virgen de los Dolores que tenía a los pies de su cama.

Y al sentir el dolor de la orfandad *amarguísima*, tan pequeñitos y sin madre, volvía mis ojos aquel cuadro de nuestra Madre María Santísima y le decía con dolor: ¡Madre mía *sois mi madre*, no nos abandonéis...! Y ella cuidó de nosotras llevándonos a un colegio de religiosas donde la Santísima Virgen de los Dolores presidía el coro. y allí volví a repetir con más amor y conocimiento la misma súplica: Madre mía, sois mi madre; no nos abandonéis. Y desde entonces puso delante de mis ojos el camino sembrado de espinas que tenía que seguir para imitar a Madre tan divina y celestial. Pensaba y decía a mi hermanita: ¿No ves que para ser hija de la Virgen Santísima tenemos que ser muy buenas, porque somos hermanas de Jesús? Y para que decir, desde aquel día que la dulcísima Madre nos recibió por hijas, veíamos que la gracia del Señor corría a nuestro favor en todos los momentos de nuestra vida. Mi madre, q.e.p.d., me había dicho que la abuelita se encargara de mí para que quedés

con papá y cuides de él y de tus hermanitos. Y con ese último consejo de mi madre al morir, nos entraron en Santa Inés, que entonces tenía colegio. Nos reuníamos 20, todas niñas mayores. Sólo otras dos hermanitas como nosotras, y otra de mi edad muy educada (y nos queríamos mucho). Como éramos 5 pequeñitas de 8 años y 9, nos pusieron de maestra una santa religiosa, sor María Rosa Robles, aunque aprovechamos de la madre maestra, M. Rosario Aparicio, las instrucciones generales, pues era una santa y discretísima religiosa.

La entrada en el colegio fue el 28 de enero, a los 6 meses de la muerte de mi madre, el mismo día que cumplía 10 años. Nos acompañó mi abuelita y mi padre, que tanto le costó dejarnos, y *¡a mí, Dios mío!* no resistía mi corazón aquel segundo golpe: separarme por primera vez de lo que más quería, *mi padre y mi abuelita*, que fue mi madre siempre y con quien vivía ordinariamente. Entonces se renovó la muerte de mi santa e inolvidable madre, q.e.p.d.

Desde aquel día tenía delante de mi memoria el cuadro de la casa... mi padre sólo con cinco niños; los dos mayores querían escapar y mi padre pensó contraer matrimonio y ni mis hermanos mayores ni yo resistíamos ver otra en lugar de mi santa madre. A los pocos días vinieron a vernos los dos mayores, que se fugaban, y mi dolor llegó a decirle a la madre maestra: “Madre, querría me educasen pronto y marchar a casa para que mi papá no nos ponga madrastra”, y me contestó: es tarde, hija, y tu estarás hasta que seas mayorcita. Entonces convinimos mi hermanita y yo en hacer mucha penitencia y mucha oración para alcanzar de nuestro Señor resucitara a mi mamá antes que mi papá contrajese el matrimonio, y buscábamos en el jardín las ortigas y nos las metíamos en las medias y en el pecho, y chinos en los zapatos y echábamos a la comida cosas amargas, no be-

bíamos agua, nos poníamos zarzas en el pecho en forma de cruz y andábamos el Vía Crucis con cruces que nos hacía caer buscando las horas que podíamos escaparnos, para lo que nos ayudaba la madre maestra sor Rosa.

La maestra sabía todo y nos dejaba porque leyeron en el Año Cristiano la vida de san Estanislao, obispo, que resucitó un muerto de 14 años y nosotras le pedíamos con mucho fervor y lágrimas resucitara a mi madre al hacer el año.

¡Cuántas cosas se nos ocurrieron! El día de comunión, que era jueves y domingo, le decíamos, le pedíamos: ¡Señor y Dios, tu que eres todo poderoso resucita a mi madre como san Estanislao resucitó aquel hombre... Tú puedes mucho más, dile que venga, que nosotras la esperaremos donde tu le digas a la madre maestra!... Y nos íbamos tan contentas a preguntarle: ¿A dónde íbamos a esperarla? Así pasamos tres meses... Que el día de la Ascensión, en mayo, nos dijo sor Rosa: Ir al corredor más alto, que le llamaban de "Juanica", rezad el santo Rosario con mucha devoción mirando al cielo... y si no baja, es porque su mamá estará en el cielo muy contenta con el Señor, que le habrá aplicado vuestras penitencias y oraciones y le ha dado tanta gloria que ya no quiere bajar a la tierra, os espera en el cielo... Nos quedamos las dos muy tristes; aquel día esperábamos el milagro al entrar el Señor en el cielo.

Nos bajábamos las dos muy tristes y al pasar por delante de la Virgen Santísima de Belén, mi hermanita me llamó la atención y me dijo alborozada y llena de entusiasmo: ¿No ves que la Virgen de Belén te da el Niño?

Esta hermosa imagen la tenían en una capilla en el claustro del torno y portería, y siempre le rezábamos al pasar las educandas para el coro y para confesar, y le pedíamos con mucha fe nos diese el divino Niño y salíamos del confesonario con

el convencimiento que si el Señor nos había dado su santa gracia, algún día nos daría la Santísima Virgen al divino Jesús que tenía en sus brazos. ¡Qué horas de cielo nos pasábamos delante de aquella sagrada imagen, porfiándonos la vez de merecer recibir en nuestros bracitos aquel Niño, imán dulcísimo de nuestras almas!... Cuando nos retirábamos por obediencia de allí no salíamos vacías... Qué gozo llevábamos en el alma, y mi pequeña Pepita, con su natural viveza, me decía: ¿Qué tendrá el Niño de la Virgen... será de carne? Porque las muñecas las tomamos y soltamos y no dicen nada, pero este Niño parece vivo... ¿Qué sientes?, le decía yo... No podía ella expresarse más. ¿Qué será el cielo? Se nos pasaban las dos solitas refiriendo lo que sentíamos en la oración, y cómo suspirábamos por los días de comunión, que no lo recibíamos mas que los jueves y domingos hasta cumplir los 12 años, que comulgábamos todos los días... ¡Qué ansias de recibirlo!... ¿Qué consuelo quedaba en nuestras almas los días de comunión? Buscábamos las ortigas del jardín para llevar a Jesús alguna mortificación dolorosa... No podía olvidar cómo Jesús dulcísimo llevaba grabada en su alma su pasión santísima que tanto amargaba el Corazón purísimo de aquella Madre Virgen, que llevaba en su alma la espada de Simeón. Benditos dolores que nos merecieron a Jesús Salvador nuestro.

Cada día nos imponían las santas religiosas, que nos preparaban, tres mortificaciones: 1) *obedecer* siempre a las religiosas encargadas; 2) no querer saber mas que cómo se santificaron los santos, pero no preguntar nunca por curiosidad, y 3) dejar la mitad del postre, lo que más gusta, a Jesús y durante los recreos visitarlo con mucho amor y devoción, le diese unos toquecitos en la reja y le dijese muchas veces: ¡Jesús mío ven, que tu Merceditas te espera para abrazarte y cambiar nuestro

corazón con el tuyo. ¡Cuántas horas pasaba delante del sagrario, esperando que Jesús saldría a jugar conmigo, porque aquella religiosa me *afirmaba* que, si se lo pedía mucho, y con constancia, lo conseguiría. En efecto, un día de grande fiesta, que celebraba la madre santa Clara y tocaban mucho el piano y las niñas saltaban de alegría, y yo quería bailar, oí una voz como de la Virgen Santísima que me decía: “Márchate al coro, que Jesús te espera”. Solté la compañera que me hacía bailar, como era un poco mayor que yo me costó me dejase, y escapé.

En el antecoro había un cuadro del Corazón divino de Jesús con unas llamas de fuego que le salía de la llaga del costado, y sentí un ímpetu de besarle que, subiéndome en el espaldar de una silla, llegué a besarle, cayendo al suelo abrazada con él como fuera de mí... Salió del coro una religiosa anciana, maestra de novicias 16 años, y cogiéndome del suelo, me decía ella después, y lo refería a las monjas: “Cuando logré quitarle el cuadro, que lo tenía muy fuertemente abrazado, la cogí de la mano como una pluma, pesaba nada, y pude llevarla a mi cama por si era alguna impresión fuerte sobrenatural que no pudo resistir con tan pocos años. Esperaba fuese alguna visita de nuestro Señor, porque soy testigo de las muchas visitas y largos ratos que la veía junto a la reja, llamándole: ‘Jesús dulcísimo, ven, que tu Merceditas te espera’. Yo la esperaba en el antecoro algunos días para preguntarle qué hacía allí en las horas de recreo y quedaba meditando la predilección que Jesús tenía por esta niña que, a pesar de lo traviesa y juguetona en los recreos, se la veía una inclinación sobrenatural a las cosas divinas, que me atreví a comunicarle lo que el Señor me tenía inspirado sobre aquella niña, que me pedía oraciones para quedar con nosotras, y un día que la observaba en la oración, sin que ella lo notase, Jesús me dijo: No será con vosotras, la preparo para

otra vida distinta de la que busca. Será religiosa en una vida más austera. Allí le diré lo que doy a mis mejores amigos, la cruz, y en ella morirá conmigo, padecerá mucho para salvarme muchas almas... Y vi, como un relámpago, el cuadro de su vida grabada en el Corazón divino de Jesús, como su divino Rostro en el lienzo de la Verónica. Me decía grabara en su corazón las agonías de mi pasión, para mitigar con su correspondencia la ingratitude de tantas almas consagradas que me ofenden”. Hasta aquí copié la carta que esta religiosa escribió a nuestra reverenda madre Abadesa el día de mi profesión, el año 1897, en Navidad.

Después, M. Pilar Rodríguez, abadesa que fue muchos años en aquel convento, refería muchas cosas de los 4 años de educanda que estuvimos en su convento. Pero era tanto el amor que nos tenían, y la estima grande que hacían de la buena educación de mis cristianos y buenísimos padres y abuelos, que ocultaban lo que les hacía sufrir con mis grandes travesuras que, con mi carácter y fuertes pasiones de amor propio y grande soberbia, les daba bastante que hacer... Pero aun de este amor se valió el Señor para hacerme suya, empezando por quitarme mi madre, y ver otra en su lugar al año de morir... y el tener por madre a la que había sido el aya... (aunque muy buena, pues como algo parienta, mi madre la educaba con mucho cariño, porque en ella descuidaba nuestra educación y cuidado). Así di a conocer mi resistencia en vivir con ella, y la abuelita se encargó de mí en la edad más peligrosa que se decidía mi vocación religiosa. Al salir del colegio todo eran lazos, y el peor peligro, que donde quiera que iba, en el colegio y con la abuela, que viajaba siempre con ella a visitar sus hijas que eran 6, en todas partes me sentía querida y respetada como una persona mayor; pues estimaban en mí las cualidades de mi santa madre sin fi-

jarse en el abismo que había entre madre e hija, rodeada de grandes peligros, que yo no conocía, y que mi abuelita, al verme ya religiosa de votos solemnes, repetía el cántico de Simeón, con una devoción y alegría inexplicable de haberme consagrado al Señor antes de morir. *Dios nuestro Señor* sea bendito por siempre, que se dignó poner sus ojos en este leoncillo y hacerla ovejita de su rebaño... Bendito seas Señor y Dios mío por la misericordia que usaste con tan indigna sierva y esclava vuestra hija amantísima del Corazón purísimo e inmaculado de vuestra Madre María Santísima que nos tomó bajo su amparo y protección

Sor Trinidad del P. C. María

Berja, 8 de septiembre, festividad de Ntra. Sra. de Gádor, en la preparación de nuestro segundo convento, que el Sr. Cardinal aplazó al 24, fiesta de las Mercedes de Ntra. Sra., por querer celebrarlo de Pontifical ese día.

21-IX-30

Sr. D. Ricardo P. Reche.

Mi reverendo padre en nuestro Señor:

Por *obediencia* le envió hoy la relación, que me pedía le pusiese por escrito, ¿cómo me llamó el Señor a esta nueva vida?

La llamé nueva vida después de 39 ó 40 años de vida religiosa, porque desde que cumplí los diez años... me llevó el Señor cogida de su mano, repitiéndole con mucha fe el *Pater noster*: "*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*". Iba segura de su mano divina, llena de fe y contentísima en obedecer... pues nunca recuerdo haber hecho mi voluntad en nada, *sino la suya*. Pues el mundo me atraía y me sentía feliz, viéndome rodeada de simpatías y cariño... pero sentía en el fondo de mi alma una voz interior que me llamaba con un atractivo *más fuerte* que el mundo, que me decía: "¡Ven, amiga mía, y sígueme al monte de la mirra!..." Tantos misterios veía encerrados en esta invitación que me ofrecí su víctima, a morir con él. Cuánto me costó dejar mi primer convento donde tantas gracias recibí del Señor, haciéndome religiosa y viviendo felicísima, obedeciendo a mi superiora y a las oficiales mayores que yo, a quien servía como a nuestro Señor los 14 años que gocé de súbdita.

No así cuando me eligieron por primera vez abadesa, quedé espantada y no acertaba a comprender que siendo para mi alma tan grande felicidad obedecer, había perdido el camino para mí tan seguro y que tanta paz sentía. Cuando alguna me contrariaba, hacía un acto de fe y amor, *repitiéndole* muchas veces: ¡Se-

jarse en el abismo que había entre madre e hija, rodeada de grandes peligros, que yo no conocía, y que mi abuelita, al verme ya religiosa de votos solemnes, repetía el cántico de Simeón, con una devoción y alegría inexplicable de haberme consagrado al Señor antes de morir. *Dios nuestro Señor* sea bendito por siempre, que se dignó poner sus ojos en este leoncillo y hacerla ovejita de su rebaño... Bendito seas Señor y Dios mío por la misericordia que usaste con tan indigna sierva y esclava vuestra hija amantísima del Corazón purísimo e inmaculado de vuestra Madre María Santísima que nos tomó bajo su amparo y protección

Sor Trinidad del P. C. María

Berja, 8 de septiembre, festividad de Ntra. Sra. de Gádor, en la preparación de nuestro segundo convento, que el Sr. Cardinal aplazó al 24, fiesta de las Mercedes de Ntra. Sra., por querer celebrarlo de Pontifical ese día.

21-IX-30

Sr. D. Ricardo P. Reche.

Mi reverendo padre en nuestro Señor:

Por *obediencia* le envió hoy la relación, que me pedía le pusiese por escrito, ¿cómo me llamó el Señor a esta nueva vida?

La llamé nueva vida después de 39 ó 40 años de vida religiosa, porque desde que cumplí los diez años... me llevó el Señor cogida de su mano, repitiéndole con mucha fe el *Pater noster*: "*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*". Iba segura de su mano divina, llena de fe y contentísima en obedecer... pues nunca recuerdo haber hecho mi voluntad en nada, *sino la suya*. Pues el mundo me atraía y me sentía feliz, viéndome rodeada de simpatías y cariño... pero sentía en el fondo de mi alma una voz interior que me llamaba con un atractivo *más fuerte* que el mundo, que me decía: "¡Ven, amiga mía, y sígueme al monte de la mirra!..." Tantos misterios veía encerrados en esta invitación que me ofrecí su víctima, a morir con él. Cuánto me costó dejar mi primer convento donde tantas gracias recibí del Señor, haciéndome religiosa y viviendo felicísima, obedeciendo a mi superiora y a las oficiales mayores que yo, a quien servía como a nuestro Señor los 14 años que gocé de súbdita.

No así cuando me eligieron por primera vez abadesa, quedé espantada y no acertaba a comprender que siendo para mi alma tan grande felicidad obedecer, había perdido el camino para mí tan seguro y que tanta paz sentía. Cuando alguna me contrariaba, hacía un acto de fe y amor, *repitiéndole* muchas veces: ¡Se-

ñor eres tú!... Y como si le viese en mi superiora o compañera saltaba de gozo y entraba cantando alabando al Señor que ordenó aquella obediencia difícil, para venir a mi alma y llenarla de gozo. ¡Eres tú, Señor y Dios mío! ¡Bendito seas, que así me enseñas a cumplir tu voluntad!

Entré en el cargo el 16 de julio del año 1908, y desde entonces, parecíame un soldado que le toca la quinta al servicio. Hasta entonces me consideraba como una colegiala que estaba bajo las disposiciones de mis superioras, mi M. Abadesa, Vicaria y oficialas mayores todas, a quien tenía que servir y obedecer, encantada de ser la última de todas, que me buscaban con cariño unas enfermas para que les lavara la ropa, otras ancianas para que les limpiase sus celdas, otras oficialas les lavase los suelos, otras que les bordase o fuese a rizar o planchar. La M. Abadesa que le escribiese paquetes de cartas para [que] las hermanas llevasen a la demanda... etc. ¡Madre mía, a qué hora si no me dejan tiempo!... Me contestaba: "Llévate a nuestra celda el reloj y dígale a la veladora que S. C. tocará a maitines".

Esto me daba consuelo, quedarme de veladora. Procuraba terminar a las 11 y me iba al coro con mi Jesús dulcísimo, a las 12 menos cuarto llamaba a maitines, quedaba en ellos llena de fervor y después de terminada la meditación me retiraba al dormitorio a las 2,30 de la mañana hasta las 5. El Señor me dio salud y fuerzas, como un roble, me decían las monjas que "como no las tenía ejercitadas, se despertaron con brío".

Entré como soldado a la pelea y el ambiente de respeto y veneración que aquellas venerables ancianas, que habían sido mis superioras y maestras durante 15 años, eran humildísimas, llenas de respeto y de amor... que no merecía, y yo hacía todo cuanto la M. Abadesa que salía me aconsejaba, y pedía en todo consejo y sentía descanso porque me lo daban todo hecho. Pero

al venir a los 4 años y salir reelegida, renuncié y supliqué al Sr. Arzobispo admitiese mi renuncia que no pude conseguir, diciéndome que mientras fuese Arzobispo de Granada tenía que ser la Abadesa.

Vi la voluntad del Señor y me ofrecí su víctima, pues veía grandísimos peligros para mi alma; y salí de la confidencia de S.E.R. como el soldado a la plaza a pelear hasta vencer... o morir.

¡Oh Dios mío, qué furias de infierno pasé... recurría a vos, Dios mío, y dormía... y sola luchaba con la mirada en tu cuerpo colgado de la cruz, ensangrentado y muerto por salvarme... recurría en súplicas y lágrimas a mi Madre Santísima y me salvó de los más graves peligros... ¡Dios mío, qué bueno eres con las almas que tienen sed de ti!...

Vencidos algunos enemigos, vinieron otros, las alabanzas, las amistades y cariños de dentro y fuera eran mi mayor tormento y cuando cualquiera pensaba que en aquel ambiente de alabanzas y simpatías yo gozaría, mi corazón y mi espíritu se encontraba acosado de fieras que tiraban a condenarme, y Jesús dulcísimo venía cubierto de sangre, su Corazón santísimo abierto me pedía quedarme en sus llagas y allí le repetía mis promesas de víctima, morir antes de separarme por un momento de su divina gracia. ¡Oh Jesús dulcísimo, cómo obrasteis milagros para conservarme tuya cuando las furias del infierno luchaban por ganar la victoria que siempre fue tuya. Por ti, Jesús mío, me dejaría morir, y entonces... cuando me resistía salir, hiciste el milagro de alejarme a seguimos a tierras extrañas, llamándome vos mismo, por medio de los prelados que me ofrecieron la fundación, y el Sr. Obispo preconizado de Badajoz, me dijo, al darle cuenta de mi conciencia como a padre buenísimo, que siendo seminarista con mis primos P. Hitos nos prepa-

ró para la primera Comunión, y entonces era Vicario General, sede vacante, de Granada, me dijo, como el Señor a Abrahán, “*sal de tu tierra y dale al Señor la gloria que te pide, llevándole las almas de los niños a la sagrada Eucaristía y buscándole almas que le adoren y le amen*”. El me aconsejaba con familiar afecto y comprendía que Dios nuestro Señor me imponía como ley a mi corazón *romper las cadenas...* (Sus palabras): “Rompe Señor las cadenas al águila que vos criasteis para que levantara sus alas y llevase tras sí otras almas que te amasen y diesen reparación y amor en la sagrada Eucaristía”. Y dirigiéndose a mí me repetía: “Valor y fuerza, hija mía, sigue al Señor hasta los confines de la tierra cuando le llame”.

Y las horas de noche, de 11 a 12, me bajaba a los pies de nuestra Madre María Santísima de los Dolores (de la escalera grande) que tantas veces espantó los enemigos que quería destrozarme: Me pasaba muchas noches horas enteras pidiéndole fuerzas y valor para el sacrificio de dejar aquellas monjas que tanto bien me hicieron, aquel convento donde había recibido tantas gracias del Señor en mi noviciado, en mi profesión en toda mi vida. Me parecía si el Señor me echaba fuera de mi centro por no ser santa, como me dijo el P. Valencina al entrar: “Dios nuestro Señor te trae para que te santifiques y hagas muchas santas con tu ejemplo”.

¡Oh mi buen padre, creo he obedecido a V. R. en darle cuenta de mi alma y esto le hará comprender cómo me trajo tan lejos a esta Alpujarra la indicación del Sr. Cardenal, que me promete ayudarme en la aprobación y demás fundaciones.

Sor Trinidad

Octubre 25-X-30

¡Paz y Bien!

M. R. P. Tomás Vega, Superior de Redentoristas, Granada.

Mi venerado padre en nuestro Señor:

¡Qué impresión la muerte del Emo. Sr. Cardenal, nuestro protector y padre bondadosísimo, se nos va al cielo en el camino de Roma!... ¿Qué pasará de nuestras Constituciones que nos prometió a la Sra. Vizcondesa y a nosotras llevaba a Roma para pedir *él mismo su aprobación?*... ¡Qué juicios los del Señor! ¡Todas sus obras llevan el sello de la cruz!... ¿Y la nuestra? Me parece decirnos en esta ocasión aquellas palabras que a sus Apóstoles: “Así como me amó el Padre, yo os amo” a vosotras, no a gozos temporales sino a grandes pruebas y trabajos, no a gozos, alabanzas y honores, sino a *santificaros*, [no] por honras y descanso, sino a desprecios y calumnias, que gozaréis sufrir por mi amor. No a ocio y vanidades, sino a grandes trabajos, no a descanso, sino a recoger grandes frutos de humildad y paciencia. Es el sello de los hijos de Dios. Y estas palabras las medito mucho con provecho espiritual de mi alma, en esta *amarga orfandad* de nuestro padre.

¡Qué hermosa *es la fe y amor a Dios!* ¡Qué feliz pasamos junto a Jesús el calvario de la vida presente!... Mi mayor pena y tormento es no ser comprendida de las almas que me rodean; de muy poquitas *tengo esperanzas consoladoras*, porque leo en sus almas las mismas ansias y sed de Dios... ¡Verdad!... Pero de la generalidad, que ni me comprenden, ni siente conmigo, antes al contrario me toman, como de persona que vivió en

siglos pasados que hacían el camino de la santidad enojoso y imposible con sus extravagancias.

¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma, que vuestra ley divina es la misma, es el mismo vuestro Evangelio, vuestros mandamientos y vuestro Corazón divino abierto con una lanza, muerto por mí en la cruz desnudo sin ser comprendido, vuestro amor por nosotros que tanto os costó salvarnos!

Confío mucho en el Señor que el nuevo Arzobispo será para nosotras tan buen padre. ¡Oh Señor y Dios mío, fortalecernos y guiarnos, pues presiento que el nuevo Vicario Capitular, sede vacante, nos hará sufrir porque no fue conforme con nuestra salida de San Antón, por parecerle había abandonado aquella comunidad para una cosa nueva. Padre, todo lo he puesto [en] el Corazón dolorido de nuestra Inmaculada Madre y de ella espero las gracias de amor y aliento, para perseverar en [?] por de Jesús dulcísimo que nos invitó a seguirle. Fiat.

Aquí en este santuario bendito de Ntra. Sra. de Gádor me siento dichosa... pues no oigo las falsas alabanzas de los que miran más la tierra que al cielo... creyendo que atraerían los afectos de mi alma... Pero créame, R. P., huyo del extremado amor de las criaturas como del mismo infierno... Cuando en labios humanos oigo alabanzas, siento agonías de muerte; no sé si será el infierno que tira a enredarme y aquí en este bendito Santuario me siento feliz... con sed de oprobios por amor de Dios... Es verdad que estas humillaciones no llegan... porque sólo hace un mes... que la inauguración solemnísimas, con el pontifical y subida de las autoridades de Almería, Berja y muchos de Granada, especialmente nuestro veneradísimo Cardenal, Sr. Vicente Casanova y Marzol, hizo grandes alabanzas al público repitiéndoles con entusiasmo, "Os traigo en estas lo mejor de lo mejor que he visto *en mi Diócesis*". Y en el refres-

co hizo una pública confesión del trato y pruebas humillantes que me sometió en Chauchina, porque temía que el amor de aquellas monjas me fascinara. Pero convencido que la Obra era de Dios iba dispuesto a Roma [a] pedir la *aprobación* de las Constituciones y a seguir ayudándome a llenar de nuestra fundaciones todo el mundo".

Esto se lo repitió varias veces, como V. R. también lo oyó, delante de D. Francisco González, Magistral de la S.I.C., que trabajó y nos trajo con tanto cariño y entusiasmo a Berja, y de la Señora Fundadora que costeó las obras del convento, Vizcondesa de Termens, Dña. Carmen Jiménez, Vda. del General B., que V. R. convirtió, como san Francisco de Sales, hizo en su alma un cambio de vida admirable; abandonó la Corte y se entregó a obras de caridad.

Haciendo jirones mi corazón me dejé con el mayor dolor mis dos conventos donde consagré mi vida toda en acercarle las almas al Corazón Eucarístico de Jesús. Con qué gozo rompía los purísimos lazos de amor espiritual que me unían aquellas dos comunidades que me dio el Señor, como una gotita de su preciosa Sangre las sentía al darme el cargo de Abadesa a los 29 años, y sentir que la misma Madre de Jesús, el Viernes Santo, me consoló diciéndome: "*No temáis*, hijas, voy yo con vosotras; encontraréis en mi corazón el de la Madre que os acompaña hasta el cielo; sois mis hijas, imitar la vida de mi divino Hijo Jesucristo y cuidaré de vosotras si sois fieles esclavas de su Corazón Eucarístico, siendo vosotras el consuelo en su vida escondida *del tabernáculo* atrayéndole almas abnegadas y humildes que reparen y desagravien del olvido y muchas ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento".

Al día siguiente, cuando me mandaron salir... me encontré sola, no había quien abriese la puerta, hasta que el Señor quiso

que entre lágrimas y sollozos viniese la M. Vicaria y alguna a despedirnos. El Sr. Vicario pidió los dotes, que le entregaron de las que íbamos; y llamando al dulcísimo Jesús moviese mis miembros, porque no podía moverme, oía su voz dulcísima: "Ego sum..." y corrimos tras él... El Sr. Arzobispo Cardenal con el Párroco y varios señores de la Curia nos esperaban en la entrada del Pueblo. Los chicos de Santa Fe nos saludaban con gritos de alegría y los pañuelos veían a lo lejos cuando pasamos por la carretera de Málaga.

Fue un himno de gloria a nuestro Señor que llevaba a aquel Pueblo una comunidad Religiosa que cuidaría del culto de la Virgen de los Dolores... ¡Madre mía, Maestra divina de las almas que sufren, "Regina Martirum", ruega por nosotras, especialmente por mí, vuestra indignísima esclava y sierva. Amén.

SOLILOQUIOS CON MI PADRE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Capuchinas Eucarísticas bajo el amparo
de nuestra Madre Santísima, María Santísima,
"Victimas Esclavas" de la sagrada Eucaristía.
4 de octubre de 1930

[Así mi serafín padre San Francisco! hicisteis sentir en mi
pebre alma cuando por primera vez confiaba a mi cuidado (el
Sr. Arzobispo), representante de Dios en la tierra, aquella ama-
da comunidad de Capuchinas de Jesús María, Desierto de Pe-
nol.

CUADERNO VIGÉSIMO NOVENO

¡Qué día memorable, confundida en mi propia nada, no
acertaba a entender aquel misterio, la última de todas... sin edad
canónica, superiora de mis (superioras y) abadesas y maestras,
y de tantas venerables y santas religiosas!... Una niña sin experi-
encia, sin virtud y sin dotes para ocupar, no ya el cargo de
abadesa, ni aun el de humilde lega (para lo que siempre tuve
vocación, pedí y supliqué sin lograrlo nunca).

Espanada, confusa y llena de asombro, me sentía bajo un
peso que me inutilizaba, y como una demente, entraba y salía
en el coro bajo, y acercándome a la reja le decía a nuestro Se-
ñor, unas veces callando y otras recio (cuando me veía sola):
pero, Jesús mío!, ¿qué has hecho conmigo? ¡No habíamos con-
venido los dos el vivir siempre contigo, escondida en tus llagas
y clavada contigo en la cruz de las humillaciones y desprecios!...
Una de las veces que oraba con más dolor e intensidad salió
como del sagrario un rayo de luz... y me pareció oír una voz

que entre lágrimas y sollozos viésemos la M. Vicaría y alguna despedimos. El Sr. Vicario pidió los dotes, que le entregaron de las que íbamos; y llamando al dulcísimo Jesús movíese mis miembros, porque no podía moverme, oía su voz dulcísima "Ego sum..." y corríamos tras él... El Sr. Arzobispo Cardenal con el Párroco y varios señores de la Curia nos esperaban en la entrada del Pueblo. Los chicos de Santa Fe nos saludaban con gritos de alegría y los pañuelos veían a lo lejos cuando pasamos por la carretera de Málaga.

Fue un turno de gloria a nuestro Señor que llevaba a aquel Pueblo una comunidad Religiosa que cuidaría del culto de la Virgen de los Dolores... Madre mía, Maestra divina de las almas que sufren, "Regina Maritima", ruega por nosotros, especialmente por mí, vuestra indignísima esclava y sierva. Amén.

GOBIERNO VIGÉSIMO NOVENO

SOLILUQUIOS CON MI PADRE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Capuchinas Eucarísticas bajo el amparo de nuestra Madre Santísima, María Santísima.

"Víctimas Esclavas" de la sagrada Eucaristía.

4 de octubre de 1930

¡Así mi seráfico padre san Francisco! hicisteis sentir en mi pobre alma cuando por primera vez confiaba a mi cuidado (el Sr. Arzobispo), representante de Dios en la tierra, aquella amada comunidad de Capuchinas de Jesús María, Desierto de Penitencia (San Antón) Granada. El 16 de julio de 1908.

Aquel día memorable, confundida en mi propia nada, no acertaba a entender aquel misterio, la última de todas... sin edad canónica, superiora de mis (superioras y) abadesas y maestras, y de tantas venerables y santas religiosas!... Una niña sin experiencia, sin virtud y sin dotes para ocupar, no ya el cargo de abadesa, ni aun el de humilde lega (para lo que siempre tuve vocación, pedí y supliqué sin lograrlo nunca).

Espantada, confusa y llena de asombro, me sentía bajo un peso que me inutilizaba, y como una demente, entraba y salía en el coro bajo, y acercándome a la reja le decía a nuestro Señor, unas veces callando y otras recio (cuando me veía sola): pero ¡Jesús mío!, ¿qué has hecho conmigo? ¡No habíamos convenido los dos el vivir siempre contigo, escondida en tus llagas y clavada contigo en la cruz de las humillaciones y desprecios!... Una de las veces que oraba con más dolor e intensidad salió como del sagrario un rayo de luz... y me pareció oír una voz

dulcísima que me decía: “¿No me has pedido siempre desde que me consagraste tu corazón que te dé a gustar de los frutos de mi cruz?... Ahora te he sentado a la sombra de mi cruz... A ti te toca ahora comerlos con delicia y saciad tu sed de amor. Ahora conoceré si me amas... Dame almas que me adoren en este Sacramento de mi amor y nunca te faltaré yo. Aunque todos te abandonen y desprecien, yo seré tu fortaleza y ayuda. Sedme fiel y confía en mi amor para ti, que te sigue desde que fuiste formada, desde entonces mi protección y amorosa providencia velaba por ti y por la madre que había de enseñarte a amarme con todas las fuerzas de tu corazón y de tu alma”.

Aquella voz que me pareció salía del fondo del sagrario, volvió la paz y el consuelo a mi alma... Veía delante de mí los años que venía enamorada de la cruz, de los desprecios y humillaciones que nunca me veía satisfecha por grandes que fueran... Había el Señor infundido en mí una fe y amor tan grande, que viéndole muerto en la cruz y encerrado tantos siglos en el sagrario, todas las penas me parecían nada en comparación de lo que un corazón amante desea sufrir por su amor; y sólo el corazón de mi seráfico padre san Francisco era el único que me explicaba las ansias de amar y sufrir... ¿Porqué no imprimes en mi alma las llagas que Jesús abrió en tu cuerpo en el monte Alvernia?... Hiéreme Seráfico Padre con aquel dardo de amor que te hacía exclamar: ¡El Amor no es amado!... Y ese eco divino de amor que ardía en tu pecho, que repercuta y encienda en amores eucarísticos los corazones de las hijas todas, las que han sido llamadas a la vida de víctimas de tu Amor Sacramentado, que quiero hoy unirlas a ti y que todas las que por especial vocación quieran ser Capuchinas Eucarísticas, sobre las cuales tiene vuestro Corazón especial predilección y amor.

“Muchos serán los trabajos y penas que has de soportar en este destierro, pero nada te ha de negar mi Corazón de cuanto me pides en favor de mis víctimas, mientras ellas sean fieles para corresponder a mi amor; siendo amantes de mi cruz habrán comprendido la santidad de vida; quiero de ellas para que reparen y expíen los enormes pecados del mundo que constantemente provocan la ira de mi Eterno Padre que ha de enviar terribles castigos si (como en otro tiempo a Abrahán) no os ofrecéis víctimas que con adoraciones y penitencia calmen la divina justicia. A esto os invita nuevamente mi Corazón enamorado de los hombres, a que os consagréis por completo a orar, amar y reparar, y si perseveráis en oración y súplica, alcanzaréis el perdón y la misericordia para el mundo ingrato y ciego”.

20 de marzo 1931. Voz de Jesús: “Quiero víctimas que se inmolen en continuos sacrificios y amor como pequeñas hostias, unidas a la Hostia Santa que cada día ofrece el Sacerdote a mi Eterno Padre, en reparación y amor en la santa Eucaristía”.

El noviciado de las Capuchinas Eucarísticas debe ser *uno*. Sólo en el caso de ser mucho el número de casas y vocaciones, y entonces el Consejo con la Madre General definirán dónde y cómo convendría establecer otro en todo iguales, de tal manera que en la formación del espíritu no se encuentren discrepancias.

La Madre Maestra (1).

(1) Así termina el escrito.

COPIA DE DOS CARTAS INTERESANTES PARA GUARDAR (1).

¡Paz y Bien!

Muy Ilustre Señor Don Juan Cuenca:

Padre mío, hoy primer día de junio ¡qué dulces recuerdos para nuestra casa de Chauchina! ¡10 años de la visita canónica y primera elección de nuestro primer monasterio! ¡Qué gozo y entusiasmo el del Sr. Cardenal Casanova cuando nos avisó con tanto cariño preparásemos comida y habitación para 4, que vendrían a la visita canónica y pasarían el día con nosotras. Como así fue y V. recordará las impresiones de cariño y entusiasmo de aquel Prelado que veía las dos fundaciones como una bendición del Señor. Desde que murió ¡qué orfandad la nuestra tan amarga hasta que llegó este santo Prelado, en el que veía resucitar de nuevo a mejor vida esta pequeña obra tan combatida del demonio... ¡Perdone, padre mío, este pequeño desahogo que se escapa del fondo del alma ante la prueba de ver desaparecer aquella casita tan amada de la Virgen Santísima!... ¿Será posible que permita nuestro Señor entre en la casa de su Madre Santísima la serpiente que ella pisó?

Otras veces se me ocurre la idea si el Señor permite esta tempestad para arrojar de ella la mala semilla que ahoga el trigo... y limpiando la era vuelva a renacer aquel trigo que ella (según piadosamente creemos) bendijo y tocó con la orla de su

(1) La letra de la copia de estas dos cartas es de otra religiosa.

manto... Todo esto consuela y alienta a esperar vuelva para nosotros y para nuestra querida Patria días de bendición y de paz si sabemos abrazar con amor y resignación la mirra amarguísima de la prueba que llevamos... ¡El Señor nos conceda saber sacar el bien y la gloria que su divina Providencia nos prepara! ¡Bendito sea!

Tengo un amago de corazón fuerte, la doctora me mandó completo reposo y descanso y sin preocupaciones, etc. (lo de siempre). Estuve en cama tres días. Ayer el Espíritu Santo me levantó y el ratillo de lucidez que tuve escribí al Excmo. Sr. Arzobispo saludándolo, no me atreví a manifestarle el impulso que sentía hasta consultarlo con V., a quien el Señor le dio la luz y consejo que seguí 25 años.

Tengo una carta del P. Esteban (de Roma) que al nombrar Prefecto de la SS. CC. al Cardenal Sr. de la Puma (amigo suyo) le envíe nuestra felicitación pidiéndole nos recomendase.

A este Sr. es a quien la Sra. Vizcondesa nos recomendó hace cuatro o cinco años; y éste le recomendó *absoluta reserva si queríamos conseguir algo*. Pensé escribírselo todo al Sr. Arzobispo nuestro de ahí y presentarle una petición, hecha en forma, para que nos la recomendase eficazmente y devolviéndola aquí este Sr. Arzobispo que nos quiere haría su información con arreglo a lo que viniese de ahí y entonces la mandarí al P. Esteban (que me habló con mucho cariño del Sr. Parrado cuando yo le decía lo mucho que lo venerábamos como a un santo y le amábamos como a tan buen Padre), pero no me atrevo. No sé si no sería oportuno, ya V. me dirá si lo querrá el Corazón de Jesús Sacramentado, poner en su corazón de padre el amor a esta obra como suya y entonces veré clara la voluntad del Señor a quien todo lo confía su pobre hija,

Sor Trinidad

* * *

+

J.M.J.

¡Paz y Bien!

1-VI-36

Confidencial, de conciencia para mi padre solico

Padre mío: Le adjunto carta que le escribo, es para si tiene ocasión y le parece bien leérsela al Sr. Arzobispo y vea cómo la recibe y si querría informar las Preces que ahora me piden de Roma (en absoluta reserva para el nuevo Prefecto). Yo querría a ser posible no lo sepa más que el *Sr. Arzobispo* y V., *padre mío*, solamente (Así me lo encargan). Las pide este padre con gran interés, es muy amigo suyo.

Aquí habló el Capellán con el Sr. Arzobispo de aquí y éste le ha dicho "que si el Sr. Arzobispo de Granada informa, él lo hará con igual interés". Yo querría le dijese V. que nosotros dos no queremos ya pedir esto ni aquello, *queremos sujetarlo todo a su juicio* con la seguridad de que Dios nos hablará *por él*, que él le indique qué le parece, qué siente que nosotros pidamos que sea del agrado de Dios *que nosotros sentimos de verdad que lo que él nos diga es lo que Dios quiere, y eso es lo que queremos nosotros pedir*. Si él insiste en que nosotros lo hagamos, entonces V., padre mío, *después de una misa muy fervorosa el primer viernes de mes*, que querría la aplicara por este fin y nosotras nos uniremos a V., dígame por escrito en borrador que querría me hiciese antes de salir en la acción de gracias que su corazón siente tanto a Dios como un santo lleno de fe. *Dígame lo que Dios le inspira* y eso nos lo concederá el Señor ahora que ya no queda en nosotros nada más que querer cumplir su voluntad santísima.

Yo me encuentro agotarme el corazón por día, estas almas me piden las deje aseguradas nuestro ideal antes de morirme. Ahora parece se nos ofrecen ayudas ¡Esto será un éxito si el Prelado de ahí toma la obra como suya! Y por eso deseo y le ruego le pida nos manifieste su voluntad. Espero lo conseguiré V. si lleno del Espíritu Santo como V. estaba cuando nos lanzamos a la obra y subimos al altar del sacrificio, me inmoló haciéndome arrancar de San Antón cuando allí todo se me florecía; sacrifiqué con alegría aquel trono... *por la cueva de Belén. Gracias a Dios*, padre mío, que alentó mi alma a extender mis brazos sobre la cruz tan amada de mi Señor Jesucristo, su humilde hija.

Sor Trinidad

Para mis horas de cielo junto al sagrario donde Jesús Hostia nos atrae con fuerza irresistible... *a reparar, amar, sacrificar y morir a mi misma, para vivir la vida de inmolación y de víctima*: ¡Bendito sea su Corazón eucarístico!

En mi hora de adoración:

¡Oh Corazón Eucarístico de mi amabilísimo Jesús Hostia! Me presento delante de vos ante vuestro altar, donde permanecéis oculto por mi amor. Vengo a adoraros y haceros compañía. Preparad vos mismo mi corazón para recibir las gracias y amor que vos os dignéis comunicarme; recoged, Jesús mío, mis sentidos; dirigid mi espíritu; iluminadme; borrad con vuestra preciosísima Sangre todos mis pecados, que son muchos: los detesto con toda mi alma, y os pido humildemente perdón. Concededme aquel espíritu de caridad, sacrificio y abnegación de que estuvo penetrado el Corazón purísimo.

En Formia, Roma, I-IV-47

M. R. M. Teresa de Jesús.

Recuerdo a *mi R. M. Teresa*, que me pidió algunos apuntes, y el reverendo padre, a quien consulté, me dijo se lo hiciese en forma de carta; pero como no me traje papel suficiente y encontré esta libreta, tomé las direcciones, aquí le escribo lo que me acuerdo más, pues el Señor con quien me entendí siempre, me hizo muy grandes pruebas de amor y misericordia. ¡Así sea!

CUADERNO TRIGÉSIMO

Oh Jesús dulcísimo todo este año lo consagro a vos completamente, para que me hagáis desaparecer y seáis vos el alma, el corazón y la vida; enteramente seáis vos el soberano dueño de la pequeña Congregación, ¡que vos formasteis a vuestro gusto!

No se haga mi voluntad sino la vuestra en todo. Amén.

¡Madre mía, María Santísima de los Dolores, por aquella dolorosa impresión que os causó la profecía del anciano Simeón, que vuestro Corazón Purísimo fue herido desde aquel momento, Madre mía, fue para vos un perpetuo martirio que ofrecisteis al Padre Eterno con resignación y amor por la gloria del Padre en la salvación de los hombres!... *Concedeme*, Madre mía, que *una* mis dolores a los vuestros por su gloria. Amén.

En Formia, Roma, 1-IV-47

M. R. M. Teresa de Jesús.

Recuerdo a *mi R. M. Teresa*, que me pidió algunos apuntes, y el revendo padre, a quien consulté, me dijo se lo hiciese en forma de carta; pero como no me traje papel suficiente y encontré esta libreta que tenía las direcciones, aquí le escribo lo que me acuerdo más, pues el Señor con quien me entendí siempre, me hizo muy grandes pruebas de amor y misericordia. ¡Así sea!

* * *

Oh Jesús dulcísimo todo este año lo consagro a vos completamente, para que me hagáis desaparecer y seáis vos el alma, el corazón y la vida; enteramente seáis vos el soberano dueño de la pequeña Congregación, ¡que vos formasteis a vuestro gusto!

No se haga mi voluntad sino la vuestra en todo. Amén.

¡Madre mía, María Santísima de los Dolores, por aquella dolorosa impresión que os causó la profecía del anciano Simeón, que vuestro Corazón Purísimo fue herido desde aquel momento, Madre mía, fue para vos un perpetuo martirio que ofrecisteis al Padre Eterno con resignación y amor por la gloria del Padre en la salvación de los hombres!... *Concédeme*, Madre mía, que *una* mis dolores a los vuestros por su gloria. Amén.

SÚPLICA

Señor y Dios mío, os ruego en este primer viernes del año, que no haya un latido de mi corazón, ni un pensamiento en mi mente, ni una acción que no sea puramente por vos un acto de entrega, de reparación y amor. Amén.

Madre mía, María Santísima, en este primer sábado del año cogérmeme a mí y a todas vuestras hijas y cuantos han contribuido en ayudar a vuestra obra una bendición especialísima, una gracia de predilección y amor de Jesús y vuestro. Amén.

¡Jesús mío! que toméis mi corazón y mi alma y lo *amanséis con vuestras divinas manos*, y nos hagáis *una Hostia con vos y vuestra Madre Santísima*; para que santifiquéis vuestra *Obra* y sepamos corresponder a las finezas delicadísimas de vuestro Corazón Adorable con nosotras, escogiéndonos para secundar en la tierra vuestro apostolado de amor a los pobres niños abandonados antes que las malas doctrinas corrompan su corazón.

Mi R. P., por obediencia le digo: Queriéndome renovar de vida, al empezar el año 16, al salir de una gravísima enfermedad que me anunciaban una muerte repentina, y que me preparase para morir.

Se renovaron en mi alma los primeros deseos de mi vida: vivir consagrada completamente a Dios en un desierto haciendo penitencia; no pudiendo, y por la enfermedad, hacer ninguna penitencia ni observancia, pedí permiso a mi confesor y a R.

M. Abadesa para dedicarme a la adoración del Santísimo Sacramento en aquella tribuna que yo preparé para los retiros y enfermas que no podían asistir al coro, y me fue concedido.

El día 6 de febrero, que empecé esta vida de cielo para mí, sin ningún cargo ni cuidado mas que el de adorar continuamente a Jesús en el Santísimo Sacramento, me sentía como en día de boda. Qué contenta y agradecida se sentía mi alma que quería aprovechar aquellos días de circular para empezar la vida que soñaba de recogimiento y adoración.

Una humillación manifiesta que amargó mucho a las religiosas abrió a mi alma el campo que durante mis años, 30, permaneció desconocido para mí.

Era lunes, a las 2 de la tarde, al empezar las vísperas me encontré trasladada a un campo desierto donde se levantaba un edificio hermosísimo, lleno de vírgenes, que con vestimentas blanquísimas nos invitaban a nosotras, en número de 12, humildísimas religiosas a tomar parte de aquella fiesta. Me pareció ver en el Corazón Inmaculado de María Santísima el cordero Divino en la Hostia, que ella nos invitaba a recibir y adorar bebiendo de la Sangre de aquel Corderito, la Sangre divina para fortalecernos y entrásemos en aquel campo, donde ganado sin pastor andaban esparcidos. Había hombres fuertes que cogían los corderos y nos daban a nosotras las crías... que la Santísima Virgen nos confiaba a nosotras limpiásemos la roña y llevásemos a la fuente de Jesucristo a que se lavasen con su Sangre divina y los alimentásemos con su divino Cuerpo Sacramentado...

Veía los corderos muertos por los lobos y quedaban tendidos y heridos, ¡pocos curaban! En cambio las crías... que llevaban las 12 religiosas recibían con más ansias los pastos (de doctrina), vida... y parecía que la Santísima Virgen nos

llevaba a la Sagrada Eucaristía donde quería bañásemos aquellos corderitos.

Solo Jesús me dio entonces una sed de ofrecer mi vida por los misioneros para que fortalecido por la fe y amor de Dios salvaran aquellas almas esparcidas y dispersas del aprisco de la santa Iglesia tan combatida por el masonismo. Pero aquella visión dio a mi alma un deseo ardentísimo de salvar los huerfanitos de las guerras que traían, y que querría hacer cristianos fervientes.

Y sentía un deseo de vencerme... una sed de sufrir humillaciones y padecer con el divino Jesús sus agonías y su muerte... y buscaba ratos de soledad para irme a los pies de la Santísima Virgen de los Dolores a pedirle me [hiciera] sentir sus dolores y me lavase con sus purísimas lágrimas mis pecados y me hiciese digna de llevar al Corazón de su divino Hijo algún consuelo y le ofrecía mis enfermedades y trabajos, durante tres años que me concedió el Señor enferma, para sanar mi alma, que con las alabanzas humanas creció en mí las grandes miserias de vanidad y soberbia, mis enemigos capitales... a quien consagré todas las energías que me dejó mi Señor y mi Dios para no rendirme ni dejarme enredar en sus lazos.

Bendito sea mi Señor y mi Dios que con su dedo divino quemó mis llagas y curó por la maternal intercesión de mi Madre María Santísima de los Dolores... Amén.

RECUERDOS DE CONSUELO

Por el año 1894 ó 93, que pretendí entrar en el convento de Capuchinas de Granada por consejo del R. P. Ambrosio de Valencina; ingresé el 28 de julio del mismo año.

Vino el R. P. [Ambrosio] a darnos un triduo al Sagrado Corazón para bendecir una hermosa imagen que regaló a la Comunidad la Sra. Marquesa de Blanco Hermoso, q.e.p.d.

Llevaba casi un año en el convento, y las monjas no querían darme el santo hábito. Les parecía no tendría fuerzas para observar el ayuno de rigurosa abstinencia (sin lacticinios) que entonces se observaba y alguna me lo decía, que debía irme porque enfermería, pudiendo ser religiosa en otros conventos con menos rigor.

Aprovecharon la venida del R. P. Ambrosio y se lo dijeron para que me aconsejase me marchase de allí.

Me llamó el R. P. [Ambrosio] y me examinó cómo me encontraba. Le dije gustaba mucho de aquella vida de recogimiento y abstracción, que sentía gozo en las penitencias y me sentía bien. Pero las monjas me parecía no me querían y querían me fuese a otro convento.

Nada me dijo, que hiciese mucha oración aquellos tres días y le repitiese a Jesús delante del sagrario: "Jesús mío, ¿qué quieres de mí?, ¿qué quieres haga?, tuya soy, para vos nació, ¿qué quieres de mí?..." Y terminado el triduo me llamaría, que él se uniría a mi oración para decirme lo que fuese voluntad de Dios.

Terminados los tres días, cuando esperaba me llamase, les llamó a la comunidad para una plática, y cuál fue mi asombro

Sobrado del Obispo, Orense, 1 marzo 1940

¿Mi última hora? ¿Será ya Jesús mío?

¡Oh Jesús dulcísimo! Sed vos siempre para mí.

¡Jesús, Jesús, Jesús, Jesús mi Jesús misericordiosísimo! para mí, en mis últimos momentos *sed mi Jesús En vos confío, en vos creo, a vos amo, en vos espero...* (15-II-40).

En mi juicio, *mi Jesús* dulcísimo misericordia mía, *lávame* con vuestra preciosísima Sangre, y con las lágrimas de vuestra Purísima Madre María Santísima, y por ella *olvida y perdona mis pecados e ingratitudes*, y hazme digna de perdón y misericordia...

¡Jesús Divino! Os amo con todas las veras de mi corazón y de mi alma, *cuanto puedo y sé*. Concédeme consumirme completamente en vuestro amor como en el fuego se purifica y pierde el orín del metal, así *consumir* y pierde en ese fuego divino este hierro viejo ¡que tanto manchó la blancura de tu obra!, que persiste en mis manos para que copiase en él las virtudes de tu adorable Corazón, y las de tu Purísima Madre María Santísima, Madre nuestra; para modelo y copia de estas hijas que me diste vos mismo, para que viviesen siempre cada casa como vuestra casita de Nazaret, obedientes, humildes, silenciosas y pobres *como la Sagrada Familia, laboriosas* ganando el sustento con el trabajo: *bajo la obediencia, abnegada y humilde* y llena de fe y amor de Dios, *sin ostentación ni ruido ni propio*.

¡Con la unión, amor y caridad que en el Cenáculo copiando la humildad del divino Maestro.

Amen.

¿MI ÚLTIMA HORA?

“Haz Señor Jesús, que todas aquellas a quienes alimentas con tus Sacramentos, imiten constantemente los ejemplos de tu Sagrada Familia para que en la hora de nuestra muerte, saliendo a nuestro encuentro la gloriosa Virgen tu Madre, con el bienaventurado san José merezcamos ser recibidos por ti en las moradas eternas. Señor que vives y reinas...”

Muy amadas todas en nuestro Señor Jesucristo y nuestra Madre María Santísima. Me siento cerca de mi fin y querría reuniros a todas en torno mío y deciros a todas y a cada una todo cuanto el dulcísimo y divino Corazón de Jesús me hace sentir en estos momentos, que con tanta dificultad muevo la pluma.

Mucho deseé siempre desde que el Señor me llamó para sí hace cincuenta y dos años, poco más o menos, le pedía con lágrimas me concediera ser su pequeña víctima, y mirándole crucificado (siendo muy niña, sentía deshacerse mi corazón de dolor y le pedía se bajase él de la cruz y me subiese yo y así se lo pedí muchos años). Consultando al confesor, me dijo: Que engaño hija... el nombre de víctima es bonito y gusta mucho eso de ser víctima de Jesús... pero los efectos reales de una víctima son horribles... y antes se debe pedir *saber ser víctima*. Me asusté y ya lo pedía con miedo. Ahora me siento pegadica a su Corazón divino y parece acepta ya mi deseo, y creo voy a él... ¡Qué dichosa me siento cuando me parece que al recibirle en mi alma Sacramentado me siento en el baño de su Sangre purísima, limpia y adornada con la gracia divina que purifica y

perdona mis muchos pecados. Repito aquello de san Pablo a los Filipenses que expresa lo que yo quiero deciros en mis últimos momentos, y no sé expresaros mis deseos y sentimientos y empiezo este pequeño Manual que deseo guardéis siempre en vuestros corazones, como la última voluntad y expresión que nuestro dulcísimo Jesús puso en mi alma para todas vosotras, hijas amadísimas de mi alma, que me seguisteis con tanta fe, perseverancia y amor en este largo Calvario que llevamos desde el año veintiuno que salisteis conmigo, llenas de fervor de aquel bendito convento de San Antón, por orden del Sr. Arzobispo, Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol, y todas las que por inspiración del Señor vinieron y voluntariamente siguieron el camino comenzado por la santa obediencia aquel santo e inolvidable Prelado que nos tomó como “una bendición de Señor en su episcopado” como lo repetía muchas veces en público y en privado, especialmente en el pontifical que celebró el 24 de septiembre en la inauguración solemne de nuestra fundación del convento de Nuestra Señora de Gádor en Berja.

Os ruego por amor de Dios, a todas, presentes y futuras, y os repito amadísimas en el Señor, vivir siempre unidas a la voluntad de Dios por una obediencia humilde y abnegada a sus Prelados y Superiora y caminaréis alegres y contentas viendo a Dios que os dirige por vuestras legítimas superioras. ¡Si tenéis fe en las promesas de Jesucristo, yo os prometo que seréis felices en las mayores pruebas... “¡El Señor es!...” El os dará valor y fuerzas para vencerse y seguirle con mérito y provecho de vuestras almas, y la paz y amor de Dios y la caridad y unión perfecta de unas con otras hará de vuestras comunidades un pequeño cielo en la tierra. Si obedecéis como a Dios a vuestras legítimas superioras os prometo las bendiciones del Corazón Eucarístico de Jesús y de su Madre Santísima y bienaventurado

san José, a quien os encomiendo diariamente, especialmente en estos momentos que cerca de mi juicio he de presentarme al divino y justo Juez nuestro Esposo dilectísimo, Padre amantísimo de nuestras almas y Salvador misericordiosísimo que vino a nosotros del Padre a padecer y morir por salvarnos... ¡Bendito sea! Y él os bendiga siempre y os de su amor divino, su caridad perfecta y su paz como yo desde este momento os envío a todas con todo el amor que él se dignó comunicarme para todas y cada una de vosotras a quien pido me encomendéis al Señor en vuestras oraciones, y perdonéis de corazón cuanto os di de penas y malos ejemplos, que yo de todo corazón y con el mayor cariño os encomiendo al Señor y perdono, no mis ofensas que no recibí siempre de todas sino atenciones y pruebas de sumisión y amor, perdono de corazón a las que se sintieron heridas de mis consejos imprudentes tal vez, y no siguieron el camino comenzado. A todas perdono, amo y encomiendo al Señor para que perseveréis fieles en el servicio de Dios.

Amén.

Amadísimas hermanas mías: Os *suplico y encomiendo la unión, amor y paz entre sí*. Detestar la soberbia, envidia, rencillas y murmuraciones... Vivir como Jesús vivió en la casa de Nazaret. *El mayor y más grande de todos*, allí es más pequeñito y humilde. "Et erat subditus illis". Sea este nuestro modelo, el divino Jesús obediente y humilde, imitad a la Santísima Virgen... ¡seguirle! en todos los pasos de su vida hasta la muerte de cruz... No os separéis nunca *de nuestra Madre Santísima, Maestra divina de nuestra Orden*. ¡Imitarla, hijas mías, es ella nuestra Superiora General, nuestra Maestra, nuestra Madre.

Cuando el demonio os turbe con alguna tentación, inmediatamente buscarla... 15 minutos de consulta y oración a sus pur-

simos pies os habrá desvanecido todas vuestras luchas, y castillos de imaginación, que el enemigo (1) forma para turbar vuestra paz, disipará las nubes que el amor propio os forme; y saldréis de su escuela ilustradas, caritativas, humildes, llenas de paz y alegría; haciendo bien a vuestro paso, llevaréis en vuestro rostro los destellos de la luz de la que es "Sedes sapientiae" y con perfume de humildad en vuestros pasos, iréis rociando la caridad y amor a vuestras hermanas como los niños llenan los caminos de flores. Así vosotras hijas mías iréis difundiendo por todas partes las virtudes de la Santísima Virgen María, Madre nuestra. Porque bebisteis su virtud en su misma fuente, en Nazaret... No salgáis de allí hasta que formadas como Jesús; empecéis mayores ya a padecer por su amor y su gloria. *Mucho amor y fe*, que Jesús dulcísimo será su amor vuestra recompensa aquí y su posesión segura en el cielo. Amén.

I.

¡Oh Jesús dulcísimo!, que en estos momentos oiga estas palabras: "Mira las delicias de la casa de mi Padre, y ven a gozar de ellas por siempre".

"Qué buscáis". Dijisteis a mi corazón cuando os llevasteis a mi madre. Sentí con la orfandad la luz de tu divino espíritu para deciros como vuestros primeros Discípulos. "Maestro, ¿dónde moras?". Os repetía más de tres años en la puerta del Sagrario de aquel primer convento donde mi padre nos llevó para educarnos... Maestro mío, dónde moras quiero vivir siempre conti-

(1) Cambia *demonio* por *enemigo*.

go... y vocación de ser monja no tengo. Dónde moras Tú, Jesús mío... Así empezó mi vida, al acabar la de mi madre.

¡Oh Jesús dulcísimo, son 50 años los que hoy hace perdí a mi madre, y como el ciervo herido busco en ti el agua purísima para saciar aquella sed de felicidad y de vida que soñaba con todo el amor de mi alma... Y te encontré, mi vida, en la sagrada Eucaristía, donde sin conocerte iba muchas veces al día y a la noche (cuando creía nadie me veía) a preguntarte, Jesús mío, a dónde moras... Quiero venir a jugar contigo... Sorprendida por una santa religiosa que me observaba, me dijo: "Llámalo mucho que él te ama mucho y vendrá a desposarse contigo". Tan chica yo, y así tras él llevo 50 años de buscarle... pero con tantas imperfecciones unas veces, y pecados tantos... Fui tan impetuosa y fuerte en mis ansias, me acordaba de mi padre y hermanos y salí unos meses... y nadie me podía sufrir... En todo encontraba peligros... la familia y parientes me atraían, y temí pegarme al mundo, que no me soltara; el corazón empezó a sentirse atraído por halagos y promesas... y Jesús salió a mi encuentro preguntándome severamente: ¿Qué buscas en las criaturas?, me dijo (en un próximo peligro). Señor y Dios mío que queréis os haga, dime, ¿dónde moras para ir a ti, Señor y Dios mío?

Mostróme su camino, de calvario... las estaciones a seguirle, me llevó a Getsemaní... me dio a beber su cáliz, me pidió me ofreciese su víctima y atrajese a su sacrario muchas almas que le adorasen y reparasen con su penitencia y oración las ofensas que recibe en su Sacramento de Amor por los malos sacerdotes, religiosos y almas consagradas, y por los que odian su Sacramento de Amor.

He sacrificado por su amor cuanto más amaba Dios mío, he querido consolaros, he consagrado a vuestro servicio mi vida

entera con el único deseo de amaros más, de daros gloria. Que muchas almas te amen, te adoren y consuelen. Ahora espero de vuestro corazón misericordiosísimo me recibáis en vuestras llagas por nuestra Madre María Santísima.

II

¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma, os amo con todo mi corazón! Veo el fin de esta vida presente que pasa veloz... en espera del Juez, y tengo que dar cuenta estrechísima de mis actos... tal cual sean sin disculpas ni recomendaciones... ¡Seré juzgada por mi Juez justísimo!... Si fui hasta la hora presente fiel al amor y correspondencia que me pidió en el momento de consagrarme a él para siempre... Entraré con él a celebrar mis bodas eternas... ¡y para siempre! y seré enriquecida de su gloria según el aprecio y estima que hice de las gracias y beneficios que recibí; y si desgraciadamente encontrase ingratitudes y tibiezas... qué dolor sentirá mi alma ¡verlo triste y descontento de mi amor después de tantas promesas y sacrificios por amarle siempre con toda mi alma!... Sólo a Jesús, mi Jesús mi dulcísimo Jesús de mi alma.

Unos momentos me restan de vida, Jesús amantísimo de mi alma. ¡Déjame el Corazón Purísimo de vuestra Madre para amarte como ella te amó... ¡Madre mía, sed mi Madre de misericordia! Concédeme tu maternal influencia, dile al divino Jesús vuestro Hijo santísimo que sois mi Madre amantísima, que olvide mis ingratitudes y perdone mis pecados, y me reciba en su amorosísimo Corazón donde me refugié siempre que las tempestades amenazaban mi ruina. ¡Madre mía María Santísima, san José, protector y abogado amantísimo, presen-

tarme al Soberano Juez y decirle celebre las bodas conmigo y sois mis más nobles y ricos padrinos. Confío y espero de vuestra piedad y misericordia, benignísimo Jesús, que por vuestra Pasión y muerte seré sana y salva. ¡Jesús mío ten misericordia de tu Trinidad que sólo a vos ama con todas las fuerzas de su alma.

¡Jesús dulcísimo! Volved a mí vuestra mirada amorosísima; y *limpia mis miserias*, con vuestra gracia y piedad; acordaos que acosada por el lobo infernal (siendo muy pequeñita) me cogisteis en vuestros brazos, curando con vuestra Sangre divina las heridas y mordiscos de aquel infernal dragón y quede escondida en vuestro Corazón adorable, y no me dejasteis salir jamás... Allí enseñasteis a mi alma ciencias divinas... alimentaste mis debilidades con manjares fuertes, y de una vil mariposilla, gusanillo miserable, encenagado en tantas miserias y halagos de las criaturas que me perseguían de muerte... El demonio conocía los lazos de amor que me tenían ligada a ti, Dios mío, a quien me consagré a los 10 años de mi vida... inocente y sencilla vio mi alma dispuesta a despertar... y me disteis fortaleza para luchar y vencer, y en los momentos más arriesgados de la lucha me disteis alas para remontarme a las regiones de luz y de paz... donde esta ciegucecilla con la influencia de vuestras misericordiosa mirada... con el soplo suavísimo de vuestro espíritu entró en la luz verdadera, donde vos lo llenáis todo de paz de bienes inexplicables e incomprensibles a nuestro humano entendimiento. ¡Oh grandeza y sabiduría de Dios!... ¡Quién podrá comprender tus divinos arcanos y volver la luz y fe a esta tierra de tinieblas y pecados!... ¡Solo tú, Señor y Dios mío Todopoderoso e invencible, trocar en polvo y ceniza las grandezas y poderío de los hombres que serán eternamente reprobados, los que no os reconozcan por el Dios de Majestad infinita,

hecho hombre y esclavo, morir en una cruz para quedar con nosotros Sacramentado de compañero y alimento de las almas!... ¡Bendita y alabada sea vuestra misericordia y bondad para con nosotros pobres pecadores! ¡Tu grandeza es igual a tu misericordia!

¡Jesús dulcísimo, frente al sepulcro que dentro de pocos momentos quedará mi cuerpo sepultado y mi alma volará a ti, mi Señor y mi Dios, os pido me dejéis ir en espíritu a aquellos palomarcitos que vos formasteis para vuestro consuelo, recreo y descanso y visitar antes de partir aquel santuario, relicario de tantas santas que nos educaron cristianamente y prepararon nuestro corazón para que vos fueseis absoluto dueño de mi ser, y a los pies de aquellas santas religiosas con quien conviví, (colegiala 3 años y medio en las Clarisas de Santa Inés y después en mi amado convento de capuchinas de San Antón 33 años) donde dejé por vuestro amor y por vuestra gloria impulsada por el santo cardenal Casanova a abrirle nuevos palomares que os adorasen en espíritu y verdad día y noche en reparación, expiación y desagravio, y a los pies de todas aquellas buenísimas madres, pedirles me perdonen los malos ejemplos, inobservancias, faltas de caridad, de silencio, de mortificación, etc... y cuanto con el carácter impetuoso y poco humilde hice sufrir a mis maestras y superiores; y cuando superiora a todas las súbditas que me concedió el Señor y lo mismo a los demás conventos de Chauchina, Berja, Granada, Orense, Melias, Sobrado, Braga, Porto y Lisboa, *a todas pido por amor de Dios me perdonen y encomienden al Señor* para que pronto cumpla el purgatorio y llegue a gozar eternamente de mi Reino de Dios en el cielo.

Sor Trinidad

III

Mis amadas hermanas en Jesucristo, vida de nuestras almas.

Todavía parece que Jesús dulcísimo quiere padecer con él nuevas tribulaciones... y cuando me entregué a él para entrar en su Reino llena de regocijo por parecerme verlo en su Reino hermosísimo, radiante de gloria, hermosísimo y rodeado de sus ángeles y santos... con su Madre Santísima, nuestra Madre Purísima Reina de los cielos y tierra... parece que viene a mi encuentro como anunciándome un nuevo calvario, y oigo sus palabras en el fondo de mi alma...

“Acordaos de las palabras que os he dicho, el siervo no es mayor que su amo. Si a mí me han perseguido, a vosotras también os perseguirán... Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo... Esto os he dicho para que cuando viniere la hora, os acordéis que yo os lo dije. No os dije estas cosas al principio porque estaba con vosotros”.

Como de costumbre abrí el santo Evangelio, y en su meditación, comprendí a nosotras, especialmente en estos momentos de vida quería el divino Maestro *sellarnos en nuestros corazones* esta doctrina como si nos anunciara nuevos trabajos y penas por su gloria, y como recordando sus ejemplos admirables me repetía como otras veces: “Soy vuestro Maestro imitarme, aprender las virtudes de mi Corazón, practicarlas...” Mi Madre os enseñara mis ejemplos desde Belén al Calvario...”

Qué palabras tan consoladoras me habla el Señor como si en esta enfermedad se constituyera mi compañero, mi hermano, mi padre. La enfermedad es un regalo dulcísimo porque con él en la cruz me hace sentir sus dolores y su amor; sus desamparos y el deseo ardiente de padecer por la gloria de su Padre celes-

tial, y por amor nuestro; su sed ardiente de salvar almas sin recibir de los hombres mas que ingraticudes y la muerte... Y cuando agobiada de trabajos junto a su Corazón adorable mis penas... mis desalientos... mis desolaciones y abandonos, y lo más difícil de aceptar, que las almas que conmigo fueron escogidas para inmolarsé y amar la pobreza, las humillaciones y desprecio por ofrecernos en reparación expiación y desagravio, nos olvidamos... y como cansadas de nuestra pequeña cruz nos retiramos en el camino del Calvario y dejamos muchas veces a Jesús solo con nuestra Madre María Santísima y San Juan; y queremos el Tabor, gozar con Jesús el cielo en la tierra, pero no conformarnos con él en la pobreza, humildad y obediencia que él nos enseñó y eligió entre muchas almas que le siguen. Él a nosotras nos eligió por compañeras de su Amor Sacramentado y como su Madre Santísima, nuestra dulce Madre, perseveró al pie de la cruz con él, siguiéndole amorosa en sus trabajos y reparando en su Corazón Inmaculado le ofrecía ya a sus hijas, que imitándola en toda su vida con Jesús, le presentaba su pequeña porción de almas humildes que darían reparación y amor por los que pecan y no le aman.

¡Oh Madre mía dulcísima, que permanecisteis al pie de la cruz de vuestro divino [Hijo] hasta recibir su adorable cuerpo en vuestros purísimos brazos estrechándole en vuestro Inmaculado Corazón!... Entonces, Madre mía, veáis en vuestras ansias de consolaros, que estas hijas os acompañarían siempre con fe y amor, abrazarían la pobreza, el sacrificio y la obediencia con fe, que vos llevaréis en vuestro dulcísimo Corazón nuestros dolores y trabajos y le ofreceréis, Madre mía, a tu Jesús divino, el amor de nuestras almas.

Para cumplir nuestras promesas de amarle siempre no apartemos nuestra mirada de Jesús, María y José. Sí, hijas del alma.

¡Viendo a Jesús nacer en un establo sin abrigo, no daríamos por su amor cuanto nos pidiese!... Él quiere que siguiendo con ellos nuestros días en la tierra, sigamos sus ejemplos y los de su Madre Santísima y san José. No busquemos agua en otros acueductos, ir a la fuente purísima que salta a la vida eterna... ¡Vamos a Jesús!... detengamos en los dones que él repartió gratuitamente como a nosotras para santificarnos. Saquemos el agua de la fuente divina del Corazón adorable de Jesús, y el Purísimo de nuestra Madre. Seguidla, aunque os cueste el camino, y así como nuestra divina Madre María Santísima fue a Egipto, a Jerusalén y a Judea, tan en Dios, que le llevaba dentro de sus purísimas entrañas, y nosotras, que le recibimos cada día en la sagrada Comunión imitemos a nuestra celestial Maestra subiendo las montañas de Judea a *servir*, a *servir* a su prima santa Isabel, y llenó de gracia aquella casa y familia... Así nosotras imitémosla con generosidad y amor, y llenas de fe llenaremos las almas del don de Dios en nuestra santa vocación que nos eligió el Señor como quiso, y nos concederá en esta vida y en la otra, que con nuestra dulce Madre, María Santísima, cantemos un perpetuo *Magnificat anima mea Domino. Así sea*, y pido al Señor para todas, presentes y futuras, y para mi vuestra sierva en el Señor.

Sor Trinidad.

IV

Sólo me resta, carísimas madres y hermanas, nuestra Congregación de esclavas y víctimas perpetuas de Jesús Sacramentado y siervas humildísimas de nuestra Madre María Santísima, Madre de Jesucristo, nuestro divino Señor y Esposo

dilectísimo, a quien adoramos como fidelísimas esclavas en espíritu y en verdad.

Nos ofrecemos sí, madres y hermanas carísimas, al Corazón eucarístico de Jesús, por el de nuestra Madre María Santísima, a la que confío, pido y recomiendo nuestra amada Congregación en la que intervino su Corazón Inmaculado como todas sabéis. Oh Madre compasiva y amantísima de vuestras humildes y hijas y fidelísima siervas, queremos vivir y morir bajo vuestra maternal protección, dignáos, Madre mía Santísima, acoger vuestra pequeña familia en el número, pero grande en los deseos de atraer las almas a la sagrada Eucaristía por vos, Madre de amor y misericordia, somos tus hijas, escuchad nuestras súplicas, inclinad vuestro Corazón Inmaculado a esta tu familia predilecta, presentadla vos misma al Tribunal del Soberano Juez y reclamadla como la parte de vuestra herencia, pues vos fuisteis la que conociendo nuestra gran debilidad al pedirnos vuestro divino Hijo salir a salvar las almas de los niños y acercarlos a la sagrada Eucaristía antes de ser manchados por el pecado mortal... llena de temores acudía a vuestros pies santísimos a pedirlos intercedieras para que derogasen su misión en otras almas más fuertes... que le siguiesen y vos, mi dulcísima Madre, como en el Cenáculo, nos encomendaréis la misión apostólica enviando la mitad a las misiones de los niños pobres y abandonados y la otra mitad adorando la sagrada Eucaristía día y noche, uniendo las dos vidas en esta vuestra amada familia que vos, mi dulcísima Madre, tomasteis en vuestro Corazón Purísimo, y hoy que creo estar próxima a terminar mi carrera fortalecerme y fortalecer a estas hijas tuyas imprimiendo en sus almas el sello de esclavas de la sagrada Eucaristía, a quien adoramos en espíritu y en verdad... con vuestra ayuda y especial protección no temeré decaiga nunca el espíritu eucarístico que

vos, mi Madre dulcísima, imprimisteis en mi alma en la Primera Comunión.

Y así como Elías sostenido por un pan, que sólo era figura de tan divino alimento, pudo caminar cuarenta días hasta el monte Horeb... el Pan eucarístico que nos alimenta y da vida en 40 años de luchas y oscuridades, nos ha de fortalecer hasta el fin si vos, mi Madre Santísima, protegéis y guiáis, como a los Apóstoles y primeros discípulos para llevar a las almas del mundo entero la fe y el amor a este augustísimo Sacramento de amor. Madre mía dulcísima, a vos entrego vuestras hijas, que Jesús divino os confió a vuestro Corazón Inmaculado como Madre Maestra y protectora de las esclavas y víctimas de la Sagrada Eucaristía y siervas de vos, mi adorada Madre al pie de la cruz.

¡Oh Madre mía, que visteis correr las últimas gotas de Sangre de vuestro Hijo en la cruz, agonizar y morir, que contasteis los últimos latidos de aquel Corazón divino muriendo de amor por los hombres de los que recibía aquellos tormentos y la muerte... Vos, Madre afligidísima, que oísteis la voz dulcísima y moribunda, encargaros nos tomaseis por Madre nuestra ¡como último encargo, que aceptasteis con tanto amor y dolor, para cumplir su voluntad adorable, Madre mía santísima, aceptar hoy la consagración que os hago antes de morir... cuando mi corazón, con el de vuestro Hijo santísimo en la cruz completamente unido sienta con él el *consumatum est*.

¡Oh Jesús mío dulcísimo, danos vuestra Madre, Madre mía, aceptar mi vida y mi ser como hostia de reparación y desagravio!... *Deseo únicamente cumplir la voluntad de Jesucristo en vida y en muerte*; y su voluntad Santísima, manifestada *tantas veces, es que os tengamos a vos por modelo, maestra y madre de esta familia eucarística y apostólica que vos, Madre mía, habéis fortalecido y educado en la escuela de vuestro Purísimo*

Corazón desde los primeros pasos (que como prueba en sorteo de aquel consejo de santas y venerables madres hicieron para darme el nombre, cuando pedía con insistencia me dejaran el que recibí en el santo bautismo).

Salió primero el de *Trinidad* y hicieron para el segundo, y salió del *Purísimo Corazón de María*. *Nadie dudó ser aquella la voluntad del Señor (porque proponían otros) y la Rvda. M. Abadesa, M. Bruna de la Soledad Collados nos dio una preciosa exhortación para que renunciando aquel apego en conservar mi nombre me hiciese merecer de la Santísima Trinidad me regalase el Corazón Inmaculado de María Santísima para librarme de las furias del infierno que se levantaría contra mí y fuese el refugio, navecilla que me condujese a la Patria del cielo, sin sucumbir en la difícil carrera que me esperaba... Desde entonces, Madre mía adorada, me habéis salvado como madre amantísima. ¡Salvar hoy, en los momentos difíciles, en la barquita de vuestro Corazón Inmaculado a vuestra Congregación, que vos me confiasteis aquel Viernes Santo... ¡Madre mía, conducidla vos misma a vuestro Hijo santísimo y presentársela en vuestro Corazón Purísimo! Me desapropio y entrego en vuestras manos cuanto puedo hacerlo de la responsabilidad que con el cargo me confió Jesús en su Vicario en la tierra, y os proclamo y reconozco como la única persona dueña y directora de estas hijas, presentes y futuras, para que vos, con vuestro Hijo santísimo, forméis las almas víctimas hostias con él en el Santísimo Sacramento. Renuncio, pues, desde este momento al cargo y dirección eligiendo a vos por cabeza y Madre de vuestras hijas, víctimas adoradoras o esclavas de la Eucaristía y de vuestro Corazón Inmaculado a quien me entrego con todo mi ser, corazón y alma, vuestra h. h. esclava,*

Sor Trinidad.

+

J.M.J.

Domingo del Espíritu Santo, en mayo de 1939

Berja. Granada

“Mi vivir es Cristo y mi morir ganancia”

Muy Rvdas. Madres del Consejo y Superiores, Vicarias y todas mis religiosas, presentes y futuras, de nuestra amada Congregación de Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y Madre de Dios.

A mis amadas madres y hermanas carísimas en nuestro Señor Jesucristo, vida de nuestras almas y nuestra Inmaculada Madre María Santísima.

En esta hermosa fiesta del Espíritu Santo ha querido la amorosísima providencia de Jesucristo entremos en este santuario vacío sin la Reina y Madre María Santísima de Gádor, que el año 30 cobijó bajo su maternal manto aquellas palomitas eucarísticas que ella escogió con tanto amor, del palomarcito de sus dolores santísimos de Chauchina. ¡Oh Madre mía dulcísima y celestial!, ¿quién había de decirme que aquella súplica diaria que os hacía, arrodillada y llena de fe y amor, antes de recogerme todas las noches bajaba la escalera cuando todas dormían y *allí, Madre adorada de mi alma*, tú me enseñabas a pedirte amor sacrificado a tu Hijo Jesús, ofreciéndome a ser tuya, a esconderme en sus sagradas Llagas y a buscar en la cruz, junto a vuestro Corazón Inmaculado, las luces y enseñanzas de

las víctimas de reparación y amor que me pedíais tantos años... Vuestro divino Hijo y vos, Madre mía amantísima, al salir de aquel desierto de penitencia que vos escogisteis, y como vuestro, mi corazón se deleitaba en amores junto a vos, mi dulcísima Madre, queriéndooos consolar y morir a los pies de aquella milagrosa imagen vuestra, que tan especialísimas gracias derramasteis en mi alma, librándome del demonio que quería llevarme al abismo... y vuestra imagen dolorosísima se interpuso, destrozó los ardides del infierno y cubriéndome con tu manto divino me ocultaste... que pasando el demonio por mi lado no me tocó, librándome milagrosamente de muerte segura. ¡Oh Madre mía Inmaculada, *sois mi* Madre! y con esta confianza salí confiada en la obediencia... y aquel *arranque tan fuerte*, me hizo merecer me recibiese Jesús por su pequeña víctima, *que le llevase almas generosas*, que se entregasen al sacrificio que me pedía Jesús y que no conocía, me pedía mi ilusión de toda la vida, ¡mi amada clausura!, que me libraba del mundo y sus peligros, para entregarme a la vida *de unión íntima con Jesús dulcísimo* a quien sentía abrasarme de amor por él, y no conocía camino más corto y seguro que el retiro del mundo, en una estrecha clausura, ¡Dios y mi alma, a solas con Jesús dulcísimo gozaré en la tierra las delicias del cielo!... aunque me faltase el alimento, la compañía de quien más amaba, la salud y la vida... gozaré a solas con Jesús Sacramentado en aquella tribuna (que perforé) para vivir cerca y hacerle compañía hasta morir!... Repetíais aquel Salmo 144: "Memoriam suavitatis tuae eructabunt"...

Ahora, después de 15 años de trabajos y grandes luchas, el Señor nos mostró que sacrificásemos los entusiasmos de aquella vida soñada con tanta ilusión (desde la niñez...) para inmolarnos como verdaderas víctimas en salvarle muchas al-

mas llevando el fuego de la fe y amor de Dios a las almas de los niños... acercándolas a Dios por la adoración y la penitencia de buscar en los niños pobres abandonados, no el lucro de las pensiones... ni el brillo de grandes colegios... ni otra ciencia que la caridad de Cristo y del prójimo... La primera vez que recibí *esta ley de los labios de Jesucristo*, al lado de una agonizante que moría santamente, pero sin consuelo alguno, se quejaba al Señor diciéndole: "Después de 50 años de penitencia, ¿me abandonáis así Señor?..." Y llena de temores de muerte vine a vuestros pies llorando sin consuelo, os decía: ¡Madre mía, si esta monja que le llaman san Pedro Alcántara de penitente es tratada así con este rigor, sin consuelo alguno, ¿qué haréis conmigo que a los 20 años (no cumplidos) me hallo perezosa y fría en la penitencia? ¡Os amo!, pero no sé sacrificarme... Entonces me pareció asistir aquel juicio rigurosísimo al pedirle cuentas de la obediencia... dejó caer aquel peso... que la Madre de misericordia intercedió por ella y se salvó... pero, ¡qué apuros pasó aquella penitente religiosa! y ¡cómo Jesús la reprochaba aquellas penitencias hechas por propia inclinación, sin negar su voluntad y su juicio! Cuánto más se agrada de un alma obediente, que se entrega enteramente a Dios, obedeciendo ¡que las que por propia voluntad se martirizan!... ¡Oh Jesús dulcísimo, cuánto aprendí en aquel Juicio! ¿Que hubiera presenciado tantas almas que cifran la santidad en una penitencia rutinaria, teniendo las superiores que ceder, por no turbar sus ansias de martirizarse rutinariamente como si allí estuviese vinculada la santidad, y no importándoles los demás puntos de Reglas y Constituciones, con tal de cumplir su voluntad, hechas con el mejor deseo, pero tan equivocadas... Cuánto me sirvió aquel juicio en el segundo año de mi vida religiosa. ¡Oh Señor mío, qué juicio aquel *tan tremendo!* en alma toda espiritual y sacrifi-

cada, pero flaqueó en la obediencia y Jesús dulcísimo Esposo de aquella tan pura... la sometió a un examen rigurosísimo que estuve enferma muchos meses y la Rvda. M. Abadesa me prohibió asistiese a otras ancianas que murieron en mi trienio de enfermera.

No merecía aquella consolación de ver morir a una religiosa que deja heroísimas enseñanzas. Después de 10 años (abadesa ya) asistí a las que morían y cuánto podría escribir de aquellas santas religiosas que me consolaron tanto y dieron luces hermosísimas para seguir el camino de mi misión en la tierra. No dejaré de hablaros en otra, de las enseñanzas que el Señor me dio en los largos años de mi vida religiosa. Ahora quiero terminar esta carta con el fin que la empecé. ¡Oh si Dios nuestro Señor quisiera que todas supiésemos entender cómo el Señor se dignó manifestar a su indigna sierva la misión que el Señor nos confió en los niños pobres y abandonados, sin apartarnos de la vida de oración y contemplación que en la adoración perpetua al Santísimo Sacramento quería; y estas luces las pedía al Señor cuando en la lectura espiritual encontré este mismo sentir de Dios en mi alma, expresado por san Gregorio sobre aquellas del santo Job (38 y 35) “¿Por ventura enviarás tú los rayos y ellos irán y, volviéndose a ti te dirán, aquí estamos?”. Y el santo, sobre estas palabras, dice a los misioneros y predicadores, lo que yo querría aplicásemos a nosotras: “Son enviados y van cuando de los secretos de la contemplación se derraman y extienden por la anchura de la vida activa, y después de las obras exteriores de vida activa, que nos señala la obediencia, se recogen al abrigo de la contemplación, para rehacer allí la llama de su ardor y encenderse con la presencia de aquella soberana caridad. Porque muy presto se enfrían estos rayos entre las ocupaciones de afuera, aunque sean buenas, si no tuviesen cuida-

do de volverse al punto al calor de la contemplación que está encendido allá dentro en la oración. Porque si con gran cuidado no volviesen luego a contemplar en Dios, la misma sequedad interior de su espíritu secaría sin duda y haría estériles las palabras exteriores”. Y cuando los santos afirman: “Hay ciertas obras de vida activa, como es enseñar y predicar, que proceden y se derivan de la plenitud de la contemplación”. Y lo cierto es que ninguna cosa les da mayor entrada y autoridad con los hombres que el estar persuadidos que son hombres de oración y familiaridad con Dios. Así resumen los grandes santos “que el trato con los prójimos para llevarlos a Dios, tiene su tasa cuanto pide la necesidad y utilidad de ellos, conforme a la medida que pone la discreta caridad y humilde obediencia; pero el trato de Dios se mira como fin porque si las que se dedican a la vida activa no dedicasen parte de su tiempo al recogimiento y oración, avivando en la oración su unión con Dios, la misma sequedad interior de su espíritu secaría sin duda y haría estériles sus consejos y enseñanzas, por quien desea enseñar y dar luz de la fe a las almas... ¿Cómo lo podrá hacer si no tiene encendida su candela?... Y nuestro gloriosísimo san Buenaventura nos dice en sus libros de oro: “Una de las principales causas de haberse destruido las religiones es la demasía de ocupaciones exteriores que distraen el corazón y apagan el calor de la devoción”.

¡Oh Jesús dulcísimo!... Y aquí encuentro, mis amadas madres y hermanas del alma, mis grandes temores en la vida mixta o de apostolado que nos pide el Señor, con cierta moderación, sin que nos absorba tanto el celo de la vida activa, que abandonemos el fin principal de nuestras sagradas Constituciones que es, aspirar a la perfección de nuestros santos votos por medio de la observancia de nuestra santa Regla y Constitucio-

nes en la adoración del Santísimo Sacramento en la que nos ofrecemos víctimas de amor y reparación de las injurias que tan frecuentemente se infieren a Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Y aquí os doy la explicación de lo que creo me pidió Dios nuestro Señor: *Este espíritu de sacrificio y de víctima* para suplir las primitivas abstinencias y ayunos con el de la obediencia, abnegación y humildad; tenéis explicado el espíritu *de víctima, que sacrificando* los deseos más íntimos del alma por la gloria de Dios en la salvación de las almas, le damos los *dos brazos y los dos pies*, que él *nos dio*; en la entrega que hicimos, en el momento sublime de nuestra consagración a Dios, *inmolamos nuestra voluntad en la suya, por la obediencia; nos ofrecemos al sacrificio voluntario* de todo nuestro ser entero, *por amor a Dios nuestro Señor en el Calvario y en la Eucaristía y él nos dio en su Madre Santísima la Madre y Maestra* que nos enseñará el camino de Jesús dulcísimo... y en su Corazón Inmaculado, el viril donde quería ser adorado de sus pequeñas *víctima en espíritu y en verdad*.

Esto que os escribo, carísimas madres y hermanas en Jesucristo, lo aprendí en Asís... en aquellas tres horas que estuve delante de su sagrado Cuerpo, al pie del altar mayor y del sagrario... Se veía la cripta de nuestra santa Madre, a quien pedía con *muchas lágrimas* no me dejase salir de su iglesia sin que me hiciese sentir ¿qué haría ella si viviese en aquellos momentos en que tenía que decidir? para la aprobación de nuestra nueva transformación de vida: *Orden, como la que vivíamos, o Congregación con el nuevo régimen y vida mixta*, que nos aconsejaban en Roma (en noviembre del año 1935), después de 15 días de estancia en la Ciudad Eterna, *en oración y consultas* con padres y obispos que me aconsejaban y animaban a recibir lo que me facilitaba la aprobación tan deseada de la santa Iglesia.

El R. P. Esteban Marcos, O. M. (nuestro protector), me mandó ir Asís, antes de volverme a España.

Allí fuimos... Enferma, y llena de dolores quedé tres horas orando con fe, amor y entrega total. A sus pies puse el proyecto de las nuevas Constituciones, que por mandato del Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol, Arzobispo de Granada, escribí, y le decía: ¡Madre mía! si aprobáis vos esta transformación de vida, alcanzarme del Corazón divino de Jesús Sacramentado que la santa Iglesia nos apruebe y bendiga, y si no es voluntad de nuestro Señor y del santo padre san Francisco y vuestra este cambio de vida, *déjame* aquí morir sepultada a tus pies, antes que pueda separarme, y conmigo vuestras hijas presentes y futuras, de vuestro espíritu de penitencia, humildad y pobreza que nos dejasteis en vuestra Regla. Y como un rayo de luz sentí que, levantándose del féretro o urna que contenía las reliquias de su sagrado cuerpo, *me abrazó* felicitándome, dijo: “Bebiste el espíritu en nuestro colegio, formando en tu corazón de niña en el amor que al Seráfico Padre le consumía ¡El Amor no es amado!, y el Espíritu Santo desarrolló en tu alma los dos amores, ideales que hasta ahora no vieron en los siglos pasados *amor, adoración y reparación a Jesús Sacramentado*, y repartir ese Pan divino Eucarístico a los niños pobres que mueren de hambre, porque teniendo un alma, sin alimento espiritual mueren en la indigencia; alimentar las almas de los desvalidos, enfermos de alma, con el Pan de los ángeles, lavando sus miserias con los Sacramentos y la Doctrina cristiana, para que el mundo no perezca en la incredulidad y en el paganismo; no perdéis nada, ganaréis en el cielo la palma y corona de los apóstoles y misioneros”.

¿Qué sentí? Salí de allí toda cambiada: curó el dolor que me tenía agobiada y no podía andar, y el alma fortalecida con la

gracia que el Señor acababa de hacerme; bajaba del santuario acompañada de la M. Secretaria, sor Teresa de Jesús, que me preguntaba ¿qué le ha dicho la santa Madre? ¡Mucho!, le dije; no podía hablar. Ni en Roma sentimos a Dios nuestro Señor hablarnos tan claro como en Asís.

Sor Trinidad del C. María

En mi última hora, o sea cuando Jesús dulcísimo se digna visitarme en mis últimos años, que los médicos me avisan la proximidad de mi muerte:

Como Jesús, Padre amantísimo, oye benigno las plegarias que por mí hacen las buenas y fieles hijas, se rinde a sus ruegos y me concede seguir con él en el destierro, para purificarme más de mis muchos pecados y hacerme digna de aquella deseada y eterna unión que espero con aquel Esposo divino, a quien amo ardientemente con toda mi alma en la tierra.

Sor Trinidad del P. C. M.

+
J.M.J.

25-VII-41, Porto
Paz y Bien

Revdas. Madres Abadesas, Superioras, Vicarias y todas mis amadas hermanas, novicias y postulantes de nuestros conventos de Berja y Sancti Spiritus, (Braga, Porto, Portugal) y Sobrado del Obispo y Santa María de Melias en Orense (España) y Portugal.

Muy amadísimas en el Corazón de nuestro divino Salvador Jesús y su Santísima Madre y nuestra, María Santísima y san José, patrono y administrador general de nuestras casas, saludo con el mayor respeto y cariño a todas y cada una.

Hoy, día de nuestro gloriosísimo patrono Santiago, aniversario de mi entrada en las Capuchinas de Jesús María de Granada el año 1892, recibo carta de nuestro buenísimo y R. P. Esteban Marcos, C. M., penitenciario de Roma, que la divina Providencia me condujera a sus pies y abrirle mi alma y pedirle su santo consejo, cuando fui a Roma y me encontré las puertas cerradas, me fui a san Pedro y en su hermosa Basílica me postré ante su sepulcro y hecha un mar de lágrimas me sentí que me conducían como de la mano al confesonario de lengua española, me veía cubierta con las alas misericordiosísimas de amor y luz del divino Espíritu, que como llama de fuego, y con fe... abrí mi alma toda como un libro, aquel buenísimo Padre, le

hice *Confesión General de toda mi vida*, le di cuenta detallada de toda mi vida, mi vocación y la causa de ir allí.

Los grandes temores de ver una ilusión cuanto me mandó hacer el santo cardenal Casanova, sin cuyo mandato jamás hubiese abandonado aquel santo Monasterio observantísimo, donde recibí todas las gracias de mi consagración al Señor, de quien recibí esta vocación el 18 al 20 de marzo del año 13, aniversario de nuestra madre santa Clara, y tan grande amor las tenía que prefería la muerte a salir; tuvo que imponérseme su santo mandato para separarme de aquellos muros que [me] habían defendido de gravísimos peligros y del dragón infernal.

Aquellas severísimas palabras, que delante de la Comunidad me dijo, cuando le pidieron algunas religiosas que me dejara allí y que irían todas las que mandase, y yo *le insistí* si le parecía enviaría las pedidas y yo quedaría, pues no me encontraba con fuerzas para salir. Era el 30 de septiembre del año 1923. "*De ninguna manera, V. va delante de todas, pues V. ha recibido la vocación y debe ir delante de ellas*". Insistí que prefería entonces empezar allí y experimentar la vida de adoración, etc..., pues contaba ya con la voluntad del Consejo de Discretas que, reunidas las 8 en la última reunión que se trató de esto, las 8 arrodilladas me pidieron hiciera allí lo que quisiera, antes de salir, y me contestó con nueva energía: "*No quiera V. hacer cosas nuevas en moldes viejos; haga V. las preces para hacer la fundación en la ermita de la Virgen de los Dolores de Chauchina y haga V. allí el noviciado para esas almas que Dios le pide y fórmelas V.*" En efecto, todas conocimos la voluntad de Dios y aceptamos el sacrificio... el mayor que hice hasta entonces, confiada hasta el último momento que mi Madre dulcísima de los Dolores, a quien me consagré totalmente que cuidara de mí como su más amante hija, me enviaría la muerte si

aquella Fundación no fuese de Jesús, su Hijo santísimo. que nos pedía le adorásemos, acercándole muchas almas inocentes a la sagrada Eucaristía. ¡El Señor, Dios nuestro se hacía sentir en mi alma fuertemente. El me amenazó con el infierno... si por cobardía dejaba de cumplir aquella misión que me pedía... y como todas sabéis el primero de septiembre del año 1915 me hirió de muerte y cuando me vi en su adorable presencia ¡*mi juicio!* ¡Qué terrible fue, Dios mío!... Cómo tu misericordia infinita me quemó con fuego... fuego divino que vino a quemar aquella escoria que consumía mi vida, y matando la raíz de mis grandes tibiezas e ingratitudes hizo nacer de nuevo aquella luz que me dio en mis primeros pasos de mi vida religiosa y, abrazada a sus pies, contrita, le prometí solemnemente consagrarme, con todas las fuerzas de mi alma, a la obra que me pedía si me concedía diez años de vida más... y me lo otorgó por su Madre María Santísima que, en aquellos momentos, fue mi Madre y Abogada.

¡Madre mía Inmaculada, que presenciaste mi juicio y tus dolores santísimos me salvaron!... También ahora mi Madre, para que mi inmolación sea completa y reciba la cruz ensangrentada de Jesús que grabó en mi alma aquella hora... de 6 a 7 de la mañana, que en el colapso que me creían muerta, aquellas dos religiosas decían: ¡esperar a ver si vuelve! Entonces Jesús me concedió la vida y vi claramente, sin dejar lugar a duda, ser esta la voluntad de Dios, expresada por su Prelado. Pero pronto el demonio levantó la tempestad que por muchos años me hacía temer si no sería la voluntad del Señor, como personas muy dignas me lo hacían ver, que no debía dejar aquella Comunidad antigua, que era el modelo de todas.

Decidí irme a Roma, como en efecto lo hice, y allí me presenté como el padre san Francisco, *llena de fe*, sin recomenda-

ción ninguna por escrito. Al pedírmela, comprendí mi ignorancia, pues de palabra me la concedió el Excmo. Sr. Nuncio para venir a Portugal, Italia y América (menos a Francia).

Acudí al confesor español que me guió la divina Providencia, dispuesta a que nos volviésemos a San Antón y confesar mi equivocación si el padre me decía ser esa la voluntad de Dios.

¡Qué dicha la mía!... Me oyó con la paciencia de un santo, me aconsejó mucha fe y constancia para sufrir mucho; mas me aseguró *ser la Obra de Dios*, a la que debía consagrarme con toda mi alma y, cuando no tuviese quien me ayudase, recurriera a él, que me ayudaría cuanto el Señor le inspirase. Me ofreció presentarnos a S. E. Prefecto de la Sagrada Congregación y pedimos audiencia particular a S.S. el Papa Pío XI, a quien estuvimos breves momentos, recibiendo su paternal bendición y besándole el anillo.

Nos recomendó no volviese a España sin visitar el sepulcro del seráfico padre san Francisco y madre santa Clara, de quien recibí gracias consoladísimas, y me volví a España como si lo trajese todo aprobado en la tierra y en el cielo, pues traía plena confianza que en R. P. Esteban Marcos, penitenciario (Franciscano Conventual) nos daba el Señor cuanta ayuda necesitaba en la tierra, y del cielo en la visita a Asís y la luz y fortaleza que necesitaba para seguir mi Calvario como pequeña víctima de la Víctima divina en el Santísimo Sacramento de los altares.

Hoy he recibido, después de otras muchas cartas consoladoras, la que más nos asegura la aprobación de las deseadas Constituciones, que quedarían aprobadas, si las dificultades de la guerra no retrasaran las cartas, y hubiesen llegado a tiempo los documentos necesarios quedarían aprobadas en estos días, antes de cerrar la Curia Romana a las vacaciones. Pero de todos

modos, la carta de hoy me da la seguridad como si hubiesen sido aprobadas, y que os copio aquí para vuestro consuelo (que os envío adjunto).

Como esas palabras de la carta del buenísimo y Rvdmo. P. Esteban me dan a entender algún cambio que tenemos que aceptar, pues solo así nos las aprueban...

No han llegado aun la nota que me anuncia viene por correo con una copia de las Constituciones, para que yo firme la conformidad con el informe del Sr. Arzobispo de Granada.

Como no sé si cuando llegue podré escribiros, en estos últimos días de retiro, que he querido hacer aquí, como san Ignacio lo tiene en sus Ejercicios de 4 semanas, como preparación para recibirlas, si llegan y ganar el Jubileo de Porciúncula si el Señor se digna concederme estas gracias. Os escribo hoy, después de la reserva. Como recreo espiritual os haré un resumen de mi voluntad, para las presentes y futuras, mi última voluntad que la empecé en Sobrado del Obispo en mi última enfermedad: "Mi última Hora", pues creí que no saldría de ella sin un milagro. ¡Me lleva hechos tantos el Señor por vuestras oraciones, que tanto piden por mí, Dios os lo pague, y no os preocupe mi próxima muerte, pues espero en el Corazón misericordiosísimo de Jesús y de nuestra Madre Santísima ayudaros más desde el cielo.

Aquí en el destierro, me seguís con fe buscando mayor perfección en la vida de adoración hermosísima, y a pesar del calvario que venís en pos... veréis días de resurrección y de gloria en Jesucristo Señor nuestro que nos pide seamos con él víctimas de amor y sacrificio, en reparación y expiación de tantos pecados que provocan la ira del Señor, y su divina justicia nos pide oración, vida de pobreza y humildad, abnegación y obediencia para salvarle las almas redimidas con su preciosa San-

gre. "Almas, muchas almas quiere Jesús de nuestras adoraciones, oración y penitencia, que no hay penitencia que más poderosa sea que la entrega de nuestro juicio y voluntad a la *obediencia*. Nunca olvidéis que vuestro distintivo de almas víctimas es la obediencia a la santa Iglesia Católica Romana y a vuestras legítimas superiores.

Y que si la Sagrada Congregación de religiosos nos quitase de las nuevas Constituciones cuanto tenemos pedido y presentado de Orden, de clausura, etc... ¡aceptado con humildad! será el momento solemne en que digamos con nuestra Madre Santísima en el momento de la Encarnación... "Fiat", ¡Señor, hágase como vos queréis! Y creerme, carísimas de mi alma, ese será el momento que espera la Santísima Trinidad para aceptar el holocausto solemne de sus amadas víctimas.

Como esclavas eucarísticas, mientras tanto llega el deseado momento de la aprobación, orad mucho... falta poco, cualquier día llegará la fausta nueva que debemos recibir como nuestra Madre María Santísima recibió al divino mensajero. ¡Fiat!

Las ruego por las entrañas amorosísimas de Jesús Sacramentado en la noche que instituyó tan admirable Sacramento, no olvidéis mi ruego por amor de Dios, que somos Capuchinas Clarisas Eucarísticas de la Madre de Dios.

Que nadie por ningún motivo haga cambiar el espíritu de nuestra nueva familia eucarística, contemplativas de adoración, reparación, expiación y desagravio. ¡Esclavas de Jesús víctima!, adorándole en espíritu y en verdad. Este es nuestro lema.

En la práctica de la verdadera pobreza y humildad que es nuestra santa Regla, abnegación y obediencia, con aquel espíritu de penitencia y mortificación del seráfico Padre y madre santa Clara, nuestros amantísimos Fundadores, que ellos grabaron desde el noviciado en mi alma y en la vuestra ese grito de

amor seráfico: “*El Amor no es amado*”, tan repetido en aquel primer convento que él cantaba a coro con los ángeles del cielo y sus santos.

Vivan, carísimas madres y hermanas, presentes y futuras, bajo la dirección, compañía e imitación, lo más posible, de la Sagrada Familia, Jesús, María y José. Que la Santísima Virgen sea siempre nuestra Madre Superiora y Maestra, el modelo de las Capuchinas Clarisas Eucarísticas *Esclavas de Jesús Víctima y de la Madre de Dios*.

Esto que les dejo escrito, como el ideal de toda mi vida, quiero y ruego a VV. RR. y CC. graben en sus almas con el mayor cariño y favor a su vocación de víctima eucarística. Que miren y copien y mediten nuestros divinos modelos, Jesús, José y María en Nazaret, en Belén, en Egipto, en Jerusalén: en Jesús y María en el Cenáculo, en el Calvario, en el Sepulcro. Viviente en el sagrario, como el sepulcro donde María le vio resucitado, vivo y glorioso... lo encontrará la Capuchina Clarisa, Esclavas Eucarísticas, que imitéis toda su vida con ferviente fe y amor, su divino modelo, Jesús, María y José.

Entenderlo bien, hijas de mi alma, ahí está la Regla y leyes que Jesucristo en la sagrada Eucaristía nos pidió siguiéramos su vida oculta, paso a paso. Con la protección singularísima de nuestra Madre María Santísima espero proteja, guíe, ampare y conduzca a Jesús víctima a sus pequeñas víctimas, que desean imitarle desde Belén, en pobres pañales, hasta la cruz, encomendándonos en la persona de san Juan, su amantísima y benditísima Madre y Madre nuestra, que desde entonces nos guardó en su Inmaculado y purísimo Corazón, el lugar de sus predilecciones y amor.

¡Madre mía, que no nos soltemos nunca de vuestro Corazón santísimo! Por lo tanto, en tierra y pegada al polvo del altar,

donde al calor que recibo en la santa adoración, os escribo mi última y expresa voluntad a todas cuantas conmigo siguieron la elección del Señor santísimo en aquel santo monasterio y todas las que después viniesen con voluntad decidida y enérgica, ahora y después en todos los países de la tierra, querría corroborar con mi sangre esta mi voluntad.

Aunque las circunstancias de los tiempos dedicamos a trabajos que los Superiores y Prelados Mayores ordenen o manden, como misiones, instrucción de catecismo, escuelas gratuitas, orfanatos, etc., etc., nuestras hermanas externas activas para ayudar a los misioneros y prelados a la conquista de las almas con nuestras oraciones y penitencia, no debemos negar nuestra cooperación cuando los Prelados, Superiores y Consejo lo ordene, quedando *el grueso de la Comunidad el tronco en su vida de contemplación, adoración y clausura*, como mandan las sagradas Constituciones pasadas por el crisol de 25 años de consultas, pruebas y transformaciones, según lo ordenaban los que Jesucristo, vida nuestra, nos mandó oír como a su divina Persona.

Las comunidades conserven cuanto les sea posible el recogimiento y vida interior de la tan amada y recomendada clausura para no enfriar jamás su espíritu de vida contemplativa eucarística. Que Jesús se recree en sus esclavas de adoración perpetua, en el recogimiento, humildad, obediencia y pobreza tan amada de Jesucristo y de nuestros santos fundadores Francisco y Clara. Esta de humildad, pobreza y obediencia hará fructuosísimo y eficaz el apostolado externo, sujeto y dirigido siempre por la M. Superiora General bajo la inspección y vigilancia de la Visitadora General que nombrará el Consejo (como Directora de las obras externas) y las internas con su oración y trabajos de mano para el culto de las iglesias pobres y misiones

y nuestros Asilos, alcanzarán las mismas gracias y privilegios y un tesoro de gracias y méritos que, como la seráfica madre santa Clara nos dio el ejemplo, trabajando con su espíritu de fe y amor de Dios en su lecho, en sus enfermedades nunca les faltó lo indispensable. Como vivieron Jesús, María y José en su casita de Nazaret, de sus trabajos, y sus Apóstoles y discípulos mientras reinó en aquel colegio “un solo corazón y un espíritu, dirigido y amparado por la Madre y Reina de los Apóstoles, nuestra dulcísima Madre, María Santísima. Que la más santa y la más *humilde y silenciosa*, sin dejar al mundo escritos, sino ejemplos santísimos de caridad, humildad y silencio, dio más gloria, reparación y amor en todos los siglos, que todos los santos. Humildad y amor os pido,

Sor Trinidad

+

Laveiras, 28-II-42

¡Hijas mías!...

Que el Corazón dulcísimo de Jesús Sacramentado os bendiga siempre y nos abrase en aquel amor y caridad que en el Cenáculo abrasó los corazones de su Madre, María Santísima, nuestra dulce Madre y Maestra, y a sus amados discípulos cuando instituyó la sagrada Eucaristía y se dio a nosotros en alimento y compañero perpetuo en el Santísimo Sacramento. Amén.

En estos momentos que con Jesús Sacramentado y muerto en su sagrada y venerada imagen, que miro y me mira con amor y dulzura inexplicable, os recuerdo a todas y cada una y parece que él, consolando las amarguras que siente mi alma al no haberos enseñado, con ejemplos prácticos, la vida de víctima que él me pidió tantas veces, y suplicándole en este momento, en que me siento con agonías mortales, que ni fuerzas me queda a mi vida para suplicaros, por amor de Jesús Hostia santa, que como fieles esclavas de Jesús Sacramentado y de María Santísima nuestra Madre, viváis unidas en amor y caridad como los Apóstoles con María Santísima, y para dejaros estos borroncillos que con tanto trabajo os trazo en estos momentos, y os pido como recuerdo, lo que su Corazón divino me pide tantas veces en los 52 años que me parece hace me consagré a él. *Él se me dio todo*, y yo le prometí ser suya toda, suya para siempre, el 12 de agosto de 1889, en mis primeros años de colegio, Jesús robó mi corazoncillo para él de tal manera, que

nadie fue capaz de apartarme de aquel compromiso eterno que él me pidió entonces, como él sabe.

Perdonarme, hijas de mi alma, que no sirvo más... Querría empezar pidiéndoos *viváis siempre unidas en amor y caridad*, amándoos, sirviéndoos con humildad unas a otras, como el divino Maestro sirvió, lavó los pies y dio de comer a sus amados discípulos, sin descubrir sus miserias... sin echarles en cara sus groserías, sin hacerles reprensiones ni palabras duras. Amó a los suyos, cuidó de ellos sin preferencias, los miró a todos con amor y cuido como madre cariñosa de sus hijos.

Así querría que todas vosotras copiaseis aquella mansedumbre y humildad del divino Maestro [que] nos enseñó con su ejemplo y doctrina. Qué respeto, qué veneración, qué amor en aquellos hombres groserísimos, y supieron disimular a Judas y compadecerse de Pedro... y en aquella comunidad no hubo rencillas, ni envidias, ni divisiones. Jesús, Maestro divino, fue todo caridad y amor, y todo lo cubría, como hizo tantas veces con Magdalena, la adúltera, etc.

Pues si somos hostias vivas con Jesús Hostia, si somos sus víctimas de amor, adorándole día y noche en la sagrada Eucaristía, ¿cómo iremos a él a que nos perdone y reciba en su divino Corazón si vamos llenas de envidillas... con los cuidados de todo menos de nosotras mismas? ¿Somos sus esclavas fieles a su amor? Que Jesús dulcísimo nos encuentre siempre pidiéndole con el "Pater noster", perdónanos Señor nuestras deudas, *como nosotras perdonamos*. Todo será alegría y paz entre vosotras como reino en la casita de Nazaret: todos obedecían, reconocían en san José el superior. Y aquella Purísima reina de cielos y tierra obedece y se somete a las órdenes de san José, y aquel divino Jesús, Dios y hombre verdadero obedece, porque ama a su Eterno Padre, que lo envía a morir por nosotros. Allí

el menor era el mayor y como la Reina y Madre había aceptado "*aquel fiat*" llena de amor de Dios, obedeció con Jesús y allí vio esta nueva Familia que en los últimos siglos vendría a consagrarse por entero a su fiel imitación en la vida de adoración y amor a Jesús Sacramentado, bajo el *Magisterio* y *Maternidad de la Madre de Dios*. ¿Nos quiere sus Esclavas?

Lo habéis entendido todas, presentes y futuras, mis reverendas madres mías y hermanas presentes y futuras.

Nuestra vida consiste en copiar toda la vida de Jesús y María, desde su Encarnación, *fiat*, en Belén, Nazaret, pobreza, humildad, silencio, amor, caridad. En Nazaret: *obediencia*, recogimiento, oración. En Egipto: aceptación, fe, confianza, fidelidad. En Jerusalén: ejemplos, sacrificios, entrega y muerte, inmolación completa, humillaciones, desprecios, abandono. Si nuestra misión es adorar y desagrar a Jesús acercándole muchas almas, qué misión dilectísima la de sus esclavas adoradoras y eucarísticas que pueden llevar a cabo la más hermosa obra que Jesús nos confió. En su Madre nos da el modelo vivo de la vida de abnegación y sacrificio. Es, pues, nuestra Madre, nuestra Superiora y Maestra, qué pureza de vida, qué disposiciones nos pide Jesús para cumplir dígnamente con tal Madre, que se nos presenta con majestad de Reina, con sencillez y humildad de Virgen, con amor y ternura de Madre, mostrándonos a su Hijo divino, obediente y humilde siendo Dios hombre y herido y muerto como víctima divina, al pie de la cruz para enseñarnos con su divino Jesús niño, adolescente y hombre Dios, muriendo en los tormentos más atroces sin una queja, sin un reproche ni del Hijo ni la Madre. ¡Oh sublimidad del amor purísimo de tal Madre, que nos enseña prácticamente los deberes sagrados que hemos contraído al obligarnos por el cuarto voto a la adoración perpetua, a nuestra vida de abnegación y de víc-

tima. Esto es, hijas del alma, lo que Jesús dulcísimo me viene pidiendo y la Madre Santísima, enseñándonos a morir a nosotras mismas para vivir la vida de Dios. Inmolemos lo que más nos cuesta, estemos firmes con nuestra Madre divina al pie de la cruz, prontas a cumplir su divina voluntad, que hemos de conocer claramente en lo que la santa Iglesia nos da después de más de 20 años de oración, de consultas y ruegos. Nos da, no lo que veníamos pidiendo y sentíamos durante muchos años, sino lo que ha sido su voluntad adorable clara y manifiesta.

Por los años 1914, cuando por mandato de un santo prelado, tuve que escribir lo que creí nos pedía el Señor en aquella noche dichosa y memorable de 18 a 20 de marzo de 1913. Después de 10 días de retiro y consagrar aquellos 10 días al ayuno y penitencia para que el Espíritu Santo nos iluminara y dirigiese mi pluma para escribir lo que Jesús dulcísimo en la Sagrada Eucaristía, aquella noche sentía que me pedía con una insistencia y fuerza sobrenatural que no podía sustraerme en muchos días después que en todas partes oía en lo más íntimo del alma: “Quiero almas, muchas almas víctimas que me adoren en el Santísimo Sacramento y reparen y me desagravien de las injurias y ofensas, que recibo en este Sacramento, de los hombres, especialmente de aquellas almas que me están consagradas... por mis sacerdotes y religiosos...”

Veía delante de mí... la serie de trabajos y penas que me esperaban... El sacrificio que me pedía Jesús al tener que abandonar mi tierra de promisión, donde por 33 años gocé las delicias inefables del Corazón divino, y donde me sentí favorecida de tantas misericordias y predilecciones. *¡Me pedía víctimas!...* Tenía que ser *inmolada* y me ofrecí a él *como él quiso*; yo, incapaz de entregarme. Quería obedecer y escribir lo que sentía y una fuerza superior, que no podía resistir, llevó a mi pluma lo

que sigue: “He aquí que yo mando mi ángel delante de vosotras, seguirle”. san Juan en el desierto, 30 años entregado a la más rigurosa penitencia que no creyó poder quedar en el seno de una familia santificada, la santidad con que Dios le prevenía desde que fue santificado en el vientre de su madre cuando le visitó la Madre de Dios, ¡se retiró al desierto, puro como un ángel!, se entrega a la más austera penitencia, solo con Dios explaya su alma en la oración y en la contemplación de las obras divinas... ninguna mitigación en el rigor de esta soledad, ningún deseo de consuelos ni aun espirituales. Despreciando la gloria mundana se ocultó en el desierto para dedicarse completamente a Dios, sacrificando la dicha de vivir cerca de Jesucristo por seguir su vocación que le llamaba a la soledad. El Espíritu Santo, que le había conducido al desierto, le llamó y le hizo dejarle para que trabajase en la salvación de las almas primeramente con su ejemplo y después con su palabra nos dice y anima como entonces a sus discípulos: “Haced penitencia, pues el Reino de Dios se acerca...” Combate fácilmente el mal con que no fue manchado, y mostró que el mundo no tiene peligros para quien se guarda de sus seducciones. ¡Qué autoridad daba san Juan a sus palabras con la santidad de su vida!...

¡Oyó al Espíritu Santo que le manda dejar el desierto. No busca atraerse muchos discípulos, sino preparar el reinado del divino Maestro... Su celo ardiente e infatigable con los pecadores endurecidos se dulcificaba completamente con los que hacían penitencia y daban limosnas. No se disgustaba ni cansaba nunca por muy numerosos que fuesen los que acudían a él, ni de su importunidad, ni los despedía sino después de haberles instruido y confirmado en la fe y alentado en sus buenas resoluciones y propósitos: su predicación atrajo a él una porción de discípulos y la estimación de la nación.

Adoremos a Dios en espíritu y en verdad
1943

R. M. Teresa de Jesús, Superiora de la casa Generalicia, y demás hermanas de esa casa y madres. Lisboa.

Hija mía en Jesucristo, vida de nuestra alma: tengo leídas sus cartas, y con más gusto las contestaría de palabra y esperando ocasión de hacerlo, recibo su segunda manifestándose sus luchas y tentaciones, que no tienen a mi parecer importancia. Bien sabe cuánto les pido se funden en humildad y abnegación para seguir tan de cerca como desea a Jesús dulcísimo y nuestra Madre Santísima y san José en su obediencia, silencio y humildad, en recibir las órdenes divinas sin queja ni razones, aceptando con fe y amor las órdenes de salir de noche con el divino Niño... etc. Pues este es el espíritu que debe infundir en las jóvenes.

Sé cuánto sufre en los traslados y cambio de superiores... ¿Porqué hija mía?... ¿Qué no ve a Jesús, no lo siente, querría sobreponerse a esa resistencia que quiere ocultar y no puede?... Pobrecita mía, acuérdesse de aquello del Kempis: “Jesucristo tiene ahora muchos amigos en su reino celestial, mas muy poquitos que lleven su cruz; tiene muchos que desean la consolación y muy pocos que quieran la tribulación; muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia; todos quieren gozar con Cristo, mas pocos quieren sufrir algo por él; muchos siguen a Jesús hasta el partir el pan, mas pocos están aparejados a beber el cáliz de la pasión... Muchos aman a Jesús cuando

no tienen adversidades... mas si Jesús se escondiese y los dejase un poco, luego se quejarían o desaparecerían”. Estos son los flacos en la virtud, que viniendo la contradicción, todo cae por tierra.

Veo que esa tentación que en todas me dice: “Que no sabe gobernar y apetece ser súbdita para obedecer... pues conoce es lo que más le cuesta a todas incluso a las legas o auxiliares, que antiguamente se llamaban “hermanas de obediencia”. Por propia experiencia sé cuánto se desea obedecer cuando la cruz pesa... y cuando después de varios ensayos para conseguir ese rendimiento de juicio y de voluntad por la dulzura y ciertas condescendencias, que angustian la propia conciencia, en concederles ciertos caprichos que, sin ser malos... a veces muy espirituales, y creemos conseguir de ellas, que se entreguen a la perfecta obediencia, como nos enseñó el divino Maestro, y nuestra dulcísima Madre María Santísima. Nos encontramos en la ocasión de probarlo... y qué dolor se siente en el alma, cuando la ve cada vez más apegada a su propia voluntad en caprichos sin importancia, como niñas mal educadas, cuando por sus años debían ser maestras en virtudes... y viene enseguida aquello de san Pablo, que las virtudes verdaderas, no fingidas, hacen al que las posee justo y bueno, y si es justo no se le puede negar la entrada en el Reino de los cielos el cual, como dice el Apóstol, es corona de justicia. Si las virtudes le hacen bueno por la entrega total de su voluntad en la de Dios, que es la obediencia a sus superiores, dará sin duda buen fruto, porque escrito está que todo árbol bueno da fruto bueno, y el fruto bueno, dice el Apóstol: “es la santificación, cuyo fin es la vida eterna”.

Esta es doctrina de un santo padre de la Iglesia. Como V. C. tiene leído mucho... a mí me da miedo de escribirles, porque no sé verdaderamente; Dios nuestro Señor, como le tengo comu-

nicado, en las largas conferencias espirituales que como Secretaria tuve muchas veces con ocasión de casos como el que me consulta ahora. No me dejan tiempo para escribir cuando *recibo la luz* y después de aquellos rayos de luz clarísima, me prepara el Señor un viaje... una preocupación... y tantos impedimentos que queda todo en el fondo de mi alma, encomendándolo a la Madre y Maestra que nos dio el Señor en su Madre María Santísima. ¡Qué ella os enseñe y ponga en las superiores esa necesidad de *aspirar y trabajar* por perfeccionarnos cada día, practicando las virtudes que ya prometimos con los votos que hicimos al Señor: pobreza, castidad y obediencia; y en estas están *todas las virtudes* que nos son necesarias para santificarnos, dándole la gloria y reparación de verdaderas *víctimas*! ¿Estamos? Sí, hija mía, V. C. más que otras conoce mi inutilidad para regir, porque el ejemplo es el que predica, como hacía el seráfico padre san Francisco.

Y mirando año por año y día por día mis grandes miserias, y cómo el Señor perdonó mis grandes pecados y cubrió mis miserias con el velo de su preciosísima Sangre y las lágrimas de nuestra Madre Inmaculada, reprimo mi deseo de escribiros muchas cosas que dejaron escritas los santos y que yo aprendí en los 58 años de vida religiosa...

Así mi M. Teresa tomará de esta carta lo que le aproveche para sí y para las almas que él le confía en el cargo de Superiora, y lo que no, lo quema, pues ya a las puertas *de la Eternidad*, si os hablo como siento me temeréis, pues la experiencia de tantos años de vida religiosa vividos en 12 conventos, y hospedada (con motivo de las fundaciones, donde las superiores confidencialmente se me quejaban del mismo dolor (y mayores) que yo padecía... Como le digo: hablando con mis hermanas y hijas carísimas en Jesucristo, se me escapa el alma queriéndoos

mostrar el grandísimo engaño que el demonio pone con una paz fingida *de amor propio* que vestimos la virtud del color que nos conviene, para cubrir los defectos de unas imperfecciones, que como polilla roen nuestra vida espiritual, pareciéndonos mejor y más perfecto aquello que nos da más libertad para obrar a nuestro arbitrio, aunque haya que romper los lazos de obediencia, humildad, pobreza y perfecta castidad que ofrecimos al Señor y aquí quiero no os asustéis. Tomar lo que entendéis os aprovecha y dejar lo que os estorbe en vuestro camino para encomendarme al Señor, y sigo como empecé.

Decía san Pablo: “El que se gloria, gloríese en el Señor; porque no por eso es uno aprobado por que él se alabe a sí mismo, sino porque le alabe Dios”. Y ahora notamos que cuando una religiosa la envía la obediencia a un encargo, o destina a pedir, enseñar, trabajar o cosas análogas... va contenta, trabaja bien y llega la prueba, entonces refiere sus trabajos como grandes sacrificios que las superiores ni reconocen ni agradecen... hacen un sermón de honras, ponen de manifiesto sus grandes proezas que no son reconocidas, etc... con un colorido de virtudes aparentes que las pobres superiores... cohibidas ante este proceder, renuncian o las dejan por imposibles, ante el temor de un procedimiento mas duro... y de aquí el mal ejemplo de las demás, los comentarios y acusaciones que resfrían la caridad y amor que debe reinar en nuestros conventos de vida interior y adoración al Santísimo Sacramento para pegar fuego en las almas, que han de encender la caridad de Cristo en las almas de los niños.

¿Qué fuego de amor divino prenderá un alma ciega de amor propio... que olvida su entrega a Dios por medio de los votos... que no se pertenece y que si obra el bien está *obligada* a servir al Señor en espíritu y en verdad, y que si trabaja para que aquí

le recompensen con honras?, ¿qué le exigirá al Señor cuando le pida “la corona de justicia?” Ya tenemos las amenazas del divino Maestro, que yo querría, no nos toque a nosotras: “Todo árbol bueno da fruto bueno”, que es la santificación cuyo fin es la vida eterna y si no es el fin la vida eterna, no es verdadera su santificación, ni pueden ser verdaderas sus virtudes, ni el fruto de este árbol puede ser bueno, y por consiguiente vendrá a ser cortado para el fuego, como dijo el divino Maestro. Porque la segur que está puesta a la raíz del árbol, no es para cortar los árboles buenos y que dan fruto, sino “aquel árbol tan solamente que no da fruto será cortado y echado en el fuego”. Pues todos los que trabajan sin fe y sin caridad son finalmente castigados eternamente.

Como ve esto no es mío, es doctrina de Jesucristo en el santo Evangelio, y para V. C. y para todas las superiores va dirigida esta carta, para que estudiemos las causas de no formarse las almas en humildad y pobreza que tanto nos recomienda la madre santa Clara en su Regla y Testamento, era el espíritu de los seráficos y santos Padres que no imitamos sus hijas porque no nos desprendemos de nosotras mismas. El demonio estudia nuestro flaco, nos hace valer, aunque no podemos levantar una paja del suelo... Si el Señor no nos da su gracia... y se resfría el espíritu de devoción, nos cansa el coro, huimos de la mortificación... y nos encontramos solas... porque Jesús dulcísimo no entra en el interior de un alma llena de sí. Tenemos que vaciarnos de nosotras mismas, que Jesús vea nuestro corazón *humilde y pobre* de verdad, rendido a la obediencia... y él viene a tomar posesión de nuestra alma como Soberano dueño, y para seguirle varonilmente y nuestras obras sean dignas, sólidas y perfectas se han de fundar en la humildad y pobreza que es tanto como estar dispuestos a padecer injurias y afrentas por el

nombre de Jesucristo. Esto pido todos los días en la sagrada Comunión, por mis amadas hijas en Jesucristo, que pedirán esto mismo para vuestra sierva inútil,

Sor Trinidad del P. C.

+
J.M.J.

15-XII-43, Lisboa
¡Paz y Bien!

M. Rvdas. Madres Superiores, Vicarias y Hijas carísimas en Jesús Sacramentado y en el Corazón Inmaculado de María Santísima Nuestra dulce Madre:

Esperando llegasen las Constituciones impresas, que nos ofreció gratuita y bondadosamente el R. P. Isacio Morán que tan grande parte tuvo en su aprobación y con mayor interés trabajó para adaptarlas de nuestros palotes al latín, y del latín aprobadas al castellano.

Si el Corazón eucarístico de Jesús no nos mirase con tan segura y paternal predilección y amor, ¿qué sería de esta pequeña Obra que él misericordiosamente preparaba y confió a vaso quebradizo y lleno de miserias, para que este santo varón de Dios, nos ordenase y pusiese en camino de ser bendecidas plenamente de su amorosísimo Corazón eucarístico y del Inmaculado de María nuestra dulcísima Madre, por quien la santa Iglesia aprobó el mismo día que consagró su Vicario en la tierra a Portugal al Corazón Inmaculado de María.

Ya deseaba felicitarlas con este regalo que supongo ya en su poder por no tener las dificultades de envío ahí, como aquí, que con la guerra todo se complica más. Querría, si fuese voluntad de Dios, ir yo en persona a llevaros el aguinaldo mejor que podíamos recibir... pero Jesús quiere de su indigna víctima otro nuevo sacrificio, que se lo ofrezco con todo el amor de mi alma

a medida que es el deseo que siento de pasar a vuestro lado estos hermosísimos Misterios tan llenos de santos recuerdos desde que conocimos a Dios, por dicha nuestra, le amábamos y ansiábamos su venida, acompañando con grande fe a la Sagrada Familia en su jornada a Belén. Qué enseñanzas tan sublimes y altísimas encuentro yo ahora en estos Misterios. En la meditación de este santo Adviento voy recibiendo una nueva luz clarísima como la fe que nos enseña el santo Evangelio: El Verbo se hizo carne por nosotros pecadores.

Ahora que nuestra vida ha sufrido una verdadera transformación de vida, por disposición divina, que tenía ya decretado en sus altos designios hacernos pequeñas víctimas de reparación y amor a Jesucristo Sacramentado adorándole día y noche en espíritu y en verdad, recuerdo aquellas palabras proféticas que me repetía de palabra y por escrito un V. P. Superior de R. P. Redentoristas de Granada (director espiritual de mi R. M. Abadesa Amalia del Pilar). Siendo enfermera, quizá por el mucho trabajo de muchas enfermas y tener poca edad, me dieron unas fiebres altas en principio de Cuaresma y yo, con el deseo de seguir los ayunos y penitencias, nada decía, pero el médico que visitaba todos los días la enfermería al aplicarle una inyección a una enferma me tocó en la mano a la hora de poner la aguja en otro sitio; conoció tenía fiebre y dijo a las madres me quitasen trabajo y me diesen comida. Sentí tanto que ya en Semana de Pasión me diesen caldo de gallina cuando en toda la Cuaresma no se probaba ni carne ni lacticinios; y las enfermas y ancianas ayunaban, tomaban lacticinios y nunca carne, y conmigo aquella penitencia que resultaba para mi corazón el regalo más que el ayuno.

El P. Director de la M. Abadesa nos confesó "ad casum" aquella semana, y me reprendió con las palabras de san Pablo:

“Romper vuestro corazón y no vuestras vestiduras...” y me obligaba a que negase el deseo, ni lo manifestara, de penitencia hasta que estuviese tan entregada mi voluntad a la de los superiores, de tal manera que no tuviese en nada voluntad propia y mi mortificación la hiciera consistir en la perfecta *obediencia a mis superiores*; y compañeras; fuese como un instrumento que se moviese a la voluntad de la mayor; sin mala cara, sin excusas ni quejas.

Aquella mortificación era el romper el corazón y la que el Señor me pedía entonces. Muchos actos de fe y de amor me costaba aquella obediencia, pero hizo tan grandes bienes a mi alma, que el Señor, lleno de misericordia, cambió aquel fondo de querer sobresalir en penitencias de las más rigurosas que acababan con mi salud.

Pero un día la Madre me volvió a mandar ayunase y siguiese a la Comunidad en sus penitencias, que entonces eran muchas... y a los 6 meses volvió la fiebre y quejándome a Jesús que me privaba del consuelo de seguir a la Comunidad me dijo mi dulcísimo Jesús crucificado: “Tengo muchas almas que hagan penitencia, pero poquísimas víctimas de reparación y de amor; de ti quiero tu corazón entregado en mis manos, que quiero hacer de ti una hostia inmolada, que haga de ti mi voluntad enteramente dispuesta a padecer la pasión, que yo te mostraré mis caminos”.

¡Oh Jesús dulcísimo, cómo preparabais el granito de trigo que habíais de moler vos mismo... contrariando mis ansias de soledad y retiro, dándome cargos antes de tiempo, que me hizo salir de aquellos años felices de obediencia, que seguía tan segura que cumplía la voluntad del Señor! Entonces empezasteis a moler el trigo de las hostias que preparabais, Señor, al sacrificio, entrándonos antes en la confitería de vuestro santo taber-

náculo encontrábamos en la adoración todos los bienes y dulzuras imaginables y así preparabais nuestras almas como la harina *sin paja*, limpia de nuestras propias miserias, para que metiéndonos *en este molde nuevo* que vos mismo nos preparabais saliese de las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía; metisteis la masa en la prensa que nos preparabais y salieron de cada capuchina una hostia que con vos y vuestra Madre Santísima nos ofrecíamos a la Santísima Trinidad para reparar y desagraviaros de los pecados que provocan vuestra ira divina y envíes sobre la tierra el Reinado de vuestro divino Corazón por medio de los niños que nos mandáis os acerquemos a vos, Dios mío.

¿Quién más contemplativa e iluminada por el Espíritu Santo en los altísimo e inescrutables secretos de estos grandes Misterios de la Santísima Trinidad, que la Madre del Verbo divino hecho carne? ¿Quién más santa y llena de gracia, su alma purísima, que la que preparaba el Espíritu Santo para su celestial Esposa? ¿Quién más asistida del Eterno Padre, que la formó para Madre Purísima de su muy amado Hijo en el que complació?

¡Pues ella, nuestra Madre Santísima, sale de su recogimiento interior de Nazaret, para entrar en el interior de su alma con su Jesús dulcísimo que debía nacer en aquellos días... y tenía que abandonar *por orden Divina* su casita, sus *parientes*, sus descansos y alivios que en Nazaret le proporcionarían los suyos... Pero la víctima divina tenía que obedecer a la voluntad de su Eterno padre, y haciéndose pobre, busca dónde nacer el Mesías prometido, el primogénito del Padre, el Rey de cielos y tierra, peregrinando con tanto frío y tantas incomodidades y pobreza... Y aquellos Modelos que la Santísima Trinidad nos dio a la Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía y Madre

de Dios, nos enseñaba con el ejemplo a ser las pequeñas víctimas de reparación y amor que nos pide en este siglo de tantos odios y pecados; quiere sean sus fieles imitadoras de Jesús, María y José...

Obedeciendo a su divino llamamiento en continua y perfecta contemplación con Jesús, entrando en la mente, corazón y alma... aceptando la pobreza, la ingratitud, los oprobios de aquellos que más esperábamos ayuda, reconocimiento, amor... En silencio dulce y pacífico, en fidelidad y amor de Dios verdadero, en entregamiento absoluto a la Divina voluntad, llenas de caridad y de amor, confiadas, generosas, valientes hasta el fin...

¿Quién adoró a Jesús Sacramentado en el Purísimo Sagrario de las entrañas de María, que su Purísima y Santísima Madre y el patriarca castísimo san José? ¿Quién le adoró y amó más que ellos? ¿Quién reparó a la divina justicia? Se acercó la divina Madre María Santísima a esas apariencias externas que nosotras buscamos, para encubrir nuestras miserias y amor propio con exterioridades aparentes, que a veces dejamos helado y triste el divino Corazón del Prisionero del Sagrario de Jesús, víctima de amor.

Pues bien, mis buenísimas madres y hermanas carísimas de mi alma, no quiero que mi pobre felicitación de Pascua del Natal sea un aviso o capítulo; no hijas del alma, es que lo siento constantemente en mi alma, en la oración y cuando en la santa misa, unida a la Hostia santa os recojo a todas, presentes y futuras, en la patena, cuando el sacerdote en la santa misa ofrece la víctima divina, os acerco y me acerco en adoración, reparación, inmolación y amor... y en aquellos momentos solemnes que el alma libre de los cuidados y humanos sentimientos, siente el ansia vivísima de la unión... el hambre de recibirle sacramentado ¡adorándole en unión de la misma sagrada Víctima en el

seno de la primera adoradora, su Madre Santísima y san José, parece que mi alma entra de lleno en esa región en donde no oye más que esa inspiración que nos hizo empezar el camino de nuestro Calvario: "Imitar a mi Madre que os dejé por Madre y Maestra, sea ella vuestra guía y modelo para adorar, reparar y amar".

¡Es tan hermoso el modelo que nos da Jesús!... Vamos unas horitas siquiera tras la Sagrada Familia... Acercar vuestros oídos a los purísimos labios de la Santísima Virgen nuestra Madre Purísima, escucharle ¿Qué dice la Reina del cielo de este viaje tan penoso? Preguntarle, ¿a qué ese cambio teniendo su pequeña casita de Nazaret... con tanto frío... y tantas molestias sin casa, sin avisar a nadie?, etc... Por qué es esa orden, si es el Hijo del Eterno Padre, Criador de cielos y tierra y mendigar dónde nacer... y teniendo su casita... Preguntarle a san José ¿cómo lo consiente?... Qué nos dice el santo Evangelio, los santos y los historiadores de estos viajeros contemplativas...

Confío que la Reina del cielo os dirá: imitar mi amor a Jesús divino que le llevo dichosísima en mis entrañas... obedeciendo su divina voluntad llevo conmigo la bienaventuranza alabándome porque he sido escogida entre millares para ser su Madre Santísima por que me entregué... y *en aquel fiat* me consagré suya completamente víctima de amor, y la víctima se inmola y vive la misma vida del que adora mi alma.

No son las exterioridades las que la Santísima Virgen, nuestra dulce Madre, nos pide en este Natal al entregarnos las sagradas Constituciones impresas. Nos pide el corazón vacío para llenarnos del verdadero amor de Dios, el alma entregada para darnos a Jesús entero al nacer, y la mente y el espíritu sujeto a su Divina voluntad no a la prudencia del mundo que nos juzga según él, si la sabiduría del Espíritu Santo que nos conducirá

por la obediencia al Reino de Dios eternamente, donde todas unidas al Corazón Inmaculado de nuestra Purísima Madre María Santísima cantemos un Magnificat eterno, en donde espero que, llenas de gozo, daremos gracias porque nos preparó, como dice el santo Evangelio de san Lucas: “Yo preparo para vosotras como mi Padre me dispuso a mí el Reino, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi Reino”, como dice san Buenaventura: “¡Oh que feliz aquel que en el reino de los cielos comerá aquel pan, que en el horno del vientre virginal de María Santísima se coció con el fuego del Espíritu Santo y la Sabiduría dice (a este fin): “Con comida de ángeles alimentaste a tu pueblo, y le diste un pan preparado del cielo sin trabajo, que contenía en sí el deleite y la suavidad de todo sabor, y servía a la voluntad de cada uno” y todo esto y mayores bienes nos dará el Señor si perseveramos fieles hasta la muerte, como dice san Juan E.: “Se fiel hasta la muerte y te daré la corona debida”. Es cuanto pido en mis pobres oraciones para vosotras y para mí,

Sor Trinidad

+
J.M.J.

¡Paz y Bien!

Madrid, 8 de septiembre de 1944

M. R. M. Consuelo de Jesús, Superiora de Braga

Mi buena y amadísima en Jesús Sacramentado, mi Rvda. M. Consuelo de Jesús: Tengo sin contestar a dos tuyas tan espirituales y llenas de humildad, que son para mi alma una lección y estímulo, que nunca sabré agradecer a V. R. el bien que hacen a mi alma sus hermosas cartas. Dios se lo pague y pido oraciones por el fruto de estos santos ejercicios, que parece Dios nuestro Señor nos da una prueba especialísima de predilección y amor en todos sentidos: en lo espiritual dándonos en este santo P. Morán que nos habla 5 veces al día, unos santos ejercicios como para hacernos santas... y en lo material un respeto y amor que nos tienen confundidas estas santas reparadoras, que querría probaseis siquiera una vez el hacer unos santos ejercicios completamente entregadas a ellos.

Vamos a contestar a la última que tengo delante de mí para contestarle por puntos: Ciertamente que la casa noviciado es hoy toda mi preocupación y cuidado, la formación de un *noviciado único* es mi continua petición al Señor hace muchos años hoy que lo tenemos aprobado por la santa Iglesia es mayor... y día y noche pido por intercesión de la Santísima Virgen, nuestra dulce Madre, nos dé maestras santas que sepan educar, imprimir y formar esas monjitas obedientes, puras, desprendidas,

humildes, llenas de caridad, que nuestros conventos sean verdaderos cenáculos.

No quiero, Madre mía, porque no lo quiere Jesús, que sean doctoras de esas que sin conocer ni practicar la vida espiritual llevan un diario de virtudes y de cosas extraordinarias que soñaron tal vez embotadas en un amor propio, que a veces nos formamos una santidad a nuestro gusto, tomando de los santos lo que nos agrada hacemos historias muy bonitas para sostener nuestro criterio, y salir con lo nuestro con ribetes de doctoras capaces de luchar con los sabios de Salamanca, ya conoce V. C. algunas que tuvieron que abandonar el hábito... y no quiero hacerme pesada con mi madre Consuelo que tanto años de vida religiosa y Abadesa, que es donde mejor se ven las almas... porque ellas se abren... y entonces se nos descubren en ellas nuevos mundos de grandes virtudes y también de grandes peligros y miserias, que nos ponen en guardia para vigilar... y temer se introduzca el mal espíritu como capa de santidad... cumpliéndose en estas almas aquello “de lobos con piel de oveja”.

Hoy que el Espíritu Santo nos cubre con sus alas y que durante estos diez días de santos ejercicios me parecía ver sobre nuestras cabezas cubriéndonos con sus alas y abrazándonos en su amor... Somos 12 las que nos reunimos en esta capilla para oír su santa doctrina y llenarnos del Espíritu de amor y caridad, imitando el colegio apostólico para empezar la transformación de una vida mucho más perfecta, más santa, más de Dios. La imitación perfecta de Jesucristo por el santo Evangelio. Esto es lo que Jesucristo, *camino, verdad* y vida nos pidió desde que nos llamó a *seguirle*: “niégate a ti mismo, toma tu cruz... porque mi yugo es suave y mi carga ligera”.

Aquí tiene mi M. Consuelo, mis ideales sentidos día por día desde que en aquel colegio de clarisas que parece abrió la divi-

na Providencia para nosotras el año (o por los años) 88, si mal no recuerdo. Allí donde nos entran a educarnos exclusivamente, pues ni conocía entonces las monjas, ni mi madre quiso llevarnos nunca, para que no nos aficionásemos a serlo sin sentirlo ni conocerlo, tuvo el Señor que llevarse aquella madre tan santa para que la “leoncilla Merceditas”, en una fiebre altísima de dolor en mi orfandad... Jesús dulcísimo me cogiese dormida y con su gracia cambiase aquella fiera en una ovejilla mansa, que junto aquellas santas religiosas encargadas de aquel nuevo colegio (*providencialmente*) nos diesen pastos delicadísimos de sólidas virtudes practicadas con un ardor y un fuego de aquella santa religiosa sor María Rosa Robles, atrajo mi corazón y mi alma que como de un sueño infantil e inocente, mimada y muy querida de la discretísima y santa abuelita, me cogió bajo su cuidado (esto lo hizo con su santo hermano P. Hitos) al morir mi madre... Empecé a verme en el mundo como el despertar de un sueño dulcísimo, nos vimos mi hermanita y yo *sin madre* y mi padre, que tanto nos amaba, con la abuela, creyeron conservaríamos la inocencia en un colegio de clausura, más que en la Corte de Cristo o Santo Domingo, que mi madre nos preparaba, desde que hicimos la Primera Comunión, nos decía iríamos.

Pues bien, mi M. Consuelo, que como nosotras disfrutamos la dicha de nacer y vivir en aquella familia levítica, como la llamaban entonces los superiores del Seminario cuando iban en vacaciones con su santo hermano, mío, y primos, que eran 4 los seminaristas que se reunían. Se abre mi alma al escribirle a V. C., pues nacimos y criamos en aquel invernadero de almas muy santas por dicha nuestra, como fueron los abuelos y tíos, especialmente tía Prudencia, Paz, Mercedes y su madre y la mía. ¡Qué hermosos y felices gozarán en el cielo aquella familia tan llena de fe y amor de Dios!...

Se me va las ideas entreteniéndome en lo que no es de nuestro caso, y voy a terminar, si puedo, concretándome a lo que me proponía en esta carta, aprovechando el fervor de estos santos ejercicios, que, como sabe V. R., nos reunimos todas las superiores que han podido asistir.

Le ruego, mi buenísima M. Consuelo, siga dirigiendo ese noviciado con el mismo interés y espíritu que trabaja por las novicias y M. Maestra, hasta que llegue a la edad canónica, V. C. siga de Maestra directora y ella de Vice, aunque creo seguirá siéndolo al cumplir los 40 años. Aunque les parezca a muchas que es escrupulosa y dura para sí, no creo perjudique a la formación de las novicias la rigidez y estricta conciencia de un alma que desde su ingreso se le notó un ardiente deseo de santificarse con una intensa vida de fe y piedad... Prefiero estas almas que prácticamente observa hasta el presente en los diez años que va a hacer la recibimos, no se le ha notado un cambio, se la ve crecer en esa fe y amor de Dios que lo justifican su vida de abnegación y obediencia con una caridad que no la oí nunca ni una palabra ni niñería que desdiga de una vocación como la suya. Como V. C. misma tiene observado, según me dice en su carta de hoy, asegurándome esto mismo que le acabo de decir... y ya por las que van profesando se ve el fruto, pues ellas me agradecen la Maestra que les di, que su ejemplo las lleva más que nada a Jesucristo víctima de amor.

El noviciado tendrá sus normas para el buen orden y formación enteramente nueva en el santo Evangelio, y de ahí quiero beban en abundancia el espíritu de humildad, abnegación, obediencia, mortificación y caridad que practicó la Sagrada Familia desde la Encarnación hasta el Cenáculo. Esta es mi M. Consuelo, la voluntad expresa del Corazón divino de Jesús, y en que grabó en mi corazón el dulcísimo Jesús en aquel día feliz y

dichoso del 12 de agosto de 1890. Tenía 11 años cuando al ir [a] visitar el Santísimo Sacramento, único amor de mi corazón y mi alma, durante el recreo me escapé de aquellas alegres fiestas de piano que las pequeñas saltábamos de gozo... pedí permiso a la M. Maestra para ir a ver a Jesús... ¡Quién me diera aquella dicha, qué goce salía del cielo en el antecoro, había un cuadro del Corazón de Jesús que brotaba de la sagrada llaga un raudal de sangre y una llama de fuego, sentí al pasar un dolor dulcísimo como si de aquel Corazón viniese una saeta de fuego que me privaba de la vida!... Quise subir a poner mis labios en aquella fuente divina y no alcanzaba, una mano delicadísima como de la Madre María Santísima me subió al costado de Jesús a beber aquel néctar dulcísimo que me perdí y quedé muchos días como fuera de mí, dejome en aquella divina Llagá del Corazón divino como palomita en su nido. ¡Oh Jesús dulcísimo, once años tenía y 6 meses cuando me subiste al cielo de vuestro Corazón adorable y os desposasteis conmigo, me llamaste tu esposa y yo os consagré mi vida entera!... Como no volvía en mí... perdida en él... estuve muchos días sin dar cuenta de mí, y aquella santa Maestra de novicias (observadora de mis visitas a Jesús dulcísimo) vino en mi busca cuando me echaban de menos las compañeras, M. Carmen Guervor, de un gran espíritu de oración, alma regaladísima de nuestro Señor, me encontró en el suelo, y creyendo por sus años y enfermedad no podría cogerme, llamó a otra religiosa me llevasen a la enfermería, y cuando me tocó caliente como un ascua y ligera como una pluma encargó no alarmase a las religiosas, que durmiendo despertaría buena, pues había saltado mucho con las niñas de mi edad, y en efecto eran las 11 de la mañana y me levantaron a las 5 de la tarde, no me encontraban nada particular, pero no tenía fuerza. La M. Carmen Guervor conoció por revelación

divina lo que pasó en mi alma, que después me lo dijo ella todo lo que Jesús dulcísimo le manifestó, quería de su pobre sierva y las religiosas creyeron si tomé algún licor de los que había en ese día.

Su pobre sierva que otro día terminaré, si Dios quiere,
Sor Trinidad

+

Lisboa, 15 de agosto de 1941
Lisboa, día de la Asunción y Coronación de nuestra Madre
María a los cielos

M. R. M. Consuelo, Vicaria General y M. Superiora de
Lisboa.

A mis carísimas madres y hermanas, paz y amor en el Corazón amorosísimo de nuestro Salvador y Maestro Jesucristo; presentes y futuras.

Es mi deseo que todas cuantas pertenezcan a esta sagrada familia eucarística seráfica mariana, todas cuantas vivan en nuestras casas, sepan que soy esclava y sierva de nuestra dulcísima Madre María Santísima, y como leí en un librito, la carta de esclavitud de un siervo de Dios muy devoto de nuestra Soberana Madre y Reina, os la copio como hoy la hice en la sagrada Comunión para que vosotras la repitáis cuando sintáis devoción hacerlo: *Renuevo...* Yo sor Trinidad del Purísimo Corazón de María, me vendo y doy voluntariamente por esclava perpetua de la Virgen María nuestra Señora y Madre dulcísima, con donación pura, libre y perfecta de mi persona, voluntad y de toda la Congregación que ella, en sus Dolores santísimos confió por obediencia (de nuestro dignísimo prelado y padre Emmo. Sr. Cardenal Casanova y Marzol, Arzobispo de Granada, el Viernes Santo 10 de abril del año 1925, a nuestro cuidado y dirección). Hoy como aquel día de mi entrega e inmolación

completa a la voluntad de Dios, me consagré al Corazón de Jesús con todas las que conmigo seguían la inspiración del Señor y todas las que después de nosotras sigan la vida de reparación, amor y desagravio en nuestra vida de adoración perpetua, como víctimas de amor. Hacemos donación y entrega de todo nuestro ser, para que la Madre y Reina de cielos y tierra, disponga a su voluntad como verdadera Madre y Señora y Reina mía de mí y de todas sus hijas que conmigo os hacen promesa solemne de humildes *esclavas siervas e hijas fidelísimas* a la santa Iglesia Católica Apostólica Romana que por Jesucristo nuestro Señor nos dirige y gobierna para su gloria.

Somos discípulas de la Soberana Reina de cielos y tierra, nuestra Superiora y Madre amantísima que tanto nos ama e intercede por nosotras sus esclavas y siervas. Y con este *espíritu de fe*, es el que sostiene nuestras almas a seguir trabajando con entusiasmo en la Congregación que el Señor me confió por verla siempre dentro del Corazón Inmaculado de María Santísima y hoy en la santa misa y al terminar la exposición, que quedé en el coro mientras las religiosas desayunaban, parecía que la dulcísima Madre estrechándome en su maternal corazón me llevaba al cielo con todas las religiosas *más unidas y fervorosas a la obra de Dios*, en los pliegues de su manto purísimo iban como ángeles cantándole al par que los coros angélicos que le hacían corte el “Magnificat”, con celestial armonía entraba la Reina de los cielos engalanada... con su nueva Congregación que presentaba a la Santísima Trinidad como obra de su Hijo santísimo, nacida como fruto de sus dolores al pie de la cruz...

¡Nada sé decir del amorosísimo recibimiento con que fui recibidas en el cielo!... y las bendiciones con que la Santísima Trinidad daba a las presentes y futuras hijas de la Reina de cielos y tierra, que nosotras correspondíamos con el “Ave

maris stella”, repitiendo en cada estrofa “Monstra te esse Matrem”.

¡Oh Jesús mío dulcísimo que todas sepamos seros fieles y corresponder a tan grandes misericordias que por vuestra Madre Santísima nos mostrasteis en este día de tan admirable amor y misericordia. ¡Que os amemos en el sacrificio hasta morir trabajando y orando con amor por acercaros las almas a la santa Eucaristía, que *por vos*, en quien esperamos daros reparación y amor, vivamos unidas a vos, mi Dueño divino Señor y Padre amorosísimo Salvador nuestro.

Sor Trinidad. En nombre de todas vuestras humildes esclavas del Corazón Purísimo de María. Amén.

31 de octubre, primer aniversario de nuestra aprobación
1942-1943

Mis reverendas madres y hermanas carísimas de nuestra amada Congregación en Portugal y en España. ¡Paz, amor y gracia, en buena salud y espíritu de sacrificio, desea a todas vuestras caridades, presentes y futuras, vuestra pobre madre y sierva en J. C.

Carísimas madre y hermanas: Cada día me acerco mas al fin, y mis enfermedades son la mayor misericordia del Señor... Cura unas y me da otras, lo especial de esta predilección del Corazón de Jesús es tenerme en su cruz unida a su Corazón santísimo con el de su Madre María Santísima, para ofrecermé con todas mis amadas hijas en reparación y amor.

Es tan hermoso ese acicate que al oído del alma avisa, ¡voy a morir!... El cuerpo a veces se siente cadáver sostenido por una gracia de Dios... ¡Voy a morir!, me dice este cuerpo cargado de años y enfermedades, pero el alma despierta, y ansiosa llegue el Esposo, se prepara... *Se prepara, sí...* Horas de oración durante la noche. ¿Cuándo amanecerá el día? Pues aunque amaneciese en la eternidad, no me fui de repente, no, que cada día, cada noche y cada hora la espero hace muchos años... que no vivo sin dolores.

Tan misericordiosísimo es Jesús Divino que da a mi alma, por solo su amor y misericordia, *una fe... un atractivo tan fuerte*, que no puedo separarme de su adorable presencia, que le veo en todas las cosas prósperas o adversas, siempre le siento

dentro de mí, conmigo en el dolor y en el gozo, y me explico aquel “vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí” de san Pablo, de mi padre san Francisco, que comprende mejor que nadie mi pobreza y miserias con una cantidad de fuego que me inutiliza, para otros trabajos. (Esto ya es demás).

Carísimas, vine a pedir a vuestras reverencias, mis amadas madres, que las que el Señor nos llamó para su Obra, entremos de lleno en ella y con la *ley sellada* con la aprobación de la santa Iglesia en las nuevas *Constituciones*, las estudiemos, *punto por punto, las cumplamos y las hagamos cumplir con espíritu de fe y de amor* fiel hasta la muerte.

En Asís el año 35, hace 8 años, el día 21 de noviembre, delante de la seráfica Madre, al pie del altar mayor, 3 horas de súplica y con lágrimas le pedía nos alcanzase del Señor de darnos a conocer su voluntad santísima, pues me sentía sin alientos para seguir. Allí hubiese quedado ya, me sentía morir... y esperaba quedar en aquel bendito santuario, y renovando con todo el fervor de mi alma los votos solemnes *de esclavitud perpetua*, y porque me hallaba indigna de tan singular gracia y merced, rogué al santo Ángel de mi Guarda, nuestro patrono y padre san José, el seráfico padres san Francisco, madre santa Clara, san Ignacio y san Estanislao, patrono de mi niñez, los gloriosísimos apóstoles san Pedro y san Pablo, mi glorioso Santiago Apóstol, intercedieran por mí en aquellos momentos que deseaba morir antes de ir en contra de lo que creo o me parece será hacía 45 años que en aquel día y aquella hora recibí su santo hábito por el P. Francisco de Benamejí ex-Provincial de padres Capuchinos, primer Guardián del convento de Granada, y que con tanto amor mi Madre María Santísima quiso favorecerme con singular amor en su Presentación al Templo.

Tanta fuerza hizo la seráfica madre santa Clara que oí una voz dulcísima en el fondo del alma que me curó las enfermedades que allí llevaba y las agonías del alma y, como si la seráfica Madre se levantara de su urna, sentí que me abrazaba estrechamente y me decía: "Hija mía, os bendigo y felicito que siguiendo aquel aviso y bendición del glorioso padre nuestro san Francisco el 11 de abril del año 25, que alentándoos en el sacrificio que ofrecíais al Señor al dejar el convento de Granada para abrirle a Jesús Sacramentado la primera casa de adoración os bendecía, diciéndoos: "¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!" Amarle sacrificándoos por acercarle almas que le conozcan y amen. Este, el amor que Jesucristo en la sagrada Eucaristía os pide. Adorarle en espíritu y en verdad y darle almas... Esto es amarle buscar las almas que no le conocen y librarlas del pecado antes de ofenderle, conservar el espíritu de humildad y sencillez en la santa pobreza y caridad que os dejó en la Regla, y sujetas siempre a la santa Iglesia Católica Romana cumpliréis fielmente los santos votos al Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo Señor nuestro, en sus prelados iréis seguras que cumplís mi voluntad de ganarle almas y encendéis el fuego de la caridad en sus almas tan apartadas de Dios por las malas doctrinas que los enemigos de Dios nuestro Señor esparcen por todo el mundo. Ahora vosotras, con el fuego de la Eucaristía prender el fuego de la caridad en los niños para que formen familias cristianas que renueven la fe y amor a Jesucristo nuestro Señor y a su Madre María Santísima.

Aquellas horas desde las 12 que llegamos hasta las 5 que teníamos que tomar el tren las pasé en aquella Iglesia de Asís, unos ratos de rodillas en las gradas del presbiterio delante del Sagrario y viendo por la rejita que en las gradas tenía la urna bajo el altar mayor (que se veía cómo aquel sagrado cuerpo,

como relicario, contenía las sagradas y virginales reliquias de tan grande alma que al través de tantos siglos vive en sus hijas el amor seráfico y eucarístico de Jesús Eucaristía.

Entonces comprendí con más claridad que Jesús dulcísimo nos quería víctimas de amor y reparación en aquella transformación de vida que aún no conocía. Fui el débil instrumento que escogió Jesús para hacer lo que él quería *hacerlo todo, solamente él*. Cuando nosotras delineábamos... *su dedo divino escribía lo contrario*; queríamos seguir su voluntad santísima en adorarle día y noche con más penitencia y austeridad, con mayor retiro de criaturas, con estrecha clausura, con más vida de contemplación y retiro; y Jesucristo Sacramentado nos sostuvo en el tabor los 6 ó 7 primeros años... y vino la Revolución a echarnos de nuestros conventos y de nuestra Patria... para que entendiésemos su voluntad santísima manifestada por los hechos y por los prelados en Roma... y tan torpe que insistía hasta que el buenísimo P. Esteban Marcos me mandó Asís, y allí se descubrió el velo, y me ofrecí a beber el cáliz que Jesús dulcísimo me ofrecía y con *un fiat* arrancado del alma le dije: "¡Hágase, Señor y Dios mío como vos queréis de mí y de todas las hijas que fieles me siguen hasta darnos todas por entero a vos *sin reservarnos nada. Haced de nosotras como queráis; nos ofrecemos sin condiciones a vos para siempre.*

Muchas veces de palabra y por escrito me oyeron esto mismo, mis carísimas madres y hermanas, pero cuando me creo próxima a morir, y os veo deseosas de sacrificaros y hacer una vida espiritual todo lo más unidas a Dios y en la sagrada Eucaristía, tan fervorosas y ansiosas de adorarle en medio de los innumerables trabajos que en todas las casas nos rodean, me quisiera multiplicar y llegar a cada casa donde me llamáis con tanta insistencia y bondad, sin merecerlo, pues no encontraréis

conmigo mas que un medio de practicar la caridad, ¡que tanto os premiará el Señor!

Como no me es posible llegar a todas las casas, como me piden vuestras reverencias y caridades, aprovecho algunos ratillos libres para repetiros las mismas cosas que siempre os digo de corazón de madre porque del Señor es el grande amor que siento a todas y cada una de las que siguieron esta vocación, las llevo en mi alma como si el mismo Corazón dulcísimo de Jesús me las diese para deciros lo que quiere de nosotras.

Jesús dulcísimo, desde su Trono de amor, atraía mi corazón y mi alma a la sagrada Eucaristía con una fuerza irresistible y permanecía en su adorable presencia como la lamparilla que ardía día y noche delante de su sagrario. Casi sin luz y sin palabras muchas veces, como un palo seco, permanecía allí con una fe vivísima que el Señor estaba allí realmente oculto, como está en el cielo y me unía a los ángeles y serafines que le adora en el cielo.

Muchas veces que me escapaba del colegio para visitar a Jesús y me buscaba la madre Maestra, me preguntaba: ¿Qué esperas aquí tanto tiempo? Ver a Jesús que me llama a visitarle. ¿Lo ves tú? No lo veo pero sé que está ahí, y me oye cuando le llamo: y me mandaba salir, obedecía y hacía con todas el estudio y orden de labores, pero dentro del alma ardía un amor tan intenso e íntimo que creía sentían todas las niñas igual. ¿No vais a visitar a Jesús?, les decía a las compañeras más íntimas. Mi hermanita me decía: “Tú, Mercedes, no tienes amores, ¿no quieres a ningún primo o amigo?, y cuando te ven venir cambian la conversación o rezan; ¿qué quieres tú les diga yo de tu parte? Te quieren y gustan de estar contigo, pero querrían que les hablases tú de amores...” Diles que no conozco amores mas que al Niño Jesús, ¡es tan hermoso! ¿Lo ves tú? Sí lo veo por-

que creo firmemente está como está en el cielo, y sé que si le doy gusto y no pecho, me dejarán recibirlo todos los días como los domingos que me siento en el cielo... Y ella tan pequeña llena de candor me dice: ellas no lo entienden, porque como no las enseñó la abuelita como a ti; yo tampoco lo veo como tú, aunque rezo y le quiero mucho.

Creo que yo no lo veía con los ojos del cuerpo, lo veía con los ojos de la fe... y como mi abuela hablaba tanto de Dios con Antolín, tan santo siendo niño, como cuando murió (P. Hitos), fuimos los dos nietos que la abuela nos tenía con ella, y en aquel fuego prepararon mi alma para la sagrada Comunión, después en el colegio, y en las capuchinas de San Antón donde crecí en amor a la sagrada Eucaristía...

Ya pasaron más de 60 años, 50 de vida religiosa, y vivimos aún con el ansia de aprovechar lo que me queda de vida en pediros que una vez que la santa Iglesia, por sus prelados nos mandó escribir un Reglamento o Constituciones, estudiado por tantos santos padres y venerables prelados en los 20 años que llevamos en este molde que Jesús dulcísimo formó en la cruz, encomendándonos a su Madre Santísima para que como Madre y Maestra nos formase según los designios de su voluntad santísima, cortando cuanto había en mi alma de inclinación y amor a la vida retirada y penitente, dándonos una vocación tan especialmente suya eucarística y verdaderamente apostólica, que es difundir y prender este fuego de amor divino en las almas de los pequeñitos, de las niñas abandonadas y pobres, gratuitamente educarlas en Cristo Señor nuestro, estas almitas que formarán las familias de mañana y atraerán el reinado de Jesucristo en las familias en la sociedad y en el mundo entero.

Cuando consultaba a mis padres o directores la sed ardiente que me consumía de morir en un acto de amor siendo pequeñi-

ta en el martirio, de niña soñaba en el desierto y en vivir lejos de los peligros; mayorcita, ya pedía la trapa; religiosa capuchina no anhelaba mas que hacer penitencia y vivir en una tribuna de la iglesia; siendo abadesa, perforé el muro de tribuna que daba al sagrario donde el Señor me hizo muy grandes mercedes y formó mi corazón de víctima para padecer por su amor en la cruz, y desde entonces sentía *internamente* la voz de Jesús dulcísimo que me pedía almas... ¡Cuántas veces muerto en brazos de su Purísima Madre al pie de la cruz, sentía que la divina Madre María Santísima en sus Angustias dejaba caer sobre mi corazón el cuerpo ensangrentado de Jesús y daba a beber en su divino costado su gracia y su amor que encendía en mi corazón su divino fuego que me pedía: “¡Dame almas... muchas almas que me adoren!” No entendía el misterio y aumentaba mis penitencias y mortificaciones por los misioneros, y pedía la conversión de los pecadores, y lo encomendaba a las religiosas pidieran y yo no descansaba... Cuanta más oración hacía con más intensidad oía la voz dulcísima de Jesús: “¡dame almas, tengo sed de almas!...”

Entonces repartían los niños de la guerra europea y preparé unos derribos para pedir 50 niños y formarlos para Dios y entonces me hicieron desistir, que no me lo concederían nunca; y aumenté mis oraciones y limosnas para las misiones que entonces el capellán D. Víctor Ruiz Casas, me alentaba mucho a las misiones. Al venir de Arzobispo de Granada, D. Vicente Casanova y Marzol (después Cardenal), le abrí mi alma, le di cuenta de mis deseos de dar a Jesús muchas almas que le adoren y me dijo: “Esa vocación es de Dios y yo le ayudaré a V. Ahora a orar mucho y escríbame V. unas Constituciones o Estatutos que después le servirán de Regla o Constituciones y mándelas V. a mí.

Hice unos santos ejercicios a este fin, y durante ellos rezaba y oraba al Señor me diese luz, pues no podía hacer ese Regla-

mento y le consulté si le parecía hiciese una adición a nuestras antiguas Constituciones que gustaba tanto de ellas. Me contestó, viniendo S. E. R. en persona, tan paternal y bondadoso: me insistió no mezclase lo nuevo que Dios me pedía, con lo antiguo, que hiciese unas Constituciones o Estatutos, que después nos sirviesen de Constituciones, y que a ese efecto nos daría una ermita de la Virgen de los Dolores que le llamaban (del Pincho) y que hacía muchos milagros y allí empezásemos la vida de adoración y ensayásemos los planes de Dios, para lo que él sentía impulsado y quería ser él, el que me ayudase; que no metiese a ningún padre, ni consultase a ninguno la forma de vida; que escribiese yo sola lo que sentía y Dios me daba a sentir, y él daría a consultarlo con otros prelados de la santa Iglesia (y no metiese al P. D. J., que aunque muy santo, querría meternos la Obra del P. F. de la D. J. que él no gustaba nada, y querría pidiese al Señor le sacase al P. D. J. de la cabeza la D. J.

Me sometí a su obediencia y desde aquel momento me sometí a su obediencia, pareciéndome ver clara la voluntad del Señor en aquel santo Prelado, con quien traté espiritualmente de mis deseos por el año que vino a Granada, siendo párroco de Madrid, con un encargo del Sr. Obispo de Madrid D. José Salvador Barrera, que nos enviaba una visita y nos dijo la santa misa, y desde entonces conservó la memoria de aquella pequeña secretaria de la R. M. Amalia del Pilar, Abadesa (de San Antón) Capuchinas de Granada en 1906.

El año 22, después le envié con D. Víctor Ruiz, capellán, las Constituciones o Manual que hoy tenemos aprobado, después de hacérmelo *escribir por obediencia tres veces* pues decía se le perdían entre sus papeles, y mi apuro era que nunca dejé copia por falta de tiempo y porque me encargaba no lo comunicara a ninguna religiosa, que ya él vería de corregir o quitar.

Cuando volvió a San Antón, después de concedidas las peticiones, para la fundación en Chauchina le propuse renunciar al cargo de Abadesa, pero varias religiosas del Consejo le rogaron, no aceptase la renuncia hasta el día de salir, pero yo le pedí humildemente diese el cargo a M. Vicaria, pues no podía continuar en aquellos momentos de tantas amarguras, que no creí soportar el dolor de dejarme aquella comunidad que amaba como a madre cariñosa y santa, que con tanto amor correspondió al amor que el Señor me hacía sentir hacia tan santas religiosas.

El 10 de abril, Viernes Santo, por la mañana vino D. Ricardo Pérez Reche de parte de S. E. R. a leernos el Decreto de Fundación que tenía recibido S. E. R. pero que no pensaba hasta fines de año que marchásemos a la Fundación, que comprendía la situación de amargura en que se encontraban todas y la casa tenía local suficiente terminado para habitar las religiosas y ellas pedían dirigir el resto que quedaba según nuestros deseos.

Pero que no se podía insistir, únicamente si la señora que hospedaba a Monseñor que traía de Roma el birrete cardenalicio se lo pidiese que nos llevase ella. Como mi costumbre, me fui al pie de la imagen de Nuestra Señora de los Dolores que estaba en el coro alto en un altar, y arrodillada a sus pies le pedía me inspirase la forma de escribirle aquella señora (que yo conocía mucho), pero no acertaba qué decir y mi dulcísima Madre con su mirada divina encendía mi corazón y llenaba de luz mi alma tanto tiempo en tinieblas y me dijo: "Hija mía, ¿por qué sufres? Soy tu madre y contigo estaré donde quiera que vayas. Escribe al Sr. Cardenal, no mezcles recomendaciones humanas en las obras divinas que mi Hijo santísimo te encomienda y confía a mi Corazón maternal, dile de mi parte: quiero que os lleve a mi ermita en unión y memoria de las Marías que llegaron de madrugada al sepulcro y le recibáis Sacramen-

tado la primera santa misa en el primer día que le ofrezcáis vuestras adoraciones y os ofrezcáis con mi Hijo santísimo al Eterno Padre como víctimas de reparación y desagravio, cooperando al apostolado de las almas de los niños hasta la Primera Comunión y encendáis con el fuego de la sagrada Eucaristía las almas de las niñas abandonadas, formando en cada niña el corazón cristiano que atraerá el reinado del Corazón divino de mi Hijo santísimo y él os hará corredentoras con mi Corazón Inmaculado para salvar lo perdido... y con caridad y humildad unidas a Jesucristo, atraeréis al mundo la verdad del Evangelio".

Llena de un entusiasmo que no sentí nunca, me levanté radiante de fuego como si bajase del Sinaí... con las tablas de la ley en mi corazón esculpidas con el dedo de la Madre de Dios, mi Madre María Santísima. Me esperaba la tornera con unos encargos, y me dijo: "¿Qué tiene Madre?, parece tiene fuego en la cara, ¿será alguna congestión?, no baje". Se acababan los Oficios del Viernes Santo y no podía atender a los Sres. Magistrados como todos los años, y lo encargué a M. Vicaria... y me retiré al coro bajo junto al sagrario a que Jesús muerto, me diese vida y fortaleza. Escribí al Sr. Cardenal cuanto había pasado por mi alma y le llevaron la carta cuando estaba comiendo, cerca de las 3 de la tarde.

Después supe por D. Ricardo Pérez Reche, que lo tenía convidado a la mesa, que S. E. R. después de la comida leyó la carta emocionado y les dijo: Esta tarde a las 5 me preparan el coche y vamos a las Capuchinas de San Antón, pues creo es obra de Dios, muy de su gloria la fundación de Chauchina y mañana a las 4 saldrán las monjas y V., D. Ricardo, las acompañará, les dirá la santa misa, y les prepara la despensa a mi cuenta, *para dos meses*. Y V. cuide no les falte lo necesario, y ten-

gan todo cuanto necesiten hasta que se establezcan, y me da cuenta de todo.

Allí fue para aquella Comunidad hasta entonces unida y fervorosa *un explosivo*. Las mayores con grande humildad y lágrimas le pedían llevasen las religiosas que eligiesen, pero nunca se llevasen la Madre que amaban en el Señor. ¡Qué amargas horas se pasaron desde la tarde del Viernes Santo a las 4 de la tarde del Sábado Santo que salíamos en automóvil las 12 religiosas que habían pedido acompañarnos!... ¡*Cuántas lágrimas* y quejas oía de todas al salir! Qué *dolor sentía mi alma* al despedirme de aquellas hijas tan amadas y tan fieles, que tenían que sacrificar por obediencia al Sr. Arzobispo, Cardenal Casanova, que tomó la fundación como suya y creía, podía darles yo, que sólo el amor de Dios me fortalecía para salir a los 33 años de aquella santa casa, que fue mi escuela y donde me consagré al Señor y recibí tantas pruebas de ternura y bondad del Corazón eucarístico de Jesús. Me hacía sentir el Señor un amor tan fuerte como la muerte y querría el martirio antes que salir de allí. Si el mismo Señor no me hubiese mostrado su voluntad santísima tantas veces, que los confesores me amenazaban con los castigos del Señor si por cobardía me negase aquel sacrificio enorme que se imponía por el Prelado... Yo veía sólo qué dejaba de paz y consuelos espirituales en todos sentidos... y por otra parte la pasión que me esperaba cómo aquellos más amigos y fieles desconfiados que no me quedaba, para obligarme más, aumentaban sus quejas... si no fuese Madre y Madre tan querida, lo sufriríamos, pero que siendo nuestra Madre a quien tanto amamos (nos decían las ancianas, madres Filomena, Mercedes, Soledad, etc... El corazón me lo cogió la Santísima Virgen mi dulcísima Madre María Santísima de los Dolores al despedirme de ella con muchas lágrimas el Viernes Santo y pedirle

me diese valor para el sacrificio de salir (que prefería la muerte antes de separarme de su sagrada Imagen que tan singulares favores había el Señor dado por su milagrosa Imagen a mi alma en los principios de mi vocación.

Aquella noche del Viernes Santo la Purísima Madre María Santísima "me pidió el corazón para ofrecerlo con el suyo Purísimo a su santísimo Hijo, que me quería esclava de su amor sacramentado, que víctima con él en la Hostia santa le ofreciésemos sacrificios de reparación y desagravio, consagradas a su amor sacramentado, y en darle almas abandonadas y pobres, en quien quería derramar los tesoros y riquezas infinitas de amor y misericordia sobre el mundo para reinar en todos los pueblos de la tierra".

¡Oh!, cómo querría poderles expresar de alguna manera las misericordias que nos ofrece el Corazón eucarístico de Jesús por su divina Madre, María Santísima, para ser como lo fueron sus discípulos después de recibido el Espíritu Santo bajo el amparo y dirección de su Santísima Madre, *Madre nuestra*.

Termino ya esta carta que empecé, y se ha convertido en historia, con el deseo ardiente que hagáis vosotras con Jesús eucaristía lo que yo no fui capaz, de llenar su misión altísima de reparación y amor, acercándole las almas abandonadas de los niños pobres que no conocen a Dios... y que le amen todas las almas y le adoren en el Santísimo Sacramento, que él será nuestra gloria y recompensa en el cielo.

Ruégoos, carísimas hermanas y madres mías en nuestra Madre María Santísima, viváis siempre en humildad y pobreza, sujetas a la santa obediencia con alegría del alma, con la fe cierta que vivimos cumpliendo la voluntad del Señor, que debe ser nuestro ideal hacer en todo su voluntad santísima sin réplica ni quejas ni murmuración, que nos hace la vida insoportable

cuando el amor propio se pone como un velo que nos oculta al Señor. Así, no viendo a Dios nuestro Señor no daremos paso en la perfección. Con Dios nada se nos hace duro ni pesado, pues él ya nos dijo: “Mi yugo es suave y mi carga ligera...”

Hijas mías, la santidad exige combates y luchas, como dice un santo padre: “La virtud es una planta tomada en el Calvario, que Jesús nos confía para que la cultivemos con sangre y lágrimas. Su fuerza está en las raíces que penetran el suelo del alma. Cuando por tibieza se deja descubierta la raíz por pereza o hastío, la planta muere”. ¡Qué verdad tan bien expresada y que viene a nosotras como anillo al dedo. Cuando decimos de todo para disculpar nuestra desidia y pereza en la oración, Oficio divino, mortificaciones, que perdemos tantas ocasiones de merecer y consolar el Corazón eucarístico que quedó con nosotras para fortalecer nuestra fe, aumentar el amor y consolarle por los que le ofenden y olvidan. Si él no nos hubiese pedido tantas veces y tan distintas ocasiones el acercarle almas, como pidió al Bautista preparase sus caminos por la oración y penitencia, nadie de la vida me hubiese movido de mi desierto de penitencia donde me consideraré feliz desde el momento de mi ingreso.

Pero allí, con todas las exigencias de una vida de penitencias, abstracción y clausura, no encontré violencias. Aquella Regla bendita fue el molde donde me encontraba en la tierra como en el cielo... Todo me ayudaba amar a Dios con toda intensidad, los trabajos y pobreza eran alas para remontarme al cielo, pues la tierra no la miraba.

Ahora, desde que salí del desierto para subir al calvario...: pasé por esta babilonia como el que huye del fuego para no abrasarse... y comprendí que misericordiosamente me atrajo Jesucristo a padecer con él en Jerusalén su pasión para *salvarle almas*. Las almas de los pequeños, infundiendo en sus inteli-

gencias y en su corazón el temor de Dios, y *su santa Ley*, por medio del Pan Eucarístico, pan de vida para los débiles.

Un día en la iglesia de san José en Gibraltar oraba llena de fe y confianza contra toda humana esperanza en los hombres... ¡Me sentí tan abandonada y sola para rescatar mis 10 monjitas que llevaban dos años entre los rojos!... Una pena interior de muchos meses reprimida se soltó en aquel día... y el fervoroso párroco, con quien me confesé, me alentaba al martirio más pequeño que el que llevaba en el alma. Y al recibirle en la sagrada Comunión, Jesús se mostró como entraba en el Cenáculo después de resucitado: “¡La paz os doy!... ¿Esperabas tu dos cielos? No sabías que para entrar conmigo resucitado en el cielo tendrías que padecer conmigo la pasión y muerte, que como cooperadora, con mi Madre María Santísima, tendrías que padecer y morir por la salvación de las almas, corredentoras de este apostolado que escogí en estos momentos que me echan de tantos corazones que fueron mis amigos... y colmé de beneficios... y me persiguen y me odian... En vosotras os escogí para recoger las almas de los niños y traerlos a mi mesa que yo les alimentaré con mi cuerpo y sangre... y atraeré a mi Corazón esos pequeños que preparen mi Reinado en el mundo...”

Allí quedé llena de Dios, pues una luz clarísima que disipaba mis tinieblas me mostró el camino de sus pequeñas esclavillas, víctimas de reparación y amor. ¡Oh Dios mío!, desde entonces comprendí que aquellos 40 años de vida de clausura, en la más rigurosa observancia, viví a satisfacción y mi corazón y mi alma se llenaban de Dios con el ejemplo de aquellas santas religiosas y nada se me hacía amargo ni penoso, me engolosiné con el Señor en sus bodegas... gusté a satisfacción de sus vinos y no cambiara mi dicha solo por el cielo que continuaba mi gloria... Tenía que dejar como él la gloria de su Padre

+

Festividad de Cristo Rey, 31 de octubre del año 1942
Laveira. Caxias. (Portugal)

M. R. M. Superiora y Madre Maestra del Noviciado de Braga.

Mis reverendas madres y muy amadas hermanas en Jesucristo vida de nuestras almas. El espíritu de amor y de fe que recibí en mis primeros pasos de mi vida religiosa del Corazón de mi dulcísima Madre de los Dolores María Santísima es el que hoy me sostiene y anima a seguir trabajando con todo el ardor de mi alma en la Obra que el Señor me confió y que acaba de aprobarnos la santa Iglesia "ad experimentum por siete años". Y en el Corazón dulcísimo de Jesús por el Inmaculado de su Madre Santísima, espero que quedará en definitivo aprobada la Obra tan combatida por el demonio como amada es de Jesús. Ahora todas debemos trabajar por conocerla más y más, y que todas la conozcan y amen, y con tanto más ardor cuantos mayores sacrificios me cuesta. ¡Adelante!, pues, hijas mías... ¡Adelante, cueste lo que costare! Dios nuestro Señor va delante de nosotras, y *está con nosotras*.

El sigue nuestros pasos, y escribe en su divino Corazón nuestros sacrificios, ve nuestro corazón, y cuanto trabajamos por servirle y va ordenando todo, del modo que redunde a su mayor gloria. Este es el deseo ardiente de mi corazón y de mi alma de toda mi vida, y en él descanso tranquila, viviendo abandonada en sus brazos amorosísimos. ¡Oh con qué amor me arrojo en su

adorable Corazón, cuando tan amoroso me abre aquella puerta divina de su sagrado costado, donde me da a beber con tanto amor ese agua divina que sacia la sed ardiente de darle muchos corazones que le amen y muchas almas que conociéndole le adoren en el Santísimo Sacramento en espíritu y en verdad!... Vivo toda abandonada en él sin que nadie sino él sepa las amarguras inmensas que por su amor y por las almas he bebido a grandes sorbos cuando me ofreció este cáliz... que bebí. Por su amor él desde la cruz me enseñó a beber con él las hieles que le ofrecieron. Cuando yo buscaba un asilo donde nos separásemos completamente del mundo, renunciando aun las comunicaciones de parientes y amigos, para consagrarnos exclusivamente a la adoración perpetua de Jesús Sacramentado en espíritu y en verdad, veinte años esperando la aprobación, hoy recibí un telegrama de Roma: "Firmada aprobación".

Esta fue la vocación de toda mi vida, mi único ideal ¡Dios y mi alma! y cuando daba a la Madre Maestra de Novicias cuenta de mis tentaciones y luchas, si podría o no con las asperezas y rigores de aquella vida... le decía abriéndole mi alma con ingenuidad: "¡Todo lo hará el Señor!"... Y con esa fe llevé las pruebas de tres años sin darme el hábito!... No me siento enferma, trabajo con alegría y veo a Jesús salir a mi encuentro y me ayuda a lo más difícil, otras veces la Virgen Santísima me da su mano, y me enjuga el sudor en los trabajos más penosos, de lavar, tomar grandes pesos sola, ¡y repicar las campanas! *sola* cuando no encontraba mas que ancianitas y enfermas... La campana necesitaba a tres o dos con mucha fuerza para tocar en las primeras y segundas clases, y cuando me colgaba del cordel no podía volver la campana, rezaba a la Santísima Virgen cuando me veía colgada casi a dos o tres metros de altura, y en el momento se me volvía la campana sin esfuerzo alguno... Cuando

en los más crudos trabajos me encontraba sola para trasladar pesos que sin una compañera imposible moverla, el Ángel de mi Guarda aparecía visiblemente y suplía aquellas compañeras ancianas o enfermas que me miraban trabajar con tantas energías y fuerzas que ellas quedaban admiradas, alabando al Señor, que envía a sus ángeles que me ayudasen. ¡Me sentía tan feliz! y me retiraba todos los momentos libres y en la tribuna, donde nadie me veía, le adoraba con toda mi alma, y le decía: Señor mío, cómo os dignáis favorecerme con este amor tan fuerte, que volaría a la China, a África, al Japón a decir a aquellos hermanos las finezas inexplicables, que vuestro Corazón siente sed ardiente de darles a gozar las dulzuras y deleite que el mundo no conoce, los tesoros de amor que derrocháis a los que os aman...

Volvía a cumplir con las obediencias alegremente por *su amor*, todo me sabía a cielo, aun los más humillantes y penosos, me acercaba a la enfermería y las enfermas que me veían deseosas de servirles se avisaban: “Ya está aquí la leoncilla”, por este nombre me conocían. Porque veía en aquellas almas que padecían tanto (y que por el contagio no iba mas que la enfermera y alguna ancianita que la llamaban san Juan de Dios), las dos nos encontrábamos siempre que teníamos que levantarlas o limpiarlas. Y aquella santa madre Francisca de Borja, que muy viejecita sólo podía acompañarme a rezar, tenía más de 70 años, y curaba las úlceras cancerosas de unas y le ayudaba a limpiarlas levantarlas en peso, teniéndolas en mis brazos mientras le mudaban o vestía de limpio, y eran tan santas que no me pesaban nada... pues yo era flaquita por naturaleza. Pero el amor que el Señor encendía en mi corazón y en mi alma por su amor, era terrible de atrevida. Y él me salvó con tanto amor, que cuando iba a recibirle en la sagrada Comunión y sentía en mi corazón

los latidos de aquel Corazón divino... le preguntaba: ¡Señor mío y Dios mío!, te vienes todo a mí miserabilísima y ruin como si no tuvieses más corazón que el mío, te das todo a mí, *¿a mí?*, ¡Jesús mío!, *andrajosa y manchada*. Tú Señor purísimo, poderoso, omnipotente te rebajas a este corazón tan ruin!... Y sentía como si me dijese: “¡Te crié pobre, miserable y llena de imperfección porque te quería formar una esposa perfecta donde encontrase descanso mi Corazón dándome muchos hijos!...”

¡Oh Jesús mío dulcísimo! Me pedíais os reuniera y acercara las hijas.

Sufría, ¿cómo me pedía desde el principio hijas? y ahora a la vejez cargada de años y enfermedades voy conociendo los hijos que me pedía el Señor. ¡Almas redimidas con su preciosa Sangre que no le conocen ni le aman! La mayoría de los pueblos le odian y persiguen, y ahora por su Madre Santísima me muestra su voluntad Santísima en la aprobación de este nuevo Instituto como *Congregación mixta*. Adoración al Santísimo Sacramento en espíritu y en verdad, y recojas por su amor los niños abandonados y pobres y prepararlos a la sagrada Comunión grabando en sus almas la verdadera doctrina católica que ha de salvar al mundo.

Si trabajamos con fe, nuestra Congregación será un nuevo apostolado que su Madre Santísima nos comunicará el amor y fe que Jesucristo quiere que seamos a ejemplo de los apóstoles y los sesenta y dos discípulos. Nos ha guiado a su cenáculo paso a paso con un misterio que guardaba en su Corazón divino y que no veíamos en la unión íntima que nos venía pidiendo *tantos años*, en la adoración perpetua en el Santísimo Sacramento, otra cosa que la contemplación más perfecta de la vida religiosa y con esa ilusión trabajábamos ofreciéndole sacrificios, que no para expresarlos... y al aprobarnos la santa Iglesia

las sagradas Constituciones aparece en medio de nosotras como si dijera... y nos da su ley, cortándonos todos nuestros planes y nos muestra su divina voluntad: quiere víctimas de reparación y amor... y nos pide encendamos el fuego de amor que él nos comunicará en la vida y horas de adoración junto a su santo tabernáculo; recibiremos el don de su caridad perfecta y santa, para que nosotras repartamos y demos a las almas de los niños, sellando con nuestros sacrificios su amor en las alma antes que el pecado endurezca sus corazones.

Esta es, hijas de mi alma, la labor de Jesucristo al formarnos de la nada, y llamarnos a la vida de penitencia que vivimos escondidas casi 40 años en su divino servicio... y que entre relámpagos y truenos de grandes contradicciones nos muestra hoy su ley.

Aquí, en esta tribuna donde llevo más de un año enferma, velándole Sacramentado, con su Madre Santísima de los Dolores en su camarín, ¡tan hermosa!, yo [a] oscuras y sin ruido humano, parece que oigo la voz de Jesús dulcísimo... (Operan a una religiosa joven de grandes virtudes... muere otra santa religiosa, sor Dolores, q.e.p.d., que parecía ser una esperanza), dificultades insuperables... para cumplir los deseos que en esta fundación nos recomienda el Sr. Patriarca por el Sr. Obispo de Nampula, nuestro P. D. Teófilo, insigne bienhechor nuestro, y cuando menos alientos ni esperanzas humanas (ni condiciones divinas) pues desolado el espíritu, sin más luz ni guía que la fe... me preparaba a morir. ¡me llegó lo que tantos años esperaba!: “Hoy se ha firmado la aprobación” (P. Esteban Marcos. Roma).

Pues así es. ¿Ven ya, mis reverendas madres y hijas carísimas, las obras del Señor?... Cuando ni lo esperábamos ni sentía ilusión mas que de morir en la cruz, “*Consumatum est*”, les decía

muchísimas veces, creía haber terminado mi vida, el Señor me da una nueva Ley que destruye completamente mis planes: y siento que él me dice ese “*Ego sum*” que me obliga a decirle ¡Señor, *hágase como vos queráis!* Fiat.

Siento en el alma que nuestro Dios y Señor quiere seamos tuyas como los Apóstoles, sin otro fin que como ellos, *servirle y seguirle... imitándoles*, siguiendo sus ejemplos santísimos, dándole todo nuestro amor y nuestra voluntad, todo lo que tenemos y somos... ¡nunca nos podremos separar del Señor! Si lo tenemos solemnemente expuesto, y le acompañamos día y noche, pues sin la Eucaristía el Instituto no tendría razón de ser, pues su fin desaparecería, y el hermoso privilegio que nos fue concedido de adorarle en espíritu y en verdad, ¡desapareceríamos! Nosotras no acertamos a entender muchos secretos que solo al pie del altar, en las horas de adoración él nos instruye y comunica los secretos más íntimos de su Corazón amorosísimo, nos enciende en su amor y aumenta en nosotras la fe y valor para arrostrar las mayores dificultades y esas íntimas comunicaciones que en la sagrada Comunión, en la santa misa y en las horas de adoración nos da el celo y valor de los apóstoles para imprimir el fuego de la caridad y de la fe en el corazón e inteligencia de los niños para preparar sus almas para recibir con amor y temor el Cuerpo y alma de nuestro Señor Jesucristo en la sagrada Comunión.

Nosotras, que por profesión y voto solemne somos eucarísticas, debemos predicar a Jesucristo víctima de amor en el Santísimo Sacramento con el ejemplo y con la palabra encender las almas de los niños en el fuego eucarístico. La Eucaristía debe ser para nosotras el centro de vida, y nuestro poder de acción y de apostolado. ¡No experimentamos, hijas mías, cuando adoramos a Jesucristo en el tabernáculo, después de

purificados y preparados con algún sacrificio, una transformación que nos envuelve como los apóstoles en el Tabor! ¡Qué pronto pasa entonces la hora!... Los apóstoles, que le siguieron en la predicación del Evangelio dieron su sangre por confesar a Jesucristo Maestro divino que nos enseñó con el ejemplo y con la palabra. Nosotras, que le adoramos sacramentado recibimos su doctrina y bebemos su Sangre y Cuerpo, que recibimos diariamente en la sagrada Comunión. Pedirle grabe en nuestras almas su amor, y nos haga fieles imitadoras de su Madre María Santísima que nos engendró al pie de la cruz cuando al morir su divino Hijo nos encomendó, especialmente a nosotras, que nos acogió en su Corazón Purísimo, dándonos la prueba de su especial predilección el Viernes Santo en los santos Oficios nos envió el recado, que envió al santo varón que le pidió el Sepulcro para su santísimo Hijo, a nosotras nos envió el Sr. Cardenal aquel Viernes Santo a pedirle nos diese recibirle sacramentado en unión de las fervientes Marías: "Haec [est] dies quam fecit Dominus..."

Ruego con todo el amor que del Corazón dulcísimo de Jesús recibí por nuestra Madre María Santísima, a todas VV. RR. y amadas madres y hermanas presentes y futuras oren mucho y ofrezcan sus penitencias y sacrificios, especialmente las horas de adoración que hagáis en todas las comunidades, y en particular por la perfección y acrecentamiento en las virtudes y santidad de toda la Congregación en cada uno de sus miembros: especialmente por las superiores mayores que sean *santas*, para que con su ejemplo, santo consejo y dirección crezcan en virtudes y santidad cada una de las religiosas, observando fielmente la santa Regla que nos dio su divino eucarístico Corazón cuando nos mostró esta transformación de vida en su Centenario y en Asís.

En muchas ocasiones os lo repetía en los principios de las fundaciones en aquellos años de gloria y de fervor que como en el Tabor gozábamos las dulzuras que por nuestra Madre María Santísima sentíamos, a los clamores del seráfico padre san Francisco que paseándose por nuestra casa con llamas de fuego nos llamaba: "El Amor no es amado, hijas mías, amarle, adorarle y darle gloria..." Nos repitió su visita por muchos días, que vosotras sentíais los efectos del amor divino que nos dejó curadas de aquellos temores y desalientos que sentíamos al desprendernos de las cosas de abajo... y mirando al cielo como los discípulos en el Tabor... quedamos pegadas al Corazón purísimo de la Madre de Dios, nuestra Madre Santísima

Que no pensemos en extendernos más de lo que el Señor se digne manifestarnos por la obediencia, que corta como inspirada por Dios, pero si en la primera casa hubiéramos podido vivir los 20 años que llevamos de existencia: formadas junto a Jesús en el tabernáculo el fruto sería copiosísimo, porque los principios fueron abundantísimos de bendiciones y gracias espirituales... El Señor necesitaba víctimas para no castigarnos como merecían nuestros pecados, y nos escogió a nosotras para expiar y reparar los pecados ocultos, y nos echaron a las religiosas enviándolas a sus familias, ante el temor que fuesen profanadas... Qué dolor sentía mi alma, cada vez que venían las familias veía desaparecer aquel nido eucarístico que nuestra Madre, María Dolorosa, escogió, y aunque consiguió al fin separarlas, dejó morada digna donde pudiesen recogerse las más fervorosas al calor de la santa Eucaristía... lo mismo en Chauchina que en Berja.

Un nuevo arranque nos exigió el Señor buscando lugar de refugio, se multiplicaron las casas antes de tiempo: sin personal formado aún y, como era de esperar, se disipó aquel espíritu

primitivo de fervor que vivíamos unidas indisolublemente con Jesús y María Santísima en la sagrada Eucaristía.

El Señor tenía predilección especial por Portugal y allí nos envió el Emmo. Sr. Cardenal Tedeschini, Nuncio Apostólico en España, que compadecido de nuestra niñez espiritual nos envió a los padres jesuitas españoles en Portugal que cuidasen de nosotras, y ellos nos recomendaron con interés al Sr. Arzobispo Primado, que nos acogió con benevolencia, y pidió la fundación a Roma, que el demonio quiso estorbarla, y que de aquellos trabajos vino el que Portugal nos acogiese con especial cariño, y nos ayudase incluso a pedir la aprobación de nuestras santas Reglas por 7 años ad experimentum, el 31 de octubre de 1942.

Dios nuestro Señor, sea siempre servido, amado y adorado de su familia eucarística de las Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía y Madre de Dios, María Santísima. Amén.

No puedo cerrar esta carta, mis amadas madres y hermanas carísimas, sin repetirle mi ruego de oraciones. Sí, hijas mías, la experiencia de casi 50 años de vida religiosa, pues el Señor al quedar huérfanas de madre, nos llevó mi padre a un convento observantísimo de clarisas para educarnos a mi hermanita de 8 años y yo de 10, el mismo día que los cumplía. Por tanto no viví en el mundo mas que 10 años y 8 meses después en el traslado del colegio al convento de capuchinas de San Antón, estuve 8 meses con mi abuelita, que quiso mi vocación y temiendo enfermarse conseguí el permiso de mi padre después de muchos ruegos me dejase ingresar sola, porque mi hermanita quedó en el colegio dos años más.

Para haceros fuerza y atendáis a mis ruegos recurro a mis 50 años de vida religiosa, con experiencias dulcísimas en los pri-

meros años... De súbdita obedeciendo pasé 15 años de cielo... No encontré dificultades ni violencias ni penas, veía a Dios en mis superiores y en sus brazos descansé dulcemente como el niño en los regazos de su madre... ¡Vino la Prelacia!

¡Oh Dios mío!... ¡Cómo sufría mi corazón! ¡Cuánto sufrí Dios mío!... Pequeña e ignorante, recibí por obediencia aquel cargo... y con él estoy llena de preocupaciones y amarguras, me ofrezco al Corazón eucarístico de Jesús con todas las que me dio el Señor; las llevo al Corazón de la Madre de Jesús para que ella nos lleve a él y nos guarde de caer en pecado... y nos conserve fieles a nuestra vocación hasta la muerte, que seamos admitidas a las bodas del Cordero.

Que éste sea, amadas madres y hijas carísimas, el único ideal de nuestra vocación eucarística. *Pedirle* que nos dé buenisimas vocaciones con ansias y deseos de santidad. Si no es así, yo les rogaría no recibáis a ninguna, que mejor son poquitas y santas, que no muchas sin vocación verdadera y sin espíritu que vendrían a destruir la Congregación que Jesús eucaristía formó para hostias y víctimas que con él y su Madre María Santísima nos ofreciésemos al Eterno Padre en reparación y amor adorándolo en el Santísimo Sacramento del altar.

Así, hijas mías, por las entrañas de amor y caridad de Jesucristo, amor y vida de nuestras almas, orar mucho, para que no se multipliquen las casas, sino las santas que con su ejemplo edifiquen a las demás.

Ya san Francisco de Sales, decía a sus hijos: "Poco, pero bueno". Conocía que las almas escogidas no tienen precio y no se estiman nunca su justo valor, y temía confiar el gobierno de sus monasterios a personas incompetentes; y así decía nuestro santo Padre: La vitalidad de una Orden o Congregación no está en la cantidad y no en el número de sus miem-

bros, “hay que pesar los sujetos y no contarlos”. Y san Ignacio decía: “Si el deseo que mi vida se prolongara preocupase mi mente, sería para redoblar de vigilancia en la selección de sujetos”.

Si así pensaban y aconsejaban los santos padres de la Iglesia, nosotras tan pequeñas y ignorantes cuánto debemos orar y pedir con repetidas súplicas al Señor que nos dé a conocer como a san Francisco de Sales que decía: “más vale que los religiosos crezcan por las raíces de las virtudes que por las ramas de las fundaciones”. Debido a una excesiva y precipitada propagación varios Institutos han perecido. Así pues, vuelvo a repetiros, más vale pocas, pero buenas, y mejor santas si fuese posible. Porque como dice un santo fundador: “No debemos empeñarnos en multiplicar las casas, sino en dotarlas de religiosas santas. Pocas casas, que haya un superior santo al frente de cada una”. Y de este santo fundador refiere un religioso que viendo el desenvolvimiento de su Instituto y rápida propagación, le dijo un día: “¡Qué cosas tan estupendas haría V. Padre, si dispudiese de algunos centenares de miles de pesetas!...” Y el santo fundador le contestó: “¡Hay hermano!, si la Providencia me diera cincuenta buenos religiosos las haríamos más maravillosas aún; no el dinero lo que nos falta, sino buenos sujetos. Una comunidad es siempre sobradamente rica cuando cuenta con religiosos santos y es lo que pido a Dios todos los días”.

Esto es lo que pido al Señor en todas mis oraciones y ofrezco hace muchos años mis horas de insomnio, que ofrezco al Señor como lo que más le agrada para que nos dé religiosas observantes, de buen espíritu y *superioras santas, que deben ser los pilares* que sostengan este santo Instituto, tan de Dios y de su Madre María Santísima

Hagan esta oración diariamente al Señor que yo aprendí de un devoto devocionario y que le pongo lo que me da más devoción.

¡Oh Dios y Señor mío!, que después de apartarnos de las vanidades del siglo, nos estimulas con el premio de la vocación eucarística, descende a nuestros pechos, purifícalos e infunde gracia con que perseveremos junto a ti para que, defendidos con tu protección y auxilio, cumplamos cuanto con tu gracia prometimos, y cumpliendo los deberes de nuestra vocación, consigamos el premio que te has dignado prometer a los que perseveran en tu servicio. Dígnate, benignísimo Jesús por tu santo nombre darme el espíritu de mi Religión, infunde en mi corazón, te lo suplico, tu santo Nombre para que me regale con su dulzura y con su amor, me enardezca hasta morir en ti, Jesús dulcísimo. ¡Oh Dios mío!, que preparas mansiones en el cielo a los que renuncian a este siglo, ensancha con los dones celestiales el corazón de nuestros superiores y hermanos nuestros, para que vivan estrechamente unidos en caridad fraterna, guarden todos tus preceptos, reconozcan con su vida sobria, sencilla y pacífica el don de la vocación que gratis nos concedisteis; concuerde su vida con el nombre de este santo Instituto, respondan nuestras obras a la profesión que hicimos en vuestra real presencia delante del cielo y de la tierra. Hazlo así, oh Santo Espíritu, que con el Padre y su Hijo, nuestro Señor, vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Omnipotente y sempiterno Dios, único que hace obras portentosas: extiende sobre todas las superiores de la Congregación especialmente la R. M. General, tu humildísima sierva y esclava, y sobre la familia eucarística que le habéis encomendado, el espíritu de tu gracia saludable, y derrama sobre todas tus hijas y siervas fidelísimas el rocío de tu bendición, para que

te sirvamos con alegría y en verdad en una continua adoración y acción de gracias. Y a vos, Madre mía Virgen Santísima, te suplicamos que guardes en tu Corazón Inmaculado a todas tus hijas que en esta Congregación eucarística, consagrada a ti por vuestro Hijo santísimo, no perezca nunca en manos de sus enemigos. Sea vuestro maternal Corazón nuestro refugio y amparo en las pruebas de esta vida. Alcánzanos de vuestro divino Hijo la gracia de corresponder fielmente a nuestra santa vocación hasta la muerte, que nos alcances a todas tus hijas, reunidas bajo vuestro manto, un corazón según el Corazón de tu divino Hijo, para que ya se alegren de haber sido llamadas a esta santa Religión, por tu favorable intercesión experimenten siempre tu auxilio y tu gracia. ¡Amén Jesús!

¡Sí, hijas mías! hace muchos años que amargas experiencias me enseñaron: que por los superiores indiferentes, que no dan importancia a las santas Reglas, Constituciones y costumbres viene la relajación; no porque no se lleven antigüedades, que a veces están derogadas por el Código, sino porque se enfrían en la *caridad* y *unión* que debe reinar en los Institutos y casas religiosas, les repugna la humildad y pobreza, creyéndola miseria, y venimos a una tibieza deplorable, que nos hace indignas de las misericordias del Señor.

“Una santa superiora de un Instituto floreciente se me quejaba de esto mismo en los principios de nuestra fundación... y cuando con lágrimas me refería las penas que padecía porque no había vocaciones de santas, sino de colocarse donde más cómodamente y con menos preocupaciones se pasase la vida”. ¡Me extrañaba tanto!, que repasaba las nuestras y no me parecía ser aquello tan exacto, porque miserias, las tuvieron los santos, y quedé con la idea que aquella santa superiora sería un alma toda de Dios y veía exageradas las flaquezas humanas...

No tardó el Señor en hacerme sentir aquel dolor... quizá más amargo de lo que podía imaginar, al separarse aquellas hijas que tanto amaba, y donde tenía tan grandes esperanzas de que serían las más fuertes columnas de la nueva vida que nos pedía el Señor; *víctimas de reparación y desagravio*.

Sor Trinidad

vivir consagradas en espíritu y en verdad a Jesús Sacramentado como víctimas de amor, para que venga su reinado de paz y amor sobre el mundo tendremos que ser esclavas humildes con María Santísima nuestra Madre. Amén.

Sor Trinidad del P. C. de M.

+

Lisboa, 11 de abril de 1945

¡Sagrado Corazón en vos confío!

M. R. M. Teresa de Jesús, Superiora del Carmen de Conchita

Muy amada en nuestro Señor:

Agradezco muchísimo sus carticas que me habla de la unión y alegría que sienten en ese Carmen, que dejó Conchita el perfume de su santidad y sobre todo, ¡qué consuelo recibió mi alma! en esas noches dichosa que faltándome el sueño por los dolores y angustias de la enfermedad, me regala el Señor con esa especie de abstracción... que yo le llamo sueños... porque sin saber cómo, cuando me vienen esas agonías que me parece voy a morir, miro a mi crucificado... muerto por mí... ¡Todo un Dios hombre!... y me *amó hasta derramar su sangre divina por salvarnos!*... Y yo, ¿no he de aceptar la muerte con sus dolores sin quejarme... por su amor?... Y siento que se me escapa el alma tras él... Y siento el alma *escondese en Dios*, como si quedara el cuerpo separado de ella, sin sentir el peso que estorba con sus miserias, y más bien los dolores me sirven de alas para levantarse de las agonías y temores de muerte que el demonio me viene a veces (en las grandes sequedades del espíritu a quererme turbar con angustias y temores de muerte).

Como ve V. C. no soy mística, ya V. C. conoce que a pesar de haberme criado el Señor en un internado espiritual de sanas doctrinas y costumbres y vida de fervorosos cristianos, naturalmente por este defecto de llevar por corazón un leoncillo,

me decía madre Bruna, la Abadesa que me recibió al entrar en San Antón, a la primera prueba dura que me hizo, me subió el color y ahogué mis lágrimas sin respirar. El 5 de agosto pedí me cortasen las trenzas de pelo (que le tenía apego, era vanidosa) y se las ofrecí al Señor con alegría antes de empezar el postulante. Y madre Maestra me dijo fuese a ofrecerlas a la madre Abadesa, que le daría mucha alegría de verme generosa. Y Jesús quiso sellarme por primera vez. La Madre con reprensión me dijo: “¿Por qué la madre Maestra permitió esto si las monjas no la quieren?”... ¡Como Jesús me quiere, espero en él me querrán también!...

Pero el amor propio, que quise ocultarlo, porque vi en aquel momento cómo me amaba el Señor... Me contestó la Madre dirigiéndose a madre Maestra: “Tenga cuidado con esta niña que tiene un leoncillo por corazón y que se forme bien para gloria de Dios y de esta comunidad que tanto necesita de monjicas santas”.

Aquel primer escalón fue tan áspero que después me recordaba: “¡las monjas no te quieren y tendrás que salir pelada!...” ¡Dios mío! *Tu me amas* sí, por ti viviré pegada a tu cruz siendo siempre tu *pequeña esclava*... Quiero amaros y servirlos siguiendo, Señor, vuestra senda ensangrentada hasta morir; hacerme vuestra pequeña hostia, recíbeme como víctima de reparación y que vuestra esclava se ofrezca a vos en holocausto de reparación y desagravio por los pecados de las almas consagradas que te reciben en pecado mortal...

Así el Señor guió desde entonces mis pasos, y cuando veía los trabajos que me esperaban, y mis pocas fuerzas para lo que aquellas pobres ancianas querían *¡gente fuerte!* que supiesen trabajar y servir. ¡Tantas enfermas!... y hacía 12 años que no había entrado vocación ninguna, y las más jóvenes, más enfer-

mas. Apetecían 3 ó 4 muchachas de fuerzas y vocación, que haciendo las observancias las aliviaran en sus trabajos. Porque tenían un convento grandísimo y tan viejo... que el día que tocaban a barrer iban todas y no acababan; y cuando había que lavarlo empezaban a las 2 de la madrugada, al salir de maitines y oración, y se terminaba a las 10 de la noche.

Como era un antiguo convento de frailes, que desde la Exclaustración lo tomó el Gobierno para cuartel de caballería, tenían los claustros molidos, las losetas era como empedrados; y siempre me mandaban a mí a lavar los claustros del coro bajo, refectorio y enfermería, para que sacase de los agujeros la basura con un palito y después lavarlo muy bien; mientras contaba los pedazos que tenía cada loseta del piso de los caballos... y allí hacía mis meditaciones y ofrecía sacar un alma del purgatorio... salvar un alma... acercar a Jesús un chinico o un pagano, y cuando acababa a la noche, la madre Maestra, que era una santa, me examinaba con qué espíritu hacía aquellos trabajos y cuántas almas había ganado al Señor por medio de los misioneros, y yo sentía tanta alegría que por pequeños trabajos me diese el Señor darle muchas almas... Era tanta la felicidad, que gozaba enormemente, voy a salvaros almas, Jesús mío; mientras las monjas oran, yo, vuestra esclavilla, trabajaré por sacaros del purgatorio, de la incredulidad muchas almas, deseo salvarlas...

Así se deslizaban los primeros años de mi vida religiosa en las misiones unas veces, y otras en el purgatorio. Quería librar aquellas almas del purgatorio y rezaba, oraba, ganaba indulgencias y en las festividades de la Santísima Virgen le pedía con todo el fervor que el Señor me daba, le pedía: Madre mía María Santísima, por vuestras agonías al pie de la cruz y muerte de tu divino Jesús, entrar en el purgatorio y dejar vacío como

él hizo en el limbo con los santos Padres... sacar del purgatorio aquellas almas! para lo cual ayunaba muchos días (vacantes).

Me consolaba mucho el confesor, D. José María Reyes, canónigo. Me decía: esas almas por quien V. ora, lo mismo por las misiones, le acompañarán siempre hasta llevarle al cielo... Y ahora que tan mala me he sentido, y el demonio me atormentaba, venían a mi encuentro aquellas almas mis amigas a consolarme la pena de no poder hacer por ellas aquellas penitencias y ayunos que con licencia del confesor y de nuestra M. Abadesa daba satisfacción a mis deseos de salvarle muchas almas a Jesús Sacramentado a quien me sentía atraída por una fuerza irresistible, ¡como a toda la vida de nuestro Señor paciente! Con mi santo Cristo sobre mi corazón, que estrechaba con cariño a cada momento, me creía poderosa para abrazar todos los trabajos más penosos y repugnantes, y de noche me levantaba a lavar y limpiar las ropas de las enfermas cuando nadie me veía... y me sentía feliz acompañada de mi Madre María Santísima a quien me ofrecía su esclavilla. Aquellos 15 años primeros de mi vida religiosa me parecieron de cielo bajo la obediencia de mis buenísimas madres de quien tomaba sus ejemplos.

Después, que en los oficios que me encomendaba la obediencia no me dejaban tiempo para mis misiones espirituales en el purgatorio y países de infieles, ofrecía mis sacrificios al Corazón eucarístico de Jesús por el Corazón purísimo de su Madre Santísima, que me diese orar siempre porque muchas almas se consagrasen por entero a reparar y desagraviar su Corazón santísimo en las comuniones sacrílegas y en los agravios que recibía de almas consagradas para lo que permitió el Señor, en una temporada que por estar enferma pedí permiso a la M. Abadesa me dejase oír todas las misas que se decían en nuestra

iglesia durante la quincena que la parroquia de la Magdalena celebraba en nuestra iglesia por ser mayor, y como los mayordomos pagaban grandes estipendios, venían sacerdotes de muchas aldeas, y había días de celebrarse de 30 a 40 misas diarias.

Muchísimo era el consuelo que sentía mi alma en ofrecer a las almas del purgatorio aquellas misas, que solía oír decir a las monjas: “¡Ahora dejamos limpio el purgatorio con tantas misicas!...” Qué contenta iba a oírlas. Un día que tenía que retirarme más pronto, no sé qué sentía, una fuerza me detenía allí. ¡Oh Jesús mío!, salían de 3 y 5 misas a la vez de media en media hora. ¡Qué pena sintió mi corazón, parcíame ver a Jesús como un leproso... ensangrentado su divino rostro, lleno de salivas y asquerosísimo, y me decía con queja de inmensa amargura: ven hija mía y límpiame con actos de amor y reparación mi rostro, y con un acto de vencimiento el más costoso... entrégame almas puras que me adoren en el Santísimo Sacramento del altar, donde soy tan vilmente maltratado por los sacerdotes que me consagran en pecado mortal como acaban de pisotearme en este momento que tu has visto el corazón de ese desgraciado... Avisa al capellán que no le deje celebrar... Son tantos los que repiten en el santo sacrificio, renuevan con más crueldad los tormentos de mi pasión. Orar mucho y ofrecerme por las agonías que padeció mi Purísima Madre cuando la profecía de Simeón y en los tormentos de mi pasión ofrecerme a su Corazón Inmaculado todos vuestros corazones en reparación y desagravio de las ofensas que diariamente recibo en este sacramento de mi amor...”

Quedé tan angustiada que bajé inmediatamente al torno, pedí llamasen al capellán, y le dije cuanto me había ocurrido. Este capellán fue mi confesor los 5 años de postulante y noviciado, mi primer confesor que me conocía íntimamente y que ya

en aquellos primeros años, le decía que Jesús padecía dolores de muerte cuando algún sacerdote no celebraba en buena conciencia pudiendo él cerciorarse que aquellos, tales... estaban suspensos, y me lo agradecía mucho después.

Este último supimos al poco tiempo apostató y se hizo protestante, arrastrando muchas almas fervorosas que él guiaba en sus años de fervor y celo parroquial. ¡Qué dolor de Jesús! Así en mis ansias de consolar a Jesús, no sentía necesidad de ninguna cosa; *solo de dar a Jesús* almas víctimas de reparación y desagravio que diariamente diesen adoración y consuelo a Jesús Sacramentado, entregadas completamente a dar reparación, culto, adoración y amor con una vida de imitación de la Virgen Santísima nuestra Madre, María Purísima desde su Encarnación hasta el Cenáculo... y ella nos admitió desde aquel Viernes Santo por sus esclavas de Jesús, fidelísimas siervas e hijas de su purísimo Corazón de Madre y Maestra de las esposas eucarísticas de su Hijo Jesús, Salvador nuestro.

Con este deseo ardentísimo de llevaros a él, pedía cada día en la sagrada Comunión llenase nuestras almas de aquella fe y amor con que le recibió en su seno purísimo su Madre Santísima, nos grabase en el alma sus virtudes de *humildad, dulzura, caridad*, mansedumbre, vida interior, silencio, recogimiento de sentidos para llevar la presencia de Dios continua, y vivir con tal pureza de intención que vea en la perfecta *obediencia* y entrega de nuestra voluntad en la de Dios, manifestada en nuestros legítimos superiores, sin quejas ni murmuraciones, alegremente como quien ve a Jesús, que le pide su entrega: "Niégate a ti..." conservando la unión que reinaba en Nazaret y en el Cenáculo con los discípulos de Jesús dulcísimo haciéndonos unas con él y su Santísima Madre *nuestra Madre*, la Madre de Dios hombre inmolido por nuestro amor en la Eucaristía.

Así, hijas mías, que tanto os amo en el Corazón dulcísimo de Jesús y en el de María, nuestra amantísima Madre, que me dio en cada una de vosotras un alma escogida por ella para hacernos su familia escogida y predilecta, que de su Hijo recibió el encargo nos formase puras y humildes como ella, capaces de consolar y reparar las ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento fuente purísima que nos lava y regenera en hijos de Dios. Seamos las esclavas fidelísimas que limpiemos con nuestra pureza de vida su rostro glorificado, pero expuesto en el Santísimo Sacramento a ser ultrajado y escupido de tantos blasfemos sacrílegos que profanan tan augusto Sacramento.

Vivamos, pues, amadísimas madres y hermanas carísimas, en este género de vida que Jesús dulcísimo nos viene pidiendo de tantos años... queriéndonos unir como rebaño de castas ovejitas bajo la mirada y protección del Corazón Inmaculado de María que nos alimenta y mimma con el pasto divino de la santa Eucaristía, donde Jesús dulcísimo nos da a beber esas aguas purísimas que nos da en abundancia para darle a beber a las almas de los niños pobres y abandonados que no conocen a Dios, en esos asilos de caridad donde sin perder el espíritu de inmolación y de víctima, le formemos muchas almas que amen y lleven su fe y amor a todos los ciegos que no ven, y sus hijitas, mantenidas de ese pan y sangre de Jesús, no moriremos jamás... seremos trasladadas en brazos de nuestra Madre Santísima de la tierra al cielo si generosas y fieles *unidas* en el espíritu de nuestras sagradas Reglas y Constituciones observamos con amor y fidelidad las sagradas Constituciones que nos aprueba la santa Iglesia en este nuevo Instituto de Esclavas y Siervas de la Sagrada Eucaristía y Madre de Dios y Madre nuestra María Santísima.

Esta Purísima Madre nos dio el molde y figura de lo que su Hijo santísimo nos pedía y ella cogiendo en su Corazón Inmaculado los deseos de su Hijo divino, Hostia consagrada, quiere entremos en las sagradas Constituciones como en fragua de fuego eucarístico que al salir del molde del noviciado salgan como una pequeña hostia cada una que se inmole voluntariamente con su Jesús Hostia santa ofrecida al Eterno Padre por los pecados del mundo. Y este Jesús Salvador nuestro quiso fuésemos con su Purísima Madre corredentoras. En este siglo de impiedad nos asociemos a los misioneros, cogiendo a las almas abandonadas pequeñitas y grabemos con el fuego eucarístico en estas almas la vida de gracia y la destrucción de los vicios, que apagan la vida de la gracia en sus principios.

Las superiores, encargadas de la formación, como las maestras de novicias y directoras de los asilos, trabajen con celo y amor de Dios por la observancia de las sagradas Constituciones como Regla dada por Dios para esta nueva familia eucarística, con todo amor y encarecimiento nos dio en ellas la Regla viva, como su Evangelio. Nos las dio el Señor, no lo dudéis, y si las Reglas que nos dejaron los santos en los siglos pasados las amamos y veneramos como escritas de tan grandes santos y patriarcas como nuestro seráfico padre san Francisco y madre santa Clara, donde ella misma nos llevó en su Centenario a pedirnos la adoración al Santísimo Sacramento día y noche. Allí fuimos, ella nos mostró el camino como expresa voluntad de Dios por medio de su Vicario en la tierra que intervino en su aprobación. Si es Jesucristo en la sagrada Eucaristía la que nos pidió fuésemos su pequeña hostia con él esclavas y siervas de su divino Corazón Sacramentado, que limpiásemos con nuestra pureza de vida su rostro afeado por las ofensas que el Santísimo Sacramento recibe y que bajo el amparo y protec-

ción de su Madre Santísima, formemos en cada casa, una casita de Nazaret, humilde, pequeña, pobre, trabajando para ganar el pan a esas almitas pequeñas, abandonadas que Jesús nos pide tanto... le llevemos las almitas de los pobrecitos para enriquecerlos y llenarlos de sus gracias y de su amor y darnos a nosotras la recompensa y gloria que a sus más fieles apóstoles dirigidos por su Espíritu Santo en el Corazón Inmaculado de María, nuestra Madre Santísima Maestra y Fundadora nuestra al pie de la cruz nos recibió, y envió a formar su cenáculo en pobreza y humildad. Medidas en este molde que nos da Jesús en su Madre Santísima tenemos que ser hostias de reparación con Jesús dulcísimo, y para serlo nos obliga la fiel observancia de las Constituciones que recibí de tan divina Madre nuestra, la Madre de Dios.

Sé que el demonio rabioso quiere turbar y pone en muchos que nos podrían ayudar, dificultades y no ven que la transformación de vida, que el Señor nos exigió, no fue cosa nuestra, que por nada de la vida hubiéramos cambiado sólo por el cielo... Mucho me avisaron, padres doctísimos y santos, que me esperaba un calvario amargo que pasar antes de llegar a la cima... Pero a los 21 años de pruebas durísimas, todavía pasamos la lucha, que no es la Regla de santa Clara la que abrazamos, que las Constituciones chocan... que no podremos observar una sin faltar a la otra... etc. Son ya tres años desde que nos aprobaron las Constituciones, de sufrir intensamente y ver aún en las mismas que me alentaban y seguían con fidelidad, que se apartaron del camino comenzado.

¡A los pies del Sagrario! he derramado mi corazón durante los santos ejercicios de 12 días, que como los discípulos de Jesús perseveraba constante con María Santísima, nuestra Madre en el Cenáculo, esperando la venida del Espíritu Santo que

con viento fuerte estremecía los *más íntimos senos de mi alma* y el corazón como en una prensa se sentía en la cruz con mi Jesús dulcísimo crucificado que me hacía latir fuertemente y exprimiendo las gotas de sangre que quedaran del martirio (de 21 años de penas no interrumpidas). Vino Jesús con su divino Espíritu, que llenó de amor y fe mi alma, que durante 13 días no había experimentado mas que agonías de muerte... Me ofrecí a todo lo que él me pedía, morir a mí misma y a todos los sentimientos que hasta entonces amaba como recibidos de su poderosa mano, y dejarme conducir por lo que quiera de mí... me di toda... me entregué en manos de sus ministros (resistiendo la lucha de mi propio juicio, querer y voluntad). Di el corte definitivo, y con la maternal ayuda de mi Madre María Santísima me entregué con un *fiat eterno*, que sin una gracia sobrenatural no hubiese recobrado la paz y la tengo tan grande, que cuando en lo humano nos falta todo. En lo divino se entra de lleno, y diré con verdad: "No soy yo la que vivo, que la Madre de Dios vive y responde por mí".

Ella consolándome en lo más álgido de la prueba, el 2 de julio en la sagrada Comunión que le pedía me atase a la cruz de su divino Hijo, pues sentía una necesidad de soltarme de ella... que me hubiese escapado a Portugal aquel mismo día (me hubiese ido con M. Carmen que tan mal estaba), ido a Melias... mil caminos buscaba para soltar mi cruz.

¡Oh juicios inescrutables de Dios en las almas y cómo las transforma en un segundo, un rayito de luz vino a mi alma en el momento de comulgar, sentí que Jesús Víctima de amor me mostraba su Corazón manso y humilde que me mandaba entrar en él... y dentro me encontré al seráfico padre san Francisco y madre santa Clara que me alentaban a que siguiese agradecida, la vocación eucarística que ellos recibieron, como

dado a ellos en nosotras, y bendecían al Señor que en su Madre Santísima nos daba la vida eucarística que ellos querían para toda su Orden y aumentaría su gloria accidental que de su Orden nacieran las Esclavas Siervas Eucarísticas de la Madre de Dios.

Quedé tan en paz como si hubiese muerto... y empezara para mí una nueva vida, de sosiego espiritual... Todos los cargos los tomó Jesús, que confió a su Madre Santísima esta nueva familia para ser ella nuestra General, Fundadora y Madre, y san José nuestro Protector Tutor y Padre que nos ayude a cuidar de Jesús en la Eucaristía y en los niños pobres como él cuidó a Jesús y a María en la tierra.

Hablando con un padre, que quise confesar, porque no me conocía y podía aconsejarme, no quiso el Señor me acordase de nada. Y sigo apoyada en mi cruz... y con grande consuelo de mi alma recuerdo el consejo del P. Valencina el día de mi Profesión religiosa, me dijo: "Hijita no te ha concedido el Señor la muerte, que tanto deseabas entrar hoy en el cielo al hacer tus votos solemnes. Ahora empiezas a caminar hacia la Patria es muy largo y penoso el camino que te espera. Voy a darte las normas a seguir, y acuérdate entonces de quien quiere ser tu ángel que te guíe en este camino. Necesitas un báculo que te defienda y sea tu sostén, toma la cruz de Jesucristo en tu corazón y no la sueltes jamás. Necesitas un alimento fuerte que te alimente y dé vida en tan larga jornada, que has de pasar días y noches horribles, acosada de fieras que quieran devorarte. No dejes nunca la Comunión diaria, esta será tu fortaleza para vencer y llegar. Una estrella que te ilumine, como el sol en noche oscura, necesitas María Santísima, invócala como Madre y no perecerás. Ella te presentará al trono de la B. y Santa Trinidad que le dará la gloria que deseas en el cielo".

Este consejo lo tengo que tomar muchas veces a pesar de los 50 años o más que me lo dio aquel primer director, tan santo, que intervino en mi entrada en el convento, que por su consejo me recibieron a pesar de estar completo el número de religiosas.

Pues solo me resta ya en esta última carta que os escribo, rogaros que miréis con fe que Jesucristo nos confió a su Santísima Madre María Santísima, en sus manos pone su Obra y la salvación de las almas. Mirad cuánto nos ama y nos honra haciéndonos sus adoradoras y compañeras eucarísticas, nos confía la educación cristiana de los niños pobres y abandonados. Salvar almas, ser víctimas, para salvar las almas de los pobres niños abandonados; os confía todos esos pobres niños que no conocen a Dios, ni saben que existe.

La educación de personas amadas no se confía más que a maestros de entera confianza y experimentados, pues Jesucristo desde el tabernáculo que venimos a adorarle en espíritu y en verdad nos dice: "Os confío a los que más amo, a los pobres, mis hijos más queridos, para que los instruyáis y atraigáis a mi Corazón. Os daré la gracia propia de vuestro apostolado con toda la plenitud de dones que os daré donde mi Corazón os escogió para el más hermoso apostolado entre todos los de este siglo, he formado en vosotras con el Corazón Inmaculado de mi Madre este Instituto de Esclavas Siervas de mi Amor Sacramentado como fundamento y origen de este Instituto tan mío: vosotras vivid y trabajar por mi amor en estas almas de los pequeños pobres, inmolao por vuestra Obra con generosidad y amor de Dios, que más gloria me daréis en el calvario de tantos trabajos que el tabor que gozaste en el retiro de 40 años".

Debemos, pues, santificarnos poniéndonos seriamente y de verdad a ello como nos pide nuestra vocación altísima de vícti-

mas de inmolación eucarísticas. ¿Cómo responderemos, hijas de mi alma, dignamente al Señor el día de la cuenta?... Nos dio la alta misión de desterrar del mundo con el fuego de la sagrada Eucaristía que recibimos en la adoración, de atrerle los pobres niños que viven sin Dios y extinguir ese odio... Amasar ese barro del pueblo y infundirles el sople de Jesucristo en sus almas. Jesús nos urge, hijas nuestras, hacer por devolver a los niños a Dios en sus almas, y Dios mismo será nuestra recompensa. Así sea!

Sor Trinidad

+

Madrid, 16-XII-44

M. RR. MM. superiores y hermanas carísimas en nuestro Señor Jesucristo.

Grandes deseos tengo desde el día de nuestra Inmaculada Madre María Santísima de escribiros a todas y cada una, una cartica como me tenéis pedido y todas deseáis... Mucho tiempo llevo preparando una estampita para deciros a todas lo que el Señor me inspirase. Pero, hijas de mi alma, Jesús dulcísimo me clavó en su cruz bendita, y no me suelta. ¿Qué hago pues? Soy tan feliz en su Corazón misericordiosísimo que no me atrevo a pedirle me suelte... y viéndome ya hoy 16 sin poder escribir lo que deseaba, le empiezo la novenita de jornada a Jesús, María y José, y voy a escribiros a todas juntas todo cuanto Jesús quiera decirnos, pues yo no atino a deciros hoy ni el A.B.C. Estoy tan torpe, tan embebida a la cruz dulcísima, que fuera de ella ni palote.

Hoy, al empezar la meditación que la suelo hacer mientras las monjas rezan, formé el propósito de enviaros una chispita de amor del que Jesús dulcísimo me diese en la sagrada Comunión y puse la pluma en manos de María Santísima, nuestra dulcísima Madre, para que *ella*, nuestra Madre verdadera y Maestra divina, nos diese su amor y lo que quiere le llevemos al Niñito Jesús el día de su bendito nacimiento, para que en aquella escuela encantadora y divina aprendamos sus leccio-

nes, pues nosotras tan pequeñitas no alcanzamos a aprender los ejemplos de Jesús, María y José.

Hijas carísimas. Al entrar Jesús dulcísimo hoy en mi pobre alma le pedía humildemente por el Corazón Inmaculado de nuestra Madre María Santísima, y el castísimo padre san José, pusiera en estas letras el obsequio que querría de nosotras y con toda devoción y fe abrí el Kempis, que llevo siempre conmigo y Jesús dulcísimo nos dijo: “Ten por cierto que te conviene vivir muriendo; y cuanto más muera cada uno a sí mismo, tanto más comenzará a vivir para Dios. Ninguno es suficiente para comprender cosas celestiales si no se humilla a sufrir adversidades por Cristo. No está, pues, nuestro crecimiento, ni la perfección de nuestro estado en las muchas suavidades y consuelos, sino más bien en sufrir grandes penalidades y tribulaciones. Porque si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salvación de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su Doctrina y con su ejemplo pues manifiestamente exhorta a sus Discípulos, y a todos los que desean seguirle a que lleven la cruz, y dice: ‘Si alguno quisiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame’. Así que leídas y bien consideradas todas las cosas, sea ésta la postrera conclusión: Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios”. Hasta aquí el Kempis. L.II.c.XII. v.14.

Hijas mías carísimas, mucho tenemos leído desde muy pequeñas (en este libro de oro, donde buscamos con ansias conocer la voluntad de Dios, cuando sentimos más fervor) y quedamos muy contentas al encontrarnos que es Jesús el que por aquella lectura habla a nuestras almas.

Hoy quería hablaros de la vocación y llamamiento de Jesús... y llevaros al pesebre, donde el seráfico padre san Francisco y madre santa Clara bebieron el espíritu que nos dejaron en su santa Regla.

No encontraba palabras para repetiros el “¡Abneget se metipsum!” que tantas veces os llevo dicho, y quería manifestaros cómo Jesús me hace sentir siempre, especialmente hoy, y en estos momentos que hace poco recibí la sagrada Comunión y siento el latir del Corazón amorosísimo de Jesús en mi alma cuando aún conservo en mi corazón las especies sacramentales.

Próxima a morir, ¡pienso tanto en vosotras!... me lleno de consuelo al veros fervorosas queriendo santificaros en medio de las penalidades y trabajos de la santa pobreza, sello y distintivo de nuestra Orden y santa Regla ¡la Pobreza! con la que empieza la sumisión y filial adhesión a la santa Iglesia; la pobreza, humildad y sencillez, es el espíritu que el padre san Francisco tomó de Belén y allí, junto a Jesús dulcísimo María Santísima, nuestra Madre y el bienaventurado patriarca san José nuestro protector y administrador serán los testigos de esta conferencia íntima y espiritual. Quiero enviaros en estas Navidades, tal vez como último recuerdo del entrañable amor que para todas vosotras, presentes y futuras, me dio el Señor con su admirable Providencia al llamarnos “sus pequeñas víctimas de amor, reparación y adoración a Jesús Sacramentado”.

Hijas mías, llegamos a Belén del año 44, con dos años y casi dos meses de la aprobación de las sagradas Constituciones, y casi 4 meses hicimos los santos ejercicios que el Corazón misericordiosísimo de Jesús nos concedió en los primeros días de septiembre, y que nos envió el Espíritu Santo y nuestra Madre Santísima en su nacimiento santísimo por medio de aquel santo Padre que con las luces especiales que recibió del Señor, nos explicase nuestras obligaciones y transformación de vida, que tantos años nos pedía el Señor, y que de tantas maneras nos manifestó, por medio de buenísimos padres y prelados, hasta

que por el *Emmo. Cardenal Casanova y Marzol nos ordenó la voluntad de Dios terminantemente*. En su primera visita a Granada, donde fue nombrado Arzobispo el año 20, (y como por revelación divina) aquel santo prelado me manifestó la voluntad de Dios. Desde el primer día me dijo: “Siento que Dios nuestro Señor me trae a Granada para ayudar a V. a la Obra que le tiene pedida: *no aquí, sino en moldes nuevos*, yo le ayudaré, cuente conmigo, y en esta transformación de vida que el Señor le pide encontrará V. enemigos formidables, *prepárese*, pero no tema, *es Obra de Dios*, péguese a él y a su cruz y él será vuestra defensa. Escríbame V. las Constituciones; busque V. las jaulas para los pajaritos, que el Señor les dará el trigo. Con don Ricardo Pérez Reche entiéndase V. para que me tenga al corriente de todo; yo les doy la ermita de la Virgen de los Dolores de Chauchina y allí bajo su patrocinio y protección vamos a empezar; envíeme las Constituciones nuevas, nada de adiciones, yo las llevaré a Roma. Dios nuestro Señor me hace sentir le ayude y tome la Obra *como Suya*. Pero hay que salir de aquí”...

Cómo quedó mi alma traspasada de dolor, cuando le oí: “hay que salir de aquí”. ¿A dónde me lleváis Señor, después de 33 años de vida religiosa en este convento en donde al entrar sentí ser aquella la morada de paz que me daba el Señor para santificarme y he vivido en él como un día de cielo?

Sentía desde el noviciado, y lo consultaba al bendito P. Ambrosio de Valencina, mis luchas y pruebas terribles... y él, como un santo, me contestó, lleno de paz y luz del cielo: “Hijita, esas monjas que tu deseas tanto las hay; hazte santa, muy santa y pronto santa, y tal vez seas tú la que las haga, pero no tardaría menos de 40 años la santa Iglesia y cambiar las normas que tiene establecidas para las comunidades de clausura. Si te haces santa lo conseguirás”. Mis temores eran que aún no ha-

bía empezado siquiera a ser santa, ni entonces me sentía con ilusión y fuerzas para empezar; ya pasaron las energías, y fuerzas que más joven hubiese emprendido... ya las enfermedades me llevaron a las puertas de la muerte y aquel día primero de septiembre del año 15, al verme delante del divino Juez, le pedía por intercesión de la Santísima Virgen, nuestra Madre: si me daba 10 años de vida, no me negaría a nada de cuanto me tenía pedido, aunque me costase la vida y padeciera el martirio, le seguiría hasta la muerte. Ya tenía hecha una promesa formal hacía 5 años al venir el Sr. Arzobispo hablarme en nombre de Dios ofreciéndome su dirección y ayuda. Me sentí obligada y *me entregué* a morir por su amor, pues me parecía que no resistiría mi corazón las súplicas de aquellas hijas, de aquella santa Comunidad que me recibió y formó para víctima de amor y reparación, y ahora debo ofrecerme esclava.

Perdí el hilo que llevaba en esta carta de felicitación, perdonarme por amor de Dios y tomar de ella lo que pueda aprovecharos. Sólo quería llevaros conmigo a Belén y ofrecer nos por entero a nuestra Madre, María Santísima, para servirle y tomar al Niño divino y consolarle, y estudiar allí profundamente en Jesús dulcísimo, la Madre Purísima y san José, nuestro espíritu y vida de víctima; y nos eduquen en su escuela con la perfección que nuestros seráficos padre san Francisco y santa Clara, aceptándonos por sus pequeñas esclavas para servirle aceptándolo...

Sí, hijas de mi alma, la hermosa pobreza (limpias como los ángeles...), la humildad y obediencia del Todopoderoso hecho Niño, el Dueño de cielos y tierra dador de todos los bienes: pobre, desnudito y lleno de frío... ¡Es Jesús divino que deja los cielos y se hace pobre por nosotros!... Sí, hermanas carísimas, tomad a Jesús en vuestros brazos pobres y desnudos... abrazar-

lo y él nos dará el calor y la fuerza, para renunciarlo todo por él, pobreza, humildad, obediencia... ¡Cuántos sacrificios le exigirá su Eterno Padre, para redimirnos a nosotras, sus pequeñas criaturas! De allí saldremos fuertes para lo mucho, y hacer por "*desaparecer para que él reine*".

Esta es nuestra misión, encender en los niños el fuego de la caridad y así preparad las almas para la sagrada Comunión, por medio de la formación cristiana llevar la fe y caridad de Cristo a los niños para que, creyendo en el augustísimo Santísimo Sacramento, le reciban como vida y salvación de nuestras almas, y este celo de llevar a Jesús y grabarlo en todas las almas debe crecer en el corazón de toda Clarisa Capuchina de la Sagrada Eucaristía en los días de retiro, en las horas de adoración, en el recogimiento de su celda, en las horas junto al santo tabernáculo, en los momentos sublimes de la sagrada Comunión...

Cuando el alma siente el contacto divino en las sagradas Especies y, transformada en otro Jesucristo cree que aquel Jesús dulcísimo, que es nuestro alimento y nuestro todo, comunica el amor ardiente que hemos de prender en las almas, la claridad y luz para conocerle más, pues es la misma caridad y verdad, que nos ilumina su luz y su calor abrasa nuestras entrañas como un suave centelleo que hiere la inteligencia y el corazón que lleno de fe nos dice: Este Jesús divino que contemplo ahora en el pesebre, pobre, pequeñito y tierno... vendrá sobre una nube para juzgarme, será mi Juez... le adoro oculto en las sagradas Especies... me recibe a cualquier hora, le buscamos con el amor de un padre que nos ama, *nos llama*; y nos da su Corazón dulcísimo donde nos refugiamos el día de la tribulación... Este Jesús misericordiosísimo Esposo dilectísimo de nuestra alma, que nos da en abundancia cuanto le pedimos y mucho más...

Pensad un segundo: este Jesús Niño, tan dulcísimo y tierno que cada día recibimos en la sagrada Comunión, que nos dice pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá, buscad y encontraréis... ha de ser mi Juez justísimo que ha de pedirnos cuenta estrechísima de nuestras obras, y de los dones y favores que nos dio, que en aquel momento decisivo, no nos engañemos, creyendo que con un acto de amor, que no contamos si nos será concedido, vamos a creernos que lo ganamos. Ahora sí, porque estamos a tiempo de esperar de su amor y misericordia, pues por eso nos dio la vocación de vida más perfecta, llamándonos graciosamente nos dice: “*Seguirme, negarse y llevar vuestra cruz*”.

Entonces... si verdaderamente hemos correspondido a esta vocación divina de seguirle por la negación a nosotras mismas, cumpliendo nuestros votos, llenas de consuelo oiremos: “*Venid benditas de mi Padre...*”

Pero mi mayor pena es que nos descuidemos en imitar las virtudes y vida de Jesús, contentándonos, en hacer aquello que nuestro amor propio nos pinta más perfecto, y no seguimos en nada la obediencia que nos enseñó Jesucristo desde Belén a la cruz: “*Obediens usque ad mortem*” nos encontremos como las vírgenes necias, que ese Jesús tan dulce y tierno nos diga: “*Necio vos no os conozco porque cuando os pedía negaseis vuestra voluntad, y me hicieseis votos de seguirme por la obediencia, castidad y pobreza, os formasteis por vuestro propio juicio, siguiendo el espíritu del mal, ‘non serviam’ y sería el mayor dolor del alma, creer que por hacer las obras del servicio del Señor sólo por su amor, oyéramos en un momento de esos labios divinos que nos hablaba en la oración, en la sagrada Comunión, en la adoración, y en los momentos de cualquier sacrificios que repetíamos solo por Dios, se puede sufrir y hacer lo*

que hacemos... perdamos el mérito de nuestras obras, porque nos olvidamos de aquella hermosísima promesa de su Evangelio al decirnos que tomemos su cruz... porque su yugo es suave y su carga ligera...”

Y todo lo que es obediencia y todo lo que es caridad... y todo lo que es vencerse y sacrificarse por su amor con humildad y silencio... pareciéndonos nada todo cuanto sufrimos por amor de Dios... Eso es amar. Pero nos llevamos del yo y a todos referimos nuestros méritos, como si aquí esperásemos la recompensa ¿Qué penas y trabajos padecidos, se pueden comparar con los dolores y penas de Jesús, y sus santos?... Si no hemos derramado la sangre por él, ¿cómo nos creemos mártires, porque no somos alabados, y bendecidos... porque no se reconocen nuestros trabajos... porque no agradecen nuestros servicios?, etc.

¡Oh hermanas carísimas!, pensad en esto junto a Jesús Niño en Belén... preguntándonos entonces: ¿soy tan pobre como tú, Jesús dulcísimo?... A la Santísima Virgen, decirle: ¿Madre mía, os imito en mi obediencia, mis viajes, penas y trabajos, los llevo en silencio con esa humildad que vos me enseñáis en vuestras jornadas? Y san José, ¿qué nos diría?... Y en el Santísimo Sacramento, ¡cuánto sufre, de abandonos, sacrilegios y profanaciones de almas consagradas! Y nosotras, ¿no sabremos ofrecerle, en desagravio, nuestros trabajitos de pobreza y obediencias, a veces tan contrarias a nuestra voluntad?... ¡Oh Jesús dulcísimo!, a quien todas seguimos con tanto amor y deseo de agradaros y serviros hasta morir, concédenos por vuestra Madre, María Santísima, y el glorioso patriarca san José, que al salir de este valle de lágrimas merezcamos la inefable dicha de oíros: “*Venid benditos de mi Padre... porque me seguisteis con amor y humildad... a poseerme y adorarme eternamente en el cielo...*”

Es, hijas de mi alma, el encargo que os hago antes de morir, en estas Navidades que creo serán las últimas, pues son muchas las enfermedades padecidas que los médicos, con tanta caridad me dicen no tengo cura, que moriré; hace muchos años me avisan para que me prepare bien. Es la mayor misericordia del Señor que me avisen llega la última, y nunca llega que tanto la deseo.

Carísimas, ruego por amor de Dios me perdonen todas las pesadumbres y malos ejemplos, cuanto os haga sufrir por mis indiscreciones y excesivo deseo de ayudaros, por el mucho amor que Jesús dulcísimo me hace sentir hacia vosotras, que tanto amo en el Señor que querría verlas a todas, presentes y futuras, en el Reino de los cielos. Es la petición que hago todos los días al recibirle en la sagrada Comunión. Jesús dulcísimo, que todas las almas que entran en esta Congregación se santifiquen con la imitación de vuestra vida divina y de nuestra Madre María santísima, vuestra Madre. ¡Que todas se salven!... que las llamadas por vos, Jesús dulcísimo, os sigamos fielmente hasta la muerte, que ninguna de cuantas llamasteis a vuestro servicio se condene, y que todas [estén] en el fiel cumplimiento de vuestra adorable voluntad por las *sagradas Constituciones aprobadas por la santa Iglesia y nuestro santísimo Papa Pío XII*. Que Jesús dulcísimo nos abraze en su divino amor para que llevemos muchas almas a su Reino, con nuestras plegarias, nuestras adoraciones y sacrificios pobleemos el cielo de almas, sacadas de las garras del demonio y del pecado, haciendo conocer y sentir en el alma y corazón de los niños sois vos, Jesús dulcísimo, *el camino, verdad y vida*... y como fieles esclavas de los sagrados Corazones, Jesús, María y José, trabajemos con fervor...

Que Jesús dulcísimo y su Madre Santísima y el patriarca san José nos bendigan a todas plenamente en este hermoso Miste-

rio. En el Portal de Belén unidas, me encomiendo a vuestras oraciones, rogándoos por el Corazón divino de Jesús, *os améis con caridad perfecta* unas a otras como Jesús nos amó; perdonándoos y muy unidas siempre, Jesús, María y José vivirán en nosotras y con nosotras. Acordaos de la Última Cena del divino Maestro, seguir su doctrina hermosísima: *Esta es vuestra ley*, amaos las unas a las otras como él nos amó y progresarán en virtudes y llegarán a ser lo que Jesús espera de nosotras, almas eucarísticas esclavas víctimas de amor y reparación de Jesús Sacramentado. Que él nos una en el cielo donde le demos gloria y adoración eternamente, pide vuestra humilde sierva y pobre Madre indignísima de vuestra grande caridad para conmigo, tan grande pecadora y esclava de Jesús y María, nuestra Madre santísima.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

+

Madrid, 28 de noviembre de 1946

M. R. Madre Teresa de Jesús, superiora en Lisboa

Muy amada madre en nuestro Señor: Me da pena no contestar a sus cartas como fuese mi deseo... Pero son tantas las cartas y necesidades urgentes que cada día me llegan que voy dejando a V. C. para estar más tranquila y contestarle por puntos a su última que aunque más corta me toca unos puntos que no sé si no será prudente le conteste hoy.

De todas las casas me vienen quejas de lo difícil de la situación actual en todos sentidos... pero esta casa noviciado, *¡aún peor!*... sin confesores ni padre que dé los ejercicios a las postulantes, sin pan para alimentar a tantas jóvenes, hay que comprarlo de estraperlo, y lo peor... que la obra de la escuela sin pagar ya un año y el maestro reclama: son *treinta mil pesetas*... y nadie da de cuantos pedimos... y cómo quedamos con este señor (que creímos pagarle enseguida) pero esta casa todo lo consume... y la vida tan cara.

Ante Jesús santísimo Sacramento ¡me fui agobiada! A Jesús dulcísimo le expuse la necesidad... y pronto sentí la queja de Jesús: "Porqué no pedís a mi Padre por mis llagas santísimas, como ya sabes, todos los viernes, aplica la santa misa con exposición, y la comunidad ofrezca la meditación y penitencias a este fin..." Así lo hice y se empezó el primer viernes que se aplicó la santa misa y demás, al día siguiente vino un padre a los ejercicios, encontramos confesor. El segundo viernes nos

dice Dña. Francisca pagan la obra... y se arregla la ida del capellán, y espero que lo de Berja y Sobrado se arreglará en el segundo quinario que deseo se haga en junio para terminarlo en la Preciosa Sangre de Jesús.

Espero que continuará el Señor derramando sobre su Congregación tan amada, sus gracias y bendiciones. Estoy cierta que si todas nuestras comunidades rezaran con fe y acudiesen a las llagas de Jesús dulcísimo crucificado y muerto (¡por mí!...), nada nos faltaría y llegaría la unión y amor que Jesús espera, con el Purísimo e Inmaculado de nuestra Madre María Santísima ofreceríamos al Eterno Padre dentro del Corazón dulcísimo de Jesús, su Hijo el Verbo Encarnado a quien nos consagramos esclava y víctima.

¡Animo! Pues bien, hija mía, en la recetilla reservada voy a contestar. Comprendo su dolor al ver no son comprendidas ni amadas las sagradas Constituciones de muchas de nuestras religiosas que si de palabra no se atreven a decir lo que esa bendita S. del Señor: "Los traslados no son para todas las almas, no se resiste esto". Es verdad que Jesús no a todas pide el mismo género de vida y ya aquel santo Prelado Arzobispo de Granada, al darle cuenta de conciencia y ofrecerme su dirección y ayuda el año 22, en el locutorio de San Antón y pedirme cuenta de la comunidad y número de religiosas que había... al oírme estábamos 41, sin esperar más, me dijo: "A eso vengo yo hoy, he leído una solicitud presentada por V. pidiendo la adoración perpetua a Jesús Sacramentado en esta Iglesia. ¿Cuenta V. con la voluntad de todas? Póngalo en votos si ve que las discretas están conformes".

Procuré exponerlo, y encontré grandes dificultades, y alguna de las mayores me pidió no lo sometiera a votación, pues era violento la negativa y de poca edificación; y la comunidad ya

tenía bastante con las Reglas y Constituciones que profesamos. Lo comuniqué a S. E. R. y pasado como un mes, volvió tan paternal y bondadoso como la vez primera y me dijo: “*No hagamos cosas nuevas en moldes viejos*, que nunca dieron resultado”.

“Voy a dar a V. una ermita de la Virgen de los Dolores de Chauchina (que llevan mucha cera) y vamos a empezar la adoración y después iremos a los Santuarios de la Santísima Virgen que ella parece quiere ser la Madre y Maestra de estas Fundaciones que se extenderán por todo el mundo...” Yo le interrogué padre, si le parece a V. E. R. podían ir algunas religiosas naturales de Chauchina y algunas más que S. E. diga... Contestó *enérgicamente*: “No, de Chauchina en principios no deben ir, *irán después*, ahora es V. la que ha de ir delante con el ejemplo; pues es la que ha recibido la misión de lo que en nombre de Dios *hemos de emprender con valor y energías* por la gloria de Dios, sin acobardarse, pues la persecución y lucha con sus frailes la pondrá en grandes aprietos... *¡prepárese, que sufrirá mucho!* Yo mientras viva iré con V. y las defenderé en donde quiera que estén, pero, soy viejo y moriré pronto... *¡V. sea valiente!*... y una vez empezada la Obra a seguirla hasta el fin...” Seré de Dios, padre mío, le dije estremecida de lo que me venía encima, según S. E. R. me pronosticaba y el confesor de la comunidad, el Sr. Reyes. Volvió a contestarme: “*La Obra es de Dios*, no queda la menor duda, como a V. que lo hace sentir el Señor”.

Con esta fe en la obediencia que me dio el Señor desde que empecé mi vida religiosa, *me ofrecí* a lo que el Señor quisiera de mí, y me abracé a mi cruz... ¡Oh Jesús mío!, ¡cuántas lágrimas derramé en aquella tribuna que hice junto al Sagrario, *testigo de todo cuanto el Señor me visitó* en los 33 años que viví en aquel desierto de penitencia y donde escribí las primeras

adiciones, que por consejo de don Ramón Pérez (Obispo preconizado de Badajoz y después de Sión y de Cádiz) me mandó escribir en los años 14 y 15, siendo rector (y canónigo) del Seminario de Granada! ¡Cuántas veces escribí por mandato del Sr. Arzobispo!...

¡Sí, Jesús mío! y siempre en aquella tribuna pasaba los años de mi noviciado (cerrada con muros...), que después con rejas, que nos dejaban ver la santa misa. No puedo negar a V. C. reservadamente que aquella tribuna tubo para mi alma *grandes atractivos*... A mis pruebas prolongadas 3 años y medio negándome el darme el santo hábito desde el 28 de julio del año 1893 hasta el 21 de noviembre de 1897, fueron tan dulcísimos los trabajos y humillaciones que Jesús me exigía, que eran para mi corazón estos golpes que daba a mi grande soberbia que cuando me dejaba bruñir y limpiar mi corazón de la escoria y basura que le encubría pegaba un fuego que como chispas salían a mi alma de la sagrada Hostia... Y aquel muro se abría a mis ojos para adorarle en aquella novena que aprovechando los dos días últimos de año que teníamos jubileo de las 40 horas hasta el día 4 de enero, hacía la novena a Jesús Niño hasta la Epifanía, de ejercicios espirituales, yo sola, con Jesús sólo; las noches con licencia de la M. Maestra que nunca me lo negó. (Pues al coro no podíamos ir las postulantes ni novicias mas que en los actos de comunidad) y como no tenía compañeras, y la Maestra atendía a otros encargos, pues a mí me tenían siempre limpiando las escaleras y claustro del convento, por estar las dos leguitas muy enfermas. Me hacían la gracia que despachando los trabajos me retirase con Jesús en aquella tribuna (entonces ocupada con cosas viejas y después de abierta tan frecuentada de todas las religiosas con preferencia las enfermas... ¡Oh Jesús mío, cómo pensaba entonces que allí habitaría con Jesús dulcísimo

todos los días de mi vida! Allí o donde él me desatinara, pues ya presentía mi alma... como en el noviciado... que aquella vida de abstracción era demasiado cómoda, y veía que el amor de los misioneros en países incultos y paganos amaban a Jesús más que yo... y como sentía deseos de amarle más que todas las criaturas juntas, a ser posible como le amara la Virgen Santísima y san José. Ellos me regalaban con el dulce nombre de esclava de eucaristía víctima de amor.

Así, cuando veía un cuadro de san Francisco Javier con los indios... y a veces aquel fuego de amor de Dios me conmovía... no me atrevía a quejarme de los trabajos que sentía al quebrar el hielo de los lebrillos para lavar las ropas que quedaban en el patio, y bajábamos un día después de los maitines y oración a las 3 de la mañana, mirando al cielo que chisporreaban las estrellas, que venían a mi corazón a calentarlo en el amor divino que traíamos de la oración... ¡Oh si fuésemos en espíritu a convertir las almas como san Francisco Javier, como no se quejaban del calor ni del frío, ni del hambre ni cansancio... “Tu serás mi esclava y te entregarás como víctima de reparación y amor con mi Madre!

¡Cuántas veces hablábamos las compañeras de ayudar a las misiones, y sobre todo recoger los niños que *tiran* para darle muchos corazones inocentes al Señor; ¡Eso era mis ideales!... que sin salir, nos diesen niños que hiciésemos conocer la hermosura de Dios. ¡Oh amor fuerte como la muerte!... ¡Cómo daría mi vida por las almas de los niños! Y ahora que me los da el Señor, no puedo nada por mí. Y a V. C. tan fiel, voy.

Ya ve, mi M. Teresa, que como tanto deseo imprimir en las hijas fieles ese espíritu de abnegación de sí... con un amor desinteresado y generoso a Jesús dulcísimo, me expansiono sin darme cuenta con V. C., que siente como su pobre Madre y

querría, que como historiadora o cronista, grabe ese espíritu que pido a todas desde hace muchos años... Desde que el año ocho me dijo el P. Valencina al elegirme Abadesa: “Ya estás en el candelero para que trabajes en hacer esas capuchinas eucarísticas *que Dios te pide*; y que encontrarás dificultades, que harán crecer en ti la fe y amor de Dios que te llevarán en brazos de la cruz al cielo”.

Hija mía, nunca se separó de mi alma ni de mi vista Jesús Crucificado, que abrazaba tiernamente en mi corazón y pedía a la Santísima Virgen de los Dolores me tuviese de confidente y me hiciese sentir los dolores del Corazón amorosísimo de Jesús, su Hijo santísimo... Qué amor siente mi alma junto a su Corazón divino en esas noches dichosas que sola con él sólo son dulcísimos mis dolores. ¡Qué buenísimo es Jesús con las almas que se abrazan con amor a su cruz! Y me estremezco cuando acabamos de llegar de la nueva fundación de Deusto, Bilbao, donde he recibido del Señor gracias especialísimas y veo el amor del Corazón de Jesús y de María que al curarme de la ciática, nos dio Deusto. Sin conocerla apareció aquella señora que por distraer el tiempo en el tren habló a sor Inmaculada y ella creyó que el Señor nos *quería allí...* y aceptamos como V. C. tiene sabido por nuestra carta, que no repito. Pero si quiero decirle, para que lo encomiende al Señor, que hicimos varios viajes: me hospedé con sor Inmaculada en Reparadoras, la primera vez unos 6 días; allí procuré entregarme a Jesús y sentía aquella vida como la nuestra, la adoración a Jesús Sacramentado es nuestra vida. A par que sin salir se ocupan de hermosas misiones, de salvar almas y llevarlas a Dios... Como nuestra casa de Deusto no tenía camas, dormían las pobrecitas en el suelo no querían dejarme dormir así por temor se repitiese mi ciática. Quedé aprendiendo.

De allí fuimos a Vitoria a pedir los permisos al Sr. Obispo que nos recibió muy paternal y nos ofreció enviar el permiso; y murió en estos días M. Consuelo en Madrid y tuve pena no esperarse a que yo volviese; y después vinimos a Burgos, donde me hospedé en las Esclavas del Sagrado Corazón. ¡Qué fervor se sentía allí! ¡Quién me diese poder establecernos y un palomarcito de adoración! ¡Cuántas palomitas vendrían a consagrarse al Señor!... ¡Qué almas encontré tan hermosas! ¡Qué fe! Y hablamos con el Sr. Arzobispo, que deseaba complacernos pero tres comunidades fueron a pedirle lo mismo y nos aplazó este deseo para otra ocasión, y al ofrecerme a Jesús con todo lo que él quisiera de nosotras, me aceptó su pequeña esclava y víctima para se sirviese de nosotras.

Y sentí como otras veces bajar del trono de la Santísima Trinidad bajarse la Tercera Persona y cogiendo mi alma de la tierra bajo sus alas me parecía llevarme a una región de fuego, me parecía el infierno, pronto entendí era el mundo ardiendo en pecado que provocaban la divina [justicia]. ¡Sufría tanto!... Me parecía ver la Santísima Trinidad dispuesta a terminar con el mundo, que amenazaba destruirlo. Pero de aquel fuego subía de la tierra como unas nubecillas o globos que a medida se acercaban a Dios, se encendían en luz clarísima y se unían a los coros de apóstoles, misioneros, confesores y vírgenes que cantaban el himno: ¡Honor, gloria, adoración y amor, etc... Todos formaban un ejército fuerte, los santos del cielo y los justos y almas buenas de la tierra, con sus penitencias, sacrificios y trabajos ofrecidos en desagravio y reparación, como humo de incienso que acogía la Virgen Santísima que iba como Generala y cabeza de aquel ejército presentándolo al Eterno Padre. La cruz, el Corazón y Sangre derramada de su Hijo santísimo por la salvación del mundo unía la de todos los santos y justos de la

tierra, y por ella sostenía la divina justicia provocada por los pecados y odios del mundo, especialmente de los malos cristianos y de las almas consagradas y favorecidas de su divino Corazón, y me parecía que los apóstoles y misioneros que iban con todos los coros de santos y justos, iban más cerca de la divina Reina y eran recibidos con mayor complacencia de el Eterno Padre por las muchas almas que acercaban a la santa Iglesia, siguiendo los pasos del divino Maestro Jesucristo. Me parecía más pequeño el grupo de las almas que solo practicaban una sola vida (activa o contemplativa) y de éstas parecía nos sacaba la Virgen Santísima, nuestra Madre María Purísima, poniéndonos entre los brazos a Jesús con almas pequeñitas, diciéndonos: “acercarle estas almas antes que el pecado endurezca sus corazones enseñarlas a amarle y le daréis mayor gloria...” Y nos colocaba en el coro de los apóstoles y misioneros que derramaron su sangre por Jesucristo nuestro Señor, ofreciéndole con la pobreza y penitencia y vida de mortificación *la mirra*: con la adoración y contemplación, el *incienso*, y el oro del amor purísimo de Dios en el apostolado de librar las almas del pecado, evitar en cuanto posible sea, y conozcan a Dios antes de ofenderle, evitando que el hábito de los vicios del ambiente en que viven manchen sus almas y sean las madres cristianas que renueven la faz del mundo corrompido por los vicios... y formen las familias cristianas que vivan en el santo temor de Dios y para ello nos ataba a la adoración como sus esclavas.

Y de aquel coro de santos se oía una voz dulcísima... como del divino y dulcísimo Jesús que decía: “Si los que me aman conquistaran las almas de sus prójimos del demonio con oración y penitencias... abrazando la indigencia en la niñez, y levantando al caído, perdonando de corazón y devolviendo bien

por mal, ¡el mundo se salvaría! Y parecía que los apóstoles, volviendo daban al mundo una voz de alerta que nos decían a todos a grandes voces: “*¡Si amáis a Dios, salvarle almas! ¡trabajar todos por darle gloria y atraeréis el perdón, y vendrá sobre vosotros el reinado de Jesucristo! Recogerle almas a Jesucristo Sacramentado y os salvaréis*”.

Quedé toda atónita, no podía volver en mí, y mi alma se sintió como transformada toda en Dios... En verdad que alabo el poder y misericordia del Señor, cómo deja viva esta alma... que ha pasado ya a otras regiones eternas; no se comprende sólo en los juicios inescrutables de Dios... Así no sé qué escribo, tengo tan impreso en el alma aquel estado de las almas redimidas... que tan mal le pagamos al Señor que por ellas daría mi vida y buscaría a Jesús muchos corazones que le amen. *¡Qué será de mí Dios mío!...*

Y basta por hoy, encomiéndeme al Señor, mi buena M. Teresa, que abrevie mi purgatorio cuando sepan mi partida. ¡Debo tanto al Señor!, pues no sé qué sentí el día que me mandaron a Burgos unas cartas de sor Eucaristía que me decía que nos pedían una fundación en Extremos y otra en Coimbra y les *contesté secamente que no quería más fundaciones* sin personal, ni fuerzas para más casas de tantos trabajos...

Una madre de Reparadoras (que me dio la vida de esa domina) y me aconsejó me encomendase al Señor y no me afligiese, que santa Teresa llevaba dos o tres monjas a cada fundación con idénticos trabajos, y el Señor es el que bendice y da incremento... que confiara en él solamente... Cuando volví a la tribuna pedía al Señor perdonase mi cobardía y poco espíritu, y después de la adoración, que más me parecía de agonía... ¡tenía tantas preocupaciones! Al salir de la Tribuna sentí como si me llamase sor Inmaculada y volví y me pareció ver a nuestra

Inmaculada Madre María Santísima, que me decía: “No aceptes ahora esas Fundaciones, os quiero antes en *América, Roma*” quiero me abráis *allí una casita como ésta que pretendéis aquí*, que recojáis las almas pequeñas abandonadas y acercarles a la Eucaristía, quiero trabajéis allí en mi nación predilecta”. No me atreví a decir palabra a ninguno, ni al padre, me parecía si deliraba, porque cuando el amor de Jesús absorbe, parece no está una por aquí abajo.

Como ya me venía, me pareció decirlo aquí, y como el día 8 sentía la misma petición de la Santísima Virgen, lo dije a una monjita, así como para que no me insistieran en las dos fundaciones que con tanto interés me pedía, le dije: Yo creo que la Santísima Virgen quiere primero vayamos a América, África y Roma; y muy asustada me dice: “Madre, ¡por Dios!, a Roma, no; ¡está destrozada! V. R. como no lee periódicos no sabe lo que hay en el mundo... Le contesté: por eso que lo sé querría tener muchas almas apóstoles que repartiese por todo él, recogiendo, salvando almas. Ahora no he pasado por Reparadoras. No salí de casa, sólo para el tren...”

Y termino encomendándome a las oraciones de todas para que vaya donde Jesús quiera, si me deja aquí que le lleve almas a costa de mi propia vida por su amor y gloria; soy su pequeña esclavilla, con vosotras.

Sor Trinidad

Copia de una carta de N. Rvdma. Madre al R. P. Confesor ordinario que fue en la Fundación de Berja. Año 1930 (1).

+
J.M.J.

Paz y Bien
Madrid 6-VI-46
De conciencia

Sr. D. Fulgencio Soriano Martínez

Mi respetable y amado padre en nuestro Señor:

Después de la visita a las dos casas de Galicia llegué tan enferma que no me permitió escribirle a V. como deseaba invitándole como ya le dije de palabra, *tiene V. su casa a su disposición como todas las demás de la Congregación*, de la que tanta parte tiene V. por misericordia del Señor y de nuestra Madre Señora de Gádor.

Padre mío, no sé ocultarle a V. el deseo tan grande que tendría pasase en Berja una temporada y favoreciera con su presencia y santo consejo... aquella casita de la Santísima Virgen de Gádor, que al llevarse al Sr. Magistral (q.e.p.d.) y que *sentí hondamente...* la Virgen Santísima nuestra Madre Santísima de Gádor *¡reclama a V. ahora más que nunca!* y aunque los sueños no se pueden creer, los días que impresionada por la muerte

(1) La letra de la copia de esta carta es de otra religiosa.

del Sr. Magistral pensaba que para evitar las tareas de D. Sebastián y penas y *preocupaciones*, que me llegaban al alma... dudaba si convendría retirar de allí a las monjas... y busqué quién comprara la obra que hicimos: una congoja de corazón tuve toda la noche del 30 de mayo, y me pareció estaba en el camarín, rezándole a la Santísima Virgen (sin Niño). ¡Madre mía!, ¿quién se llevó de aquí al Niño Jesús? Y la Señora con una expresión de dolor me dijo: Tú que me prometías no me faltarían nunca almas fervorosas que adorasen a mi Hijo santísimo y me acompañasen en este Santuario donde quiero derramar a manos llenas *mis gracias* y bendiciones sobre mis amados hijos y devotos... y piensas dejarme sola... ¡Madre mía!, le dije: qué hago si no me das capellán y te llevas al cielo a D. Francisco, que aunque a nosotras nada, pero *¡cuidaba de ti, Madre mía!* Y reprendiéndome me dijo: “Si tienes fe, si me amas, te traerá Jesús, mi amado siervo, *que os di desde el principio*, para que cuidase *de mi gloria* en este Santuario, y *de vosotras... cooperando con él* en salvar e imprimir en el corazón de las niñas pobres, la fe y amor a Jesucristo mi divino Hijo, que quiere por mi medio salvar estos pueblos *abandonados sin creencias... ¡Qué misión más hermosa y grata a mi Corazón y al de mi Hijo santísimo!*... ¡Padre mío!, sentí Padre mío, que reanimada de una fuerza sobrenatural que no podía contener... *le prometí que aquella casa será la Madre de toda la Congregación*, si nos daba *un sacerdote apóstol* que trabajara con celo ardiente del bien de las almas por Dios y por su gloria. ¡Y apareció iluminado el camarín, y *subía V. como para decir misa* con el sagrado copón dándonos la sagrada Comunión a 9 monjitas... *muy venerables* y tomando del copón al Niño... *¡Jesús mío!, nos bendecía a todas* y V. colocó al Niño en los brazos de su Purísima Madre. “¡Ahí tenéis! (nos decía)

mi amado siervo será el apóstol que me atraerá muchas almas a la Iglesia de Jesucristo siendo vosotras con él sus cooperadoras”, y desapareció, quedando sin fuerzas y sin alientos. Tres días después no daba cuenta de mí.

Como era sueño... a nadie he comunicado lo que en estos días he meditado y hoy sin pensarlo, pues solo quería decirle lo esperábamos, que nos diga cuándo viene V. Rompa esta y bendiga a su h. h., que saluda a su madre y hermana.

Sor Trinidad

INDICE

Introducción	7
Cuaderno vigésimo sexto	9
Cuaderno vigésimo séptimo	15
Cuaderno vigésimo octavo	43
Cuaderno vigésimo noveno	67
Cuaderno trigésimo	77
Cuaderno trigésimo primero	85
Cuaderno trigésimo segundo	103